

Annick Foucault

El ama

Memorias de una dominadora



La sonrisa vertical



Annick Foucault no es otra que la propia Françoise Maîtresse, nombre bajo el cual se ha dado a conocer no sólo en París, donde ejerce, sino también en los ambientes «especializados» de toda Europa e incluso Estados Unidos. Dominadora en sus múltiples servicios, domina con igual destreza los servicios mediáticos, ya que emplea el Minitel para establecer sus contactos y el ordenador para sus encuentros con quienes exponen en vídeo sus propias particulares apetencias.

Pero lo más curioso y, sobre todo, lo más novedoso de este libro no radica sólo en esta actualísima imagen de una humanidad atormentada por el deseo, sentada ante un ordenador para proyectar en su pantalla los propios impulsos incontenibles. Está también en las detalladas secuencias de los encuentros personales, en la minuciosa descripción de la parafernalia necesaria para alimentar todas las fantasías y, en particular, en la reflexión que Annick-Françoise hace de sus experiencias, no sólo acerca de sí misma, de sus propios gustos, sino de aquellos que acuden a ella en busca... del dolor libremente recibido, en ese punto en que la compasión pasa a ser crueldad, el deseo de castidad es lo obsceno, y los emblemas de Sade se mezclan a los de Sacher-Masoch.



Annick Foucault

El ama

Memorias de una dominadora

La sonrisa vertical 99

ePub r1.0

ugesan64 24.06.14

Título original: *Françoise Maîtresse*

Annick Foucault, 1994

Traducción: Joaquín Jordá

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.1



Un vértigo

He leído este texto como si de una «educación sentimental» se tratara. Narra la historia de una niña que, convertida en adolescente y luego en mujer, avanza en el descubrimiento de sí misma. Los instrumentos de este descubrimiento son su familia, posteriormente unos hombres, luego un marido, y luego otros hombres, reclutados estos últimos a través del minitel^[1]. La narradora es autodidacta. En cierto momento de una trayectoria desde muchos puntos de vista original, sintió la necesidad de estudiar filosofía. El lector encontrará —tal vez para su sorpresa, por tratarse de un texto escrito en tono testimonial— numerosas referencias a Gilles Deleuze. Este filósofo, que conoce la aventura de Annick Foucault, dispensa a esta inesperada discípula amistad y consideración.

Así pues, un pensador eminente presta atención a una experiencia cuyo relato, por su simplicidad, podría incitar a la indiferencia a las muchas personas que tienden a considerar los textos sólo a través de los espacios vertiginosos de los supuestos abismos literarios. Aquí, no obstante, no hay nada de eso. El abismo no es literario, sino, más modestamente, humano. Annick Foucault lo explora, y lo expone, a la manera de una guía familiar, de modo que no necesita engolar la voz para atraer nuestro interés. Y

cómo no podría interesarnos una mujer que relata, sin alardes estilísticos inútiles, y sin temor, lo que para la gran mayoría debe permanecer cuidadosamente oculto. ¿Erotismo?... Como es sabido, el Dictionnaire abrégé du surréalisme define el erotismo como: «Ceremonia fastuosa que tiene lugar en un subterráneo». Creo que ambas cosas —la ceremonia y los subterráneos— aparecen en esta autobiografía dispuesta por escenas. En lo que a los fastos se refiere, Annick Foucault le quita a veces, por decirlo de algún modo, hierro al asunto, mas no sin razones etimológicas (la palabra «fasto», del latín fastus, significa en su origen «lo que está permitido»^[2]) y, evidentemente, lo que se permite Annick Fbucault no es lo que nuestros contemporáneos, pese a esa liberación de las costumbres de la que tan ufanos se sienten, consideran permisible.

El ama. Memorias de una dominadora es la afirmación de una libertad. No de una libertad «formal», tampoco de una libertad «práctica», sino de una libertad activa, libertad en movimiento, ignorante de sí misma, y que sólo se alcanza mediante la práctica. Libertad del deseo que, para muchos hombres —por paradójica o escandalosa que tal verificación pueda parecer en una época en la que tantos sufren, y mueren, en su combate por la libertad política (pero ¿qué valentía habría en no ver una contradicción allí dónde la hay?)—, pasa por una renuncia a la libertad en el amor. ¿Un exceso? Cabría pensar lo contrario, ya que el amor, orgiástico o secreto, es «don de sí mismo». Pues bien, si tanto hay para dar, y a quien darse, ¿por qué retener algo?

¿Quién tendría que justificarse, y de qué? «La voluptuosidad», explica magníficamente Malcolm de Chazal, «es el abrazo de un cuerpo muerto por parte de dos seres vivos. El “cadáver” en este caso, es el tiempo asesinado por un tiempo y devuelto a lo

consustancial del tacto»^[3]. Esta sorprendente «definición» permite acercarse al misterio del amor en la medida en que este introduce esa omnipresente «tercera persona», el tiempo, en la médula de la relación amante-ama, y nos muestra a la pareja dominado-dominadora (más o menos banal, como cualquier otra) hundiéndose en una práctica que culmina en su propia destrucción. La «pequeña muerte» que se produce en cada ocasión, y que el hombre, una vez recuperadas las fuerzas necesarias, sólo piensa en volver a vivirla (y en renovar sus parejas: estampa ofrecida por nuestros contemporáneos, la mano que teclea febril en el minitel, suministrador ininterrumpido de carne nueva), no es sino la imagen de la culminación definitiva.

¿Acaso el abandono que realiza el dominado de su ser carnal a otra persona, mientras su espíritu (otros dirían su alma) se pierde (¿deliciosamente?) en un espacio de muerte-vida conocido sólo por él, traduce una obsesión más humana a fin de cuentas que cualquier otra? Sea como fuere, aquel (aquella) que recibe en sus manos el abandono, entero, de una (o de un) masoquista tiene la sensación, íntima, inefable, de vivir una experiencia que le arrastra a los límites de lo humano.

En estos márgenes oscuros, las categorías que nos son familiares se disuelven, se confunden, la compasión se entrevera con la crueldad, el deseo de castidad con lo obsceno, los emblemas de Sade se mezclan con los emblemas de Sacher-Masoch. Havelok Ellis lanzó la atrevida hipótesis de que en el hombre, en lo más intenso de las perversiones sexuales, no busca el placer sexual, sino la «emoción sexual», su sucedáneo misterioso y, arriesguémonos a decirlo, infinito.

Pierre Bourgeade

El ama

Memorias de una dominadora

A André Bercoff, que me
convenció de que
escribiera;

a Gilles Deleuze, por
Masoch, usted me aficionó
a la filosofía;

a Beatrice Durupt;

a Philippe Guénin, a mis
compañeros universitarios
y a los profesores a cuyas
clases asistí;

a Gabriel Matzneff, que me
presentó a usted;

a todos los que no teméis al
viento de la libertad.

En su nombre: la Libertad,
¡y a ti, Jean Ristat, porque
eres su Amante! Vosotros
habéis tenido el valor de
dejarme escribir con mis
palabras.

Gracias.

En Sade y en Masoch, la literatura sirve para nombrar no el mundo, pues eso ya está hecho, sino una especie de doble del mundo capaz de abarcar su violencia y su exceso.

Gilles Deleuze, *Présentation
de Sacher-Masoch*

EL ESCENARIO

Las escenas a las que van a asistir no son imaginarias. Es posible que los protagonistas, los testigos y los comparsas del teatro masoquista, pasivo y activo, se reconozcan a sí mismos. Nada, sin embargo, permite identificarlos. De modo que cualquier conjetura sería fortuita.

Agradecimientos por su testimonio a:

Mozart	Tina	Domina	Juliette
	Désirée	Margot	
	Agathe	Satis	

Correspondencia con:

Polla Inútil	Impermeable Negro
--------------	-------------------

El armario

Mamá sigue encaramada a su taburete. ¿Por qué ordena una y otra vez ese armario? Es una mujer maniática, si, pero ¿tanto? Y esa turbación cuando la sorprende... Muy bien, no quiere decirme nada, da igual, un día me dedicaré a hurgar...

La mocosa de diez años apoyó una escalerilla de mano en lo alto del armario. Sus cortos brazos no alcanzaban el paquete, que estaba envuelto en una vieja sábana blanca. Se agarró desesperadamente con las manos, y después se ayudó de los codos. Tenía que darse prisa, pues su madre podía regresar de un momento a otro. Pilló con los dedos un extremo del envoltorio y tiró con todas sus fuerzas, arrastrando así la sábana y su contenido. Estrépito infernal sobre la alfombra roja: una cadena, látigos trenzados, unas esposas y unos grilletes de hierro. Esos objetos la abrumaron. Perdida, vivía su primer caos. Un ruido en la escalera la arrancó de su estado hipnótico. Por miedo a que la sorprendieran, envolvió rápidamente los objetos en la tela y, tras subir a la escalerilla, dejó el paquete sobre el armario. Cuando apareció su madre, todo estaba en orden.

Florenxia

En la campiña italiana, cerca de Florenxia. Calor sofocante. En la casa había un niño, un chiquillo. Tenía él seis años, y yo nueve. Era moreno, un guapo italiano de pelo rizado. Me había cogido cariño y andaba siempre metido entre mis faldas: un auténtico pelmazo, un incordio.

Nos divertíamos con juegos sencillos. Claro está, yo era la maestra de escuela, y él, el alumno insolente. Los castigos llovían, y después las azotainas, cada vez más brutales, de una violencia poco corriente. Yo le consolaba, él corría a cobijarse en mis brazos. Después me incitaba a reanudar el juego. Pedía más. ¡Nunca tenía bastante!

La azotaina

Un día de crudo invierno, mamá se hallaba en París. Yo no había ido al colegio. Tenía unos trece años, había transcurrido un año desde la muerte de mi padre, y por lo menos dos desde la escena del armario.

A pesar de que tenía fiebre, me levanté y me puse a caminar por las baldosas heladas. Albert, el amigo de mi madre, me miraba.

—¡Rápido, métete en la cama!

Albert desbordaba sensualidad, y me turbaban sus gestos perversos. Cuanto más me pedía él que obedeciera, más desobedecía yo. Albert estalló, y recibí, nalgas al aire, la mejor azotaina de mi vida.

A la mañana siguiente, la imagen de mis nalgas marcadas me trasformaron en lo más íntimo. Los días siguientes, me volví insoportable para que Albert me castigara de nuevo.

—Mira, mira, otra vez. ¡Vamos, castígame!

Albert, que había entendido el juego, consideraba la situación de lo más delicado, y, evidentemente, se negaba a seguirme la corriente, pues su mujer estaba con nosotros.

—No lo hagas, Albert, esta criatura está «en celo» —dijo ella.

La carta y el libro

A los catorce años, más o menos, curioseé en un ropero y, al sacar un jersey, cayó al suelo un libro y después una carta. El libro era *Gamiani*, la obra atribuida a Alfred de Musset, y la carta parecía un informe médico.

«Doctor,

»En respuesta a su carta, con fecha del ***, contesto a su pregunta con respecto al caso de la hija de su cliente y amiga. Por desgracia, se trata de (...) y las posibilidades de evitar la amputación de la pierna izquierda, lo cual debería hacerse en breve, son prácticamente nulas. Sin embargo, el profesor L*** ha querido evitar un nuevo drama a la madre, ya afectada por la muerte de su marido...».

«Pero ¿qué quiere decir todo esto? ¡No pensarán cortarme la pierna! No puede ser, si no estoy enferma... ¡Estoy bien de salud!».

Traté de animarme. ¿De dónde saqué las fuerzas? Me sumergí en *Gamiani*. *Gamiani*, la Voluptuosidad.

Por la noche, volvía a sonreír.

Mi padre

Un domingo de otoño, por la mañana. Yo tenía doce años y medio. Mi padre, en lugar de vestirse, se dedicaba a hacer tonterías. Sor Louise me había abofeteado, cosa que ella no admitía, porque yo no había querido ir a misa.

Los domingos por la mañana, mi padre me acompañaba hasta la casa de un profesor de inglés. Eran las diez y media y, si no nos apresurábamos, llegaría tarde a clase. Yo le oía reír a carcajadas. Impaciente, protesté, y me contestó que yo era la mujer de su vida. Yo, a mi vez, lo adoraba como a un ídolo y pensaba, como todas las chiquillas a esa edad: «Papá, jamás te abandonaré, ¡jamás, jamás!». Recuerdo ahora las fotos en las que él aparecía besándome, acunándome. Nos unía un gran amor.

Decidí irme sola a clase. De regreso a casa, mamá me dijo que me quedara en mi cuarto. Mi padre había sufrido un ataque. Permanecí de pie largo rato, junto a la ventana. Tenía el corazón encogido. Sabía que iba a morir; estaba segura. Cinco años antes, mi abuela materna se había desvanecido delante de mí; mientras salí a buscar ayuda, comprendí que todo había terminado.

Yo ya no podía dejar de llorar: acudió un médico, y después otro. Se lo llevaron al hospital.

Le vi de nuevo el martes, hacia las seis de la tarde, intubado por todas partes. Tras abrazarme, pidió que me sacaran de allí: no quería que le viera en ese estado. Mamá me dijo que lo besara muy fuerte.

Mi madre era una mujer rigurosa, muy nerviosa, y sobre todo muy autoritaria. Padecía diabetes; por entonces ya estaba bastante enferma.

A la mañana siguiente, mamá no vino a despertarme. Una de sus amigas me dijo que me vistiera con prendas oscuras y que esperara. Después entró mamá y pronunció cuatro palabras: «Tu padre ha muerto». Perdí el conocimiento.

Mandaron hacerme un vestido de terciopelo negro con cuello blanco. Vivíamos en el sur de Francia, pero fue en el cementerio Montmartre donde por vez primera vi deslizarse un ataúd de madera de roble bajo la tierra. Yo estaba destrozada.

La Hermana Sádica

La madre Eugène Manuelle de Saint-Pierre lloró conmigo y me tornó bajo su protección. Otra religiosa, «la Hermana Sádica», me dijo que tenía mucha suerte: dado que mi padre había muerto el día de la Inmaculada Concepción, sin duda la Virgen había intercedido ante Dios por la remisión de sus pecados. Dios, en su infinita bondad, me ofrecía la oportunidad de sufrir para llegar a ser mejor.

La Hermana Sádica entregaba las notas una vez por semana. Yo ya no podía más. Tenía que resistir, convertirme en una mujer. La hermana estaba nerviosa, pero no desperdiciaba la ocasión de «sadizarme» hasta que aquella Cosa que estaba en mí se sometía y yo prorrumpía en sollozos. Entonces se alejaba con una sonrisa en la comisura de los labios.

Proseguí mis estudios en el colegio de monjas, y tuvieron que practicarle varias operaciones en una pierna tonta. Caminaba con muletas. Así que pedí entrar como alumna interna, porque los desplazamientos me agotaban. Mi rendimiento escolar disminuyó, y la Sádica se encarnizaba conmigo. No era yo la única en sufrir la brutalidad de esa mujerona vulgar; abofeteaba al voleo a tres criaturas cuyos padres, que vivían en Vietnam, la

habían autorizado a aplicar eventuales castigos corporales en caso de indisciplina.

La violencia incontrolada de la Sádica no hacía mella alguna en la conducta de las tres pequeñas euroasiáticas, más bien al contrario. En lugar de ir a los lavabos como todo el mundo, ponían sus excrementos en un papel y los metían en la cama de la Sádica. Varias veces repitieron esta hazaña. La Sádica se volvía loca, y, pese a los castigos colectivos, nunca nadie las traicionó. La ley del silencio imperaba entre las internas.

Un día encontré en mi plato un pedazo de carne que apestaba y, discretamente, lo envolví en mi pañuelo para arrojarlo después en el jardín. Acababa de tirarlo cuando me di la vuelta. Ella estaba detrás de mí. Me obligó a recoger aquella porquería, que yo había tirado detrás de los arbustos, y me llevó al refectorio, donde tuve que permanecer hasta la noche. La bruja pretendía hacerme tragar esa carroña. Yo era incapaz de comerme aquello. Agotada, me dejó para irse a dormir.

A la mañana siguiente, me puso de nuevo en el plato el pedazo de carne. Pero fue ella la que reventó, por la tarde. Jamás lo olvidaré. Gracias, «padre» Marie-Elisabeth. Queriendo doblegarme, someterme a vuestra ley, me ha convertido en una defensora acérrima de las libertades.

En los dormitorios, las camas, todas provistas de dosel, estaban alineadas. Éramos una veintena por dormitorio, y en cada uno de ellos vigilaba una monja. Mi vecina más próxima era ninfómana, pero yo todavía no acababa de comprender qué era eso. La observaba cómo, sentada sobre su cama, se acariciaba. Yo estaba asombrada. Tenía dos años más que yo y me repetía: «Tú no puedes entenderlo..., tú no puedes entenderlo». Lo que me

contaba sobre sus emociones me parecía muy nebuloso. En mis momentos de ensueño, el látigo ocupaba un lugar más importante que el sexo. Un día me contó, entre risas, que una monja venía a tocarla por la noche. Yo sabía que era falso, Poco tiempo después, todas las internas habían recibido la atrevida visita nocturna de dicha religiosa.

La Madre con Cojones

Tras la muerte de mi abuelo, mi abuela paterna vino a vivir al sur de Francia, como nosotros. Compró una casa en una estación termal, a treinta kilómetros de la ciudad donde residíamos. Era una mujer muy delgada, morena, como yo, que medía un metro setenta y siete. Su cara, demacrada, traslucía una sorprendente severidad e inteligencia. Era hija natural.

Su madre había trabajado de bordadora en una familia judía, y esta había protegido y dado una educación a su hija. Mi abuela debía su bagaje intelectual a ese clan cuyo nombre reluce en el firmamento de las grandes familias de las finanzas internacionales.

Acumular en aquella época tantos títulos universitarios era algo poco corriente. Consideraba a sus parientes unos miserables e incultos descreídos. Altiva, orgullosa, despectiva, odiaba profundamente a mi madre, aunque la respetara. La tenía por una intrigante, y, evidentemente, yo sólo era el resultado inmundo de una diabólica boda desigual. No, yo no era su nieta.

Mi abuela martirizaba a mi abuelo. Le prohibía fumar. Cada vez que le sorprendía, él se metía el cigarrillo en el bolsillo del pantalón. En una ocasión, sufrió serias quemaduras.

Yo había bautizado a esa abuela «la Madre con Cojones». La detestaba. Ella me llamaba «pequeña estúpida». Odiaba relacionarse con los vecinos. Yo le había oído tratar a su vecina de «escoria de bidé», de «hez de la humanidad».

El único vecino por el que sentía aprecio era un viejo médico con un pasado mítico. Había conocido bien el mundillo del espectáculo de su época. Su destino, sin embargo, quiso abrumarle con desgracias. Su hija había sido atropellada en Montecarlo por el coche de Isadora Duncan, y, como consecuencia de la tragedia, su mujer murió loca. Había ocupado el puesto de médico responsable del Casino de Montecarlo.

Asistía de balde a los pobres. Era sucio hasta la repugnancia, y llevaba los pantalones perdidos de lamparones de orina. Vivía rodeado de más de veinte gatos y de montones de inmundicias. Mi abuela, una mujer limpia, ordenada y meticulosa, se empeñaba en no ver nada de todo eso. Imponía al médico en las comidas familiares. Nadie protestaba, ni siquiera mi madre.

En cierta ocasión estalló una discusión en esa pareja heteróclita, y mi abuela se humilló para recuperar la complicidad de aquel hombre. Cuando él pasaba ante la casa, ella le llamaba, agitada y estremecida. Alzaba él entonces su sombrero y la saludaba respetuosamente, diciendo: «Buenos días, señooooora», y proseguía su camino sin detenerse. La situación duró el tiempo suficiente para sacar a mi abuela de sus casillas. Y decidió ser menos arrogante con el honorable anciano. ¿Cuál fue la naturaleza exacta de sus relaciones? Toda la familia sentía curiosidad por saberlo.

Esta abuela, tan dura y malvada, murió de pena poco después de la muerte de mi padre, su

hijo. Yo no me había dado cuenta de cuánto le había querido ella, pese a la decepción que había sufrido al verle casarse con mi madre. Es muy probable que mi abuela y yo perdiéramos la oportunidad de trabar una gran amistad. Analicé los puntos que ella tenía en común con mi padre, con mi tía, conmigo. Me sentí terriblemente alterada al comprobar cuán poco sabía de ella. Su severidad y frialdad ocultaban sin duda un corazón sensible.

El Gurú

Cannes. Liana sensual, yo tenía dieciocho años y me gustaba dormir en la playa, delirar a bordo de los barcos, las cenas orgiásticas..., la vida.

Cenábamos en una terraza, en la plaza donde desplegaban su encanto masculino Eddy Barclay y Henri Salvador. «El Gurú» estaba sentado al otro extremo de la mesa. Su mirada glacial se posó sobre mi como la de un hechicero. No abría la boca. Me fascinaba.

Un viejo coche norteamericano se detuvo ante el restaurante. Mamá contaba sus fajos de billetes detrás del mostrador. Entraron él y sus amigos.

—Vente con nosotros, vamos a una discoteca. ¿Qué locales hay por aquí?

—El Moulin à Huile, en Aix-en-Provence...

—¡Pues vamos al Moulin!

Yo les seguí; mamá estaba aterrada. Mutismo opresivo durante toda la noche. De vuelta, al regresar de la discoteca, el Gurú les dijo a sus amigos:

—Parad el coche, dejadnos al borde de la carretera. ¡Y tú, sígueme!

Me arrastró detrás de los árboles y me pegó sin motivo. De repente, la Cosa inefable brilló en mi interior, y con ella su mundo, que gira al revés.

Esa Cosa iba al cine desde mi infancia y sentía

voluptuosidad al contemplar las grandes películas en las que aparecen torturas: vaqueros, sexos de sementales, torturas de piratas, violaciones de apaches, la mujer atada al mástil de un barco para recibir latigazos... Cuanto más golpes veía la Cosa, más atraída la sentía yo por esa violencia, Por la noche, la Cosa deseaba hallarse en el lugar de los torturados, e imaginaba mi cuerpo herido, mi cuerpo ensangrentado. Cuanto más arreciaba la violencia, más se excitaba ella. La Cosa quería que yo fuera crucificada. Lentamente y sin pausa. Las imágenes de galeotes azotados en la espalda la volvían loca. Oía restallar los golpes en la película, en su cabeza, en mi vientre. John Wayne también propinaba crueles y sabias azotainas. Arremangaba las faldas de las jóvenes con hieratismo. ¡Eso afectaba a la Cosa en lo más íntimo! El *flash* de esos azotes me alteraba. En aquellos instantes, pensaba en mi padre y lo echaba de menos.

Por la noche, le veía, ¡estaba ahí! «Papá, papá, ¡espérame! Espera, papá, soy yo, tengo que contarte algo... Papá, papá... Espera, papá, sólo tú puedes entenderme. Papá, te lo suplico, dime...», y me echaba a llorar, «dime, ¿eres tú la Cosa?». Cuando me disponía a tocarle, una multitud grisácea le arrastraba y lo hacía desaparecer. Yo me despertaba aterrada. Mi frente estaba perlada de goterones de angustia. Agujero negro. Se había terminado.

Me asaltó otro sueño: un sol negro, unos árboles. Dormía en una cama con unas sábanas gruesas. Las sábanas se endurecían. Aunque intentaba apartarlas, se resistían: eran de piedra. Pasaba miedo.

Traté de buscar eso en el mundo de los vivos (caverna platónica o burdel de las apariencias).

Bajo los golpes del Gurú, la Cosa enmudeció. Había nacido un nuevo sistema sexual: «MARIANNE», la esclava, y «FRANÇOISE», el ama, la dominadora.

El silencio del Gurú en Cannes. Su silencio a lo largo de la velada. El suspense, y luego, de repente, esa violencia ciega, aceptada, deseada, sacralizada...

Con dieciocho años, y tres amantes en su haber, MARIANNE, había vivido sus sueños despierta. Cierta día recibió un bofetón inmerecido que abrasaba. Y él comenzó a amarla, a darle, a negarle, a obligarla. MARIANNE, entre sueños, se convirtió en la esclava de su culo. Aún no entendía la relación que les unía, y ya se dejaba flagelar por aquel al que todavía no llamaba «su Amo». ¿Qué es eso del masoquismo? ¿Cosas de una mente enferma? Pero no, no está chiflada. Sólo se halla sumida en una espera jalonada de latigazos que la conducen hasta el orgasmo. Se convirtió en la esclava del hechicero y acabó por amarle.

No se había vuelto loca, pero seguramente era «masoquista». Y tardará años en entender eso. Lo que llegó a parecerle banal y normal era en realidad un estado secundario, muy duro de vivir, que le aísla a uno del mundo y se pega a la piel; una droga a la que regresará ella siempre, una droga del espíritu que procura placer, que le llevará a casarse con un dominador frustrado.

El Gurú se pasaba el día viajando en avión, entre París y Marsella. Telefoneaba constantemente y exigía que su Cosa le escribiera.

«Mi Amo, estas imágenes —el busto y mi rostro pegados al suelo, el cabello desparramado a sus

pies, allí, entre sus piernas, el culo empujado sobre el que deja caer sus azotes—, estas imágenes, mí Amo, están grabadas en mi memoria. Me encantaría que mis dolores y mi ofrenda le conmovieran cada vez más, que me poseyera plenamente, y que a la vez me convirtiera en una criatura indispensable para usted y me ayudara a progresar en los dolores que le ofrezco. Le contaré los secretos de mi infancia y le proporcionaré un goce infinito. Satisfaré sus deseos más profundos. No ha hecho más que rozar mi universo. Conmigo, viajará muy lejos. Sueño con estar de nuevo atada a sus pies. Sueño con vivir en usted, con tener la piel marcada permanentemente, la piel mordida por su látigo, sueño con lamerle allí donde desee: lamerle la piel, los pies, el sexo, el interior de sus muslos. Deme más... y más».

Él la golpeó y la amó. Era sincero, afectuoso, generoso. La besaba, la consolaba. Cuando la ataba, ella se echaba a temblar y perdía el mundo de vista. Por la mañana, él se levantaba y le llevaba el café y un pomelo pelado; ordenaba sus cosas, le limpiaba los zapatos. Ella, no obstante, nunca le había pedido nada.

Pero ella le abandonó. El Gurú se convirtió en un cadáver viviente: se drogaba y caía en la mitomanía.

Cherry Lane

Abandoné el mar azul, al Gurú Y mis amores de adolescente. Vivía en París, en Saint-Germain-des-Prés. Allí estaban el Flore y el Castel, escaparates mundanos del magma nocturno.

Mi madre se había quedado ciega. Yo estaba curada; una celebridad médica, un esqueleto vestido con bata blanca, me lo confirmó: «Jamás tendrán que amputarle la pierna».

Inauguración de una discoteca, la Cherry Lane. Primeros ecos en los medios de comunicación. Televisión y dos páginas a todo color en *Paris Match*.

En medio de esta fauna alucinada, los heterosexuales se mezclaban con los homosexuales. Era una torre de Babel en efervescencia: burgueses drogados, putas, auténticos zombis, falsos artistas. Tantas imágenes capté a la luz de aquellas madrugadas que no sé por dónde empezar.

Descendiente directo de los últimos maharajás, Princy vendía, para poder dar fiestas, las piedras preciosas de sus túnicas. Allí podía verse a Peter O'Toole

, acodado en la barra, negándose a pagar su consumición: ¿cómo le hacían pagar a él, un actor de su fama?; a Anthony Perkins, más respetuoso

que el anterior pero más falso; a Thierry Mugler, un desconocido, en pantalones de golf, discreto. Montana, joven efebo rubio, estaba siempre en el bar. Nicolette vociferaba bajo los focos eléctricos. Hervé Vilard jugaba al *boy-scout* perverso. También estaban los veteranos, los grandes insectos nocturnos: Roger Vivier, Jean Barthes Y Guy Laroche, cuyo encanto y calor humano me impresionaron especialmente, Y también Richard Bohringer, Richard corazón despellejado, sublime desecho, que poseía un talento mordaz. A última hora, de madrugada, aparecían, muy monos ellos, los camareros de Castel.

Mamie

«Mamie» era homosexual, adinerado, agente inmobiliario. Sabía reírse. Era toda una madraza, una buena nodriza, pródiga de calor y protección. Tenía un físico corriente, ajado. Algunos de sus amigos gastaban fortunas para conseguir los favores de un chico guapo. Nada de eso le ocurría a Mamie, que disfrutaba de un ganado excepcional.

Les llamaba «sus hijos». Siempre salía con un ejército de muchachos soberbios, dispuestos a todo por ella. Mamie poseía pisos, laberintos de cuartos de servicio. Alojaba casi siempre a sus hijos y les proporcionaba lo esencial. Los chicos sabían que podían contar con ella. Mamie sólo invitaba a restaurantes modestos. Le gustaban los amantes altos, un poco femeninos, muy musculosos, y los elegía entre los yugoslavos residentes en París. Eran generalmente unos granujas.

Mamie nunca daba dinero, pero no se lo pensaba dos veces a la hora de pagar una clínica a quien se había peleado y roto un brazo, o de contratar a un abogado cuando era necesario. Cuando decía: «Esta noche salimos», el harén acudía a la cita. En verano, los llevaba a Cannes a practicar el esquí náutico. No tenía servicio doméstico, pues los hijos se encargaban de todo.

La mayoría de sus criaturas ayudaba en la agencia una secretaria. Para los que se levantaban tarde, había inmobiliaria. No había otro personal, a excepción de una secretaria. Para los que se levantaban tarde, había comprado una pequeña discoteca donde les daba trabajo.

Mamie siempre decía: «Divide y vencerás».

Su gran amor fue un belga, uno de los hombres más guapos que jamás he visto. Se parecía a un actor, a Robert Mitchum, con cicatrices en la cara. A primera vista, recordaba a un asesino a sueldo, y, sin embargo, era manso como un cordero. Mamie, en tanto que madre cariñosa, se había desvivido para sacar a su preferido del alcoholismo, pero sin ningún resultado.

Mamie murió de un ataque al corazón. Pensó en sus hijos hasta el final: el testamento había sido redactado en función de la capacidad intelectual de cada uno de ellos. Incluso a su muerte estuvieron protegidos.

Jojo

De todas las criaturas de aquella época, la más memorable fue «Jojo», un decorador. Un día, todas las celebridades del mundo acudieron a un baile que daba en su casa: testas coronadas y artistas libertinos.

Jojo no funcionaba como Mamie. En cada ocasión se implicaba como una mujer enamorada y jamás olvidaba a sus antiguos amantes. Algunos alcanzaron la fama, a otros no les fue tan bien. Estuvo muy enamorado del «Provocador», un cantante que nunca llegó muy lejos pero que, en cambio, sabía sacarle de sus casillas.

A Jojo le apasionaban los objetos artísticos, y estaba prendado, más que de cualquier otra cosa, de sus preciosidades. Poseía un cóndor de oro macizo que había traído de Sudamérica y de valor inestimable, menos por su peso en oro que por su antigüedad. El Provocador conocía la adoración que Jojo sentía por sus mierdas doradas. Y se reía. Cuando salían, al Provocador le gustaba ligar con mujeres, lo que siempre enfurecía a Jojo. Para evitar que el otro le montara escenas en público, el Provocador tenía la costumbre de apropiarse de una antigüedad de Jojo a modo de prenda.

Una noche, en Michou, donde cenaban con una pandilla de gorriones, discutieron. «Ya me estás

tocando los cojones, Jojo. Pues mira, aquí está tu cóndor, y voy a arrojarlo a la fuente de Pigalle». Jojo le siguió corriendo. Llegó con la lengua fuera, seguido de Jean-François (un ex). Asomado al borde de la fuente, a las cuatro de la madrugada, ataviado con un temo de franela y con su monóculo en el ojo, gritaba: «¡Socorro! ¡Ayúdenme!... Jean-François, llama al señor ministro, dile que soy yo, hay que vaciar esta fuente». Intervinieron los bomberos, pero el Provocador no había lanzado el cóndor, sino que lo tenía guardado en el bolsillo.

Jojo cambiaba con frecuencia de amante. Su primer regalo consistía en un reloj Cartier. Al contrario que Marnie, Jojo no organizaba el trabajo de sus amigos. Un día, uno de ellos le pidió un coche; al parecer lo necesitaba para trabajar. El muy cerdo se largó a Londres, y, noche tras noche, yo fui el paño de lágrimas de Jojo. El amante de Londres tenía problemas, necesitaba dinero para regresar. Jojo me preguntó qué costaban las cuatro ruedas de un Austin. El mangante había encontrado un nuevo pretexto para sablearle. Lo que era obvio para el común de los mortales no lo era para Jojo, pese a su refinamiento e inteligencia. (Creo que, en el fondo, Jojo era perfectamente lúcido y que todo eso le divertía).

Jojo era bueno, y todos se aprovechaban de él. Su generosidad con los amigos no conocía límites. Una noche, nada más llegar, me dijo: «Hija mía, ¿se ha enterado de que esta noche ha habido un muerto en Saint-Germain-des-Prés?». «No, no lo sabía». «Carlos^[4] se ha enzarzado en una pelea. Dice que ha matado a un tío por accidente. Le buscan y necesita cruzar la frontera. No puedo dejarle así...». La idea de ayudar a Carlos me pareció absurda y aconsejé a Jojo que la olvidara.

No me hizo caso. Despertó a todos sus amigos para reunir una cantidad bastante alta de dinero líquido. Al día siguiente, Carlos organizaba una fiesta en Saint-Germain-des-Prés a la que invitó a sus colegas a cuenta de Jojo.

Jojo me apreciaba y me invitaba a todas las cenas que daba a sus antiguos amantes. Detestaba, sin embargo, a algunas mujeres, a las que no podía perdonar que compraran maletas de falso cuero rojo.

Menos previsor que Mamie, tal vez por su naturaleza menos maternal, Jojo murió sin hacer testamento. Poco antes de su muerte, vivía con un retrasado mental: un joven que había abusado del LSD. La mañana siguiente a la muerte de Jojo, sus hermanas irrumpieron en el piso y pidieron al joven que lo abandonara. El ama de llaves de Jojo insistió en que le entregaran una cantidad en especie.

La Estrella

«La Estrella» era alto. Sus azulados ojos de acero me traspasaban.

Después de una noche febril, cuando MARIANNE se disponía a regresar a casa en su coche, la Estrella se inclinó sobre la ventanilla: «Me he fijado en ti, me gustas. Tengo ganas de pegarte».

Ella aceptó. Fue a su casa. Él la abofeteó. La bestializó. Los ojos se le salían de las órbitas. Su violencia era fría y mecánica; sus movimientos, carentes de sensualidad. Cuanto más le pedía MARIANNE que se detuviera, más se excitaba la Estrella. MARIANNE no sintió miedo en ningún instante, pero una especie de rechazo, por no decir de repugnancia, la decidió a huir.

En pocos minutos, él había roto el delirio cerebral. Nada que ver con el Gurú, que combinaba ternura y sensualidad con la fuerza de sus manos y de su látigo.

Recogió ella su ropa y se fue, convencida de que jamás olvidaría ese gélido rostro.

«Ella»

Mantuve una relación más sexual que amorosa con un joven rubio bastante desequilibrado. De vez en cuando, tenía con él relaciones masoquistas. Una debilidad más de MARIANNE.

Aunque yo intentaba deshacerme del rubio teutón, él reaparecía siempre de noche, cuando me hallaba a solas frente a la desbordante lubricidad de la Cosa. No tardé en darme cuenta de que en su vida había otra mujer. Le pedí que me la presentara.

Esa misma noche cenamos en La Coupole «Ella», yo y él. A él le entusiasmaba la idea de ver realizado el sueño de cualquier hombre: poseer a la madre y a la puta. Al cabo de quince minutos de conversación, sus esperanzas se desvanecieron. «Ella» y yo ya no le prestábamos atención. Yo la encontraba muy guapa, muy franca, una perra abierta y fascinante.

«Ella» era artista y tenía talento. Le propuse venirse conmigo a Megève. Llegamos al día siguiente. Nos habíamos desprendido de nuestro amante de bolsillo.

Cherry Lane llevaba un año abierta; mi madre y yo vivíamos en un pisito encima de la discoteca. Abandoné ese lugar para ir a vivir a Montparnasse con «Ella», cuya dulzura me ayudó a soportar los

últimos días de mamá.

Con «Ella», que me ha acompañado toda mi vida.

La Puta

Montparnasse. «Ella» dibujaba y yo trabajaba de noche en la discoteca. Solíamos compartir nuestros amantes.

Cierto día acudió a verme un cliente homosexual.

—Mira a mi amante, ¿qué te parece?

Me di la vuelta.

—Guapo, realmente muy guapo. Y debajo del pantalón, ¿qué tal?

—Como un brazo de niño, querida. Vamos, sé buena, haz el amor con él.

—¿Me tomas el pelo? —No, te lo digo en serio. Me habla continuamente de ti, está loco por ti, y eso me hace sufrir. Estoy convencido de que si haces el amor con él, se le pasará. Vamos, dime que sí, te lo pido como un favor... más bien agradable, ¿no?

La propuesta me sorprendió. Yo mantenía buenas relaciones con los homosexuales, y me gustaban porque me parecían refinados. Pero sólo sentía hacia ellos una atracción intelectual.

El alcahuete insistió e insistió. «La Puta» era guapo y tórrido. Una noche acabé por ceder. Fue inolvidable.

Hacia las cinco de la tarde del día siguiente recibí cien rosas. Era un regalo desproporcionado.

Más adelante, la Puta obligó a sus admiradores, y Dios sabe los muchos que tenía, a regalarle botellas. Yo le miraba, impresionada. «Este whisky es para ti», decía, «véndetelo». La Puta se había convertido en pupila de una futura ama. Yo le daba órdenes.

Como el alcahuete despidió a la Puta, accedí a que esta última se quedara en mi casa unos días.

Yo era ya muy cerebral, y las actitudes simplistas de la Puta me dejaban sexualmente fría. Cuando regresábamos juntos a casa, en el ascensor él me preguntaba en qué cama dormiría. Y cada vez con mayor frecuencia yo le contestaba: «En el sofá». Lloraba desconsolado.

Desaparecía por la tarde y volvía después de haber hecho unas compras desorbitadas. No quería resultarme gravoso. Me dejaba dinero debajo de la almohada. «Para pagar el alquiler y la electricidad», decía. No tardamos en comprobar que hacía realmente de puta. «Ella» y yo nos habíamos convertido en proxenetas involuntarios. A mí me parecía peligroso. Amenazaba con suicidarse si nosotras le abandonábamos, ya que yo se lo había ofrecido a «Ella», evidentemente.

Decidí terminar de una vez. Pero he aquí que a mi pequeña compañera le encantaba su juguete. El infantilismo de la Puta no parecía molestarle. Sexualmente, era el no va más. «Ella» quería seguir disfrutando de él cierto tiempo.

La Puta no había entendido nuestra complicidad. En pocas horas yo me convertí en una arpía, y «Ella», en una diosa. Se iba de compras y volvía con todo lo que a «Ella» le gustaba. Incluso se abstenía de comer para ahorrar, según decía. Un día llegó con un pantalón

nuevo: «Me he comprado estos pantalones porque no os doy suficiente dinero: además de hacer la calle, quiero posar para que me saquen fotos».

No pude soportar esta situación, totalmente dirigida por el masoquismo de la Puta. Se marchó. «Ella» dejó ir a su juguete, no sin gran pesar.

Después sobrevino la muerte de mi madre, y la necesidad de ser madre a mi vez.

Experiencia conyugal

Poseía la magia y el encanto del vampiro. Era muy cálido, y yo me pasaba el día en sus brazos. Estaba enamorado y me deseaba vorazmente. Sentía con frecuencia la necesidad de apretujarse entre mis pechos, como un niño. Era guapo y sexy.

Aunque impasible y tranquilo como un menhir fálico, poseía un espíritu atormentado. Yo me había prohibido muchas veces cualquier relación con esa clase de hombres. A MARIANNE, en cambio, le encantaban. «¡El hombre que tú buscas no existe, has de elegir entre los que te buscan!».

Mi fuerza femenina era evidente, palpable, pero el masoquismo de MARIANNE se imponía. Y yo volcaba mi instinto maternal en los hombres: «J. P.», mi marido, no iba a abandonarme así como así.

Era enfermizamente celoso. Si un play-boy pasaba delante de MARIANNE, ella tenía que bajar los ojos, si no J. P. se ponía hecho un basilisco y la golpeaba hasta derribarla, al borde del desvanecimiento.

J. P. cuidaba mucho su aspecto físico. Por la mañana ejercitaba sus músculos levantando pesos. Después se contemplaba largo rato en el espejo: «Espejo, querido espejo, dime si soy la más

hermosa». El espejo contestaba indefectiblemente: «Si, eres la más hermosa».

Le di tres niños. Parir significó para MARIANNE una dulce voluptuosidad, su mejor recuerdo de placer en el dolor. El parto es un orgasmo al revés. El orgasmo llega de lejos y mediante espasmos, de la misma manera que, en el parto, el dolor sube por etapas, hasta el momento en que sale el hijo.

Cuando piensas en el niño que va a nacer, esperas al Niño Jesús. No tiene nada en común con el teatro masoquista; es el masoquismo a secas, el lado bueno del masoquismo natural, totalmente imbricado en el ser humano y realizado con un ceremonial absoluto: ese dolor que remite, generando placer y bienestar, ¡se parece a la caricia después de un latigazo! Y, a nuestro lado, aguarda Dios Padre. Es el Amo de la creación, y recibirá el don del hijo a través de los espasmos dolorosos y del amor. Y eso es maravillosamente concreto.

De ahí, sin duda, que el hombre masoquista sueñe con quedarse embarazado: «Peluca rubia sobre su cráneo calvo, pestañas postizas, sombra de ojos, uñas postizas pintadas, ese cincuentón de un metro ochenta y cinco no ha pasado desapercibido: es

Maart'Hart

, escritor holandés. Una única pena le atormenta: “Con ninguna operación quirúrgica puedo conseguir lo que más deseo en el mundo: quedarme preñado y parir un hijo”^[5].

J. P. no era ni amo ni masoquista. Pero le gustaba sentirse idolatrado, por su mujer tanto como por los demás. Yo me había casado con él. Él iba al boxeo y al fútbol. Yo me quedaba en casa; ya no iba al teatro, no tenía tiempo para nada.

J. P. sólo ha querido a una mujer en su vida: a

su madre, o mejor dicho, a la que reemplazó a su madre, desaparecida en extrañas circunstancias cuando él tenía diez años. Su padre le repetía: «Son todas unas guarras; tú vengarás a tu padre, hijo mío».

J. P. tenía el aspecto de un niño robusto. Nos entregábamos a los juegos que MARIANNE le había enseñado, y a él le gustaban. Jamás llamaba yo a eso «sadomasoquismo». Nos unía una relación diferente, más terrible y destructora, que yo no dominaba.

Con la ilusión de proteger la integridad de la familia y del amor, me pasaba las tardes del domingo haciendo cuentas. Él me reprochaba que contratara a alguien para ayudarme en la casa, y, mientras se iba a hacer *footing*, yo preparaba la cena para sus amigos. Ni se me pasaba por la cabeza abandonarle. Sofocaba todas mis contradicciones para vivir feliz. Creía en nuestro amor.

Nuestro hijo pequeño se puso muy enfermo. Los dos llorábamos, y yo intentaba consolarle.

Una mañana, J. P. consultó su espejo y este le contestó: «Lo siento, querida, te estás quedando calvo, y esa arruga de ahí... No, ya no eres la más hermosa». J. P. acababa de cumplir cuarenta años. Jamás soportó envejecer.

No fue en un lupanar ni en el *minitel* donde J. P. encontró a «Circe», sino yendo a buscar a nuestras hijas, a la salida de la escuela. Cuando, al doblar una esquina, vi a mi marido en compañía de Circe, supe que nuestra relación se había acabado.

Circe contaba con sus astucias de hembra, y yo poseía la fuerza de mi padre. Yo era un hombre

con cuerpo de animal y sexualidad de mujer.

Circe tejía su tela de viuda negra, y él obedecía sus órdenes perversas. Le resultaba fácil convencerle de que no trabajara. Sus consejos desequilibraban nuestra situación económica, cada vez más precaria. El tren de vida de J. P. se pulía el dinero que yo reservaba para mi guardarropa. Ya no me escuchaba, había cambiado de madre.

Circe había abandonado a su marido por el secretario de este. Acababa de salir del hospital, donde la habían internado a causa de una depresión nerviosa. Tenía cuatro hijos, tres niñas tiernas y bonitas, y un niño, el mayor, que era un nazi en pequeño. Apostado en la ventana de su casa, apuntaba y disparaba con una carabina a las palomas de la Place Saint-Eustache, para purificar, decía. Coleccionaba también fetiches nazis y le rezaba todas las noches a san Adolf, cuyo retrato colgaba encima de su cama. El pequeño nazi era el huérfano de un judío, y su padrastro, también judío, lo había educado amorosamente. El niño no tenía ninguna amigueta; daba la impresión de desear únicamente a su madre. El padrastro, estigmatizado por el antisemitismo, había cambiado los apellidos, incluidos los de su hijastro. Circe apoyaba esa atmósfera antisemita.

La relación entre J. P. y yo se degradaba a ojos vistas. «¡Mira, falta un botón! Si no eres capaz de vigilar a tu mujer de la limpieza cuando plancha mis camisas, ¡plánchalas tú misma!». (En la actualidad yo reproduzco la escena con mis criaditas machos, para reduplicar su alegría, y me divierto extremadamente). «¡Inútil!», decía, arrojándome una de sus camisas a la cara. (¡Cómo les gusta eso a las sirvientas!). «¡Y no pongas esa cara! Tienes que acostumbrarte, hija mía. A partir de ahora, límitate a tus deberes de esposa y

madre, porque no hay quien te folle».

Los celos duraron más tiempo que el amor. J. P. quiso conservar su poder sobre mí. A pesar de tener a Circe, no soportaba la idea de que yo le dejara.

Al llegar las vacaciones, J. P. decidió venir con los niños y conmigo, dispuestísimo a hacerme pagar cara su presencia: Circe se había quedado en París, y le amenazaba con abandonarle. Yo vivía temblorosa, atemorizada y sometida. Una noche, en un restaurante de la isla de Gelves, cuando estábamos sentados a la mesa, le eché encima, por torpeza, una botella de vino rosado. Se levantó gritando: «¡Imbécil de mierda!». Todos los clientes se volvieron hacia nuestra mesa. Sus hijas nunca le habían visto así. Sus ojos echaban chispas; me odiaba. Abandoné la mesa y me eché a llorar; me entraron repentinos deseos de vomitar. Mi hija mayor me siguió y me dijo, en un arrebato de rabia: «¡Divórciate, mamá! ¡No aceptes esto! ¡No lo aceptes ni por ti ni por nosotras!».

Yo ya había pensando en eso. Incluso MARIANNE quería divorciarse, pero él siempre se había negado. «¿Divorciarnos? ¡Jamás! ¿Me oyes? Jamás un tipo dormirá en mi cama. Jamás un tipo ocupará mi sitio en la mesa. ¡Antes te rompo la crisma! ¡Eres una histérica, hija mía, habrá que encerrarte!». Ya que no podía hacer que me internaran por histeria ni que me lincharan por adúltera, le habría gustado que me cosieran, como hacen en determinadas tribus musulmanas de África^[6]. Ante la imposibilidad de matarme, intentaba destruirme. «¡Sólo tú tienes la culpa! Vamos, anda, no me dejes, te follaré de vez en cuando. Si me abandonas, sólo te quedarían los moracos».

Los juegos sadomasoquistas con J. P. no eran

muy violentos. Y él prefería hacer sufrir de veras. Desplegaba una gran violencia física y verbal y le invadía una voluntad insaciable de dominio, con gran satisfacción de MARIANNE. Pero, por fortuna para mí, yo sólo estaba dispuesta a pasar por eso si iba acompañado del amor de J. P.

Dicen que algunos hindúes, cuando mueren, se llevan a su mujer con ellos a la hoguera. En otras sectas, la ceremonia fúnebre consiste en entregar el cadáver a las aves de rapiña: el haz de hierba en el que descansa el cuerpo es colocado sobre un túmulo, y a su lado atan el cuerpo vivo de la esposa.

Circe apareció en mi ausencia para pegar a mis hijos y prestó declaración en la comisaría con respecto a su relación con J. P. Me ofreció así la llave del divorcio. Entonces, para no convertirme en esclava de los hombres, como lo son y han sido mis compañeras desde el comienzo de nuestra civilización, sometí mi cuerpo a un dolor insoportable, arranqué de mis carnes la mitad de mí misma y vestí una nueva piel metálica. Corté después el lazo que une la vagina con el amor, y aprendí a vivir ese amor de otra manera.

Desde entonces estoy sedienta de soledad monacal, y para poder crear ese espacio sagrado necesito estar segura de que mis hijos están bien y de que su equilibrio no se ve alterado. Sin esta certidumbre, todo se tambalea y me transformo en una zombi angustiada.

Así ocurrió, hace menos de una semana, cuando operaron de urgencia a mi hija mayor. Llamé a J. P. para decírselo, y él me contestó: «¡Bueno, ya sabías que eso podía ocurrir! Los riñones no tienen importancia, se operan y ya

está». Ya está, ¿el que? Esa aparente indiferencia me angustiaba y ahogaba. Colgó con brusquedad: Circe estaba a su lado. Diez minutos después me llamó desde una cabina telefónica para disculparse torpemente y pedirme, también él angustiado, noticias de su hija.

Circe y J. P. viven juntos en el sur de Francia. Cuando mi hija pequeña iba a pasar unos días con ellos, Circe, conocedora de su aversión por la morcilla, se la servía para comer, y azuzaba después al padre contra su propia hija, asegurándole que la otra (o sea, yo) la educaba mal.

Circe siempre jugó con un humor dudoso con las relaciones sdomasquistas. Con frecuencia, sin embargo, lleva gafas oscuras. Tiene una cicatriz encima de una ceja y diecisiete puntos de sutura en una pierna.

Circe posee una fortuna personal y un exmarido muy rico que está dispuesto a ayudarla. Podría abandonar a J. P. Pertenece a esa raza de mujeres maltratadas que será siempre un enigma para la mayoría de la gente.

El Mirón Reclutador

La moda sadomasoquista ha engendrado muchas falsificaciones que exasperan a los puristas. La emoción no puede aprenderse. Es onírica, y procede de un lejano viaje; de las profundidades de nuestro inconsciente. Cuando eso ocurre, no existe ya ningún estereotipo. Ya no hay ley. Sólo un arte. Un masoquista no se doblega a los caprichos desconsiderados de los farsantes.

No es difícil reconocer a los pequeños esnobs del sadomasoquismo, y sus juegos proceden casi siempre de *Historia de O*: apoyan el culo desnudo sobre el asiento y se exhiben en las veladas organizadas, o en cualquier cervecería parisiense, con su perro o su perra atados de la correa.

El conformismo existe en la marginalidad. Es la peor aventura que podría ocurrirnos. Por desgracia, este proceder no siempre es del mejor gusto; a veces resulta peligroso, y con mucha frecuencia se guía por el desconocimiento.

Yo he sido probablemente la primera ama que ha utilizado el *minitel*. En esa época, MARIANNE seguía buscando un amo con el que establecer una relación estable y sincera.

El primer amo era un cerebral obsceno. Ella acudió a su casa como una sonámbula. Desafortunadamente, no funcionó. Pero él, el

dominador, se convirtió en mi compañero de vicios, y decidimos que sería «el Mirón Reclutador». MARIANNE se dejaría dominar por otros en casa de él.

Al cabo de unas cuantas sesiones, harta de ver cómo MARIANNE recibía latigazos a la buena de Dios, y asestados por cualquier mano, me rebelé contra ese falso amo. Le arranqué el látigo de las manos y, loca de rabia, le insulté:

—¡Gilipollas, voy a enseñarte cómo se utiliza un látigo!

Se arrodilló ante mis pies y exclamó:

—¡Sí, Ama, gracias, Ama!

Con J. P. habíamos ido a la Rue Blondel a ver a las fustigadoras, pero la visión de un hombre de rodillas me impresionó. Estaba asombrada y seducida. El Mirón Reclutador decidió: «¡Tú eres una dominadora!». La imagen de un hombre caído y arrastrándose me enardecía.

Amas, nosotras seremos la carcelera, la mujer-policia, la flageladora, el demiurgo de su feminidad de machos. Vosotras, las dominadoras, mandaréis, para así desculpabilizarlos con mayor facilidad. ¿Sueñan desde siempre con ser mujer? Seamos pues el ama que obliga, seamos la reina de los vicios para esos hombres que se confiesan inocentes. Les resulta práctico, ¿verdad? ¡No son ellos, sino tú la inmunda *pecadora*! ¡La de cosas que están relacionadas con la religión! El marido de una dominadora norteamericana me confesaba que la religión le había enseñado a rechazar el pecado de la carne, pero ahora, como lo hacía por obligación, para él no existía el pecado. En ese preciso instante, la dominadora se vuelve indispensable. De la misma manera, tampoco hay pecado cuando la mujer desnuda está cubierta de plástico.

Se necesita haber recorrido un largo camino para entender que nosotras, las mujeres, seguimos siendo un objeto, y que si damos la sensación de que carecemos ya de sentimientos, se debe a que los hombres lo han querido así.

El Quebrantador

Dos días después, MARIANNE conoció al «Quebrantador». Tenía un aspecto muy trivial. Buscaba una esclava para una relación prolongada.

El Quebrantador se había presentado a través de una pareja muy simpática, descubierta en el *minitel*. MARIANNE se entregó a él con los ojos cerrados.

Jamás se había tropezado con tanta falta de sensualidad, tanta frialdad, tanta torpeza obscena. MARIANNE se dejó atar.

Ni por un solo instante el Quebrantador la tuvo en cuenta. La ató a la barra de la cortina con unos cordeles cortantes, y muy tirantes, que la obligaban a permanecer de puntillas. Le colocó unas pinzas dolorosas en los senos, «pinzas cocodrilo», llamadas así por sus bordes dentados, en lugar de ser de caucho.

Sólo se utilizan cuando la sesión llega a su paroxismo, cuando se conoce perfectamente a la pareja y se sabe que puede soportarlas, y que él, o ella, no caerá en el sufrimiento psíquico^[7].

Al final, MARIANNE, que había soñado con el látigo en los riñones y la espalda, recibió golpes a diestro y siniestro. Incluso su rostro fue castigado por los azotes. Un consolador anal colocado

brutalmente, sin la menor preparación, le desgarraba las venas. Y, de repente, lo que habría podido resultar sublime se convirtió simplemente en algo grotesco.

El amo piensa exclusivamente en su placer personal. No sabe distinguir entre los gritos de dolor y los gritos de placer... El que no entiende esto, y no sabe escuchar un cuerpo, una respiración, confunde intelectualismo con recetas.

Si bien las mezclas dolor-placer son embriagadoras, el sufrimiento nada tiene que ver con esta clase de relaciones. El sufrimiento sobreviene cuando la progresiva excitación se quiebra debido a un dolor demasiado agudo, mal dirigido.

En ocasiones la concentración del amo permite esa atención, esa escucha indispensable. Algunos amos proponen unas consignas para que se pronuncien cuando se desee no seguir adelante; aunque sean una señal evidente de falta de intelectualismo, por lo menos sirven para evitar el quebranto.

MARIANNE salió quebrantada de esta relación y se hizo una promesa: se acabó el masoquismo.

Mi primer esclavo

«Tú eres una dominadora, tus reacciones en la sesión de la otra noche no dejan la menor duda. Pásate un momento por mi casa».

Melancólica pero intrigada, regresé a casa del Mirón Reclutador. Él había entendido la ambigüedad de los dos personajes que desgarraban mi cuerpo. Creía que MARIANNE tenía que desaparecer y permitir que creciera FRANÇOISE. Sólo así recuperaría yo la paz.

Se ofreció a ayudarme. Después de teclear en el *minitel*^[8], afluyeron las llamadas telefónicas. Escogí, al azar, al «Abogado». Casado, dos hijos. Aquel domingo de noviembre había pasado por su bufete, y llamaba desde allí. Deseaba verme. Nos citamos para el día siguiente, lunes, a las diez de la mañana.

En su piso de soltero, tiradas de cualquier manera, había una correa de perro y unas bragas de látex provistas de un consolador negro. Yo jamás había dominado a un hombre. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, la perrita, dócil como había prometido, se vio ataviada con un collar y una correa.

Leí en sus ojos una turbación que yo jamás habla experimentado. Yo sentía, en consonancia con él, el mismo ardor. Le notaba dispuesto a

todo. Y yo, con suma naturalidad, le ordené:

—¡La cara en el suelo! ¡Tu hocico de perra a la altura de mis tacones puntiagudos! ¡Sube a lo largo de la costura de mis medias, pero ojo, sin llegar al lugar sagrado! Ese lugar está prohibido para ti, esclavo. Ahora ¡sígueme! Te quiero dócil.

Su obediencia fue ejemplar. Yo tenía la impresión de no haber hecho otra cosa en toda mi vida. Entré en el cuarto de baño, donde el retrete atrajo mi mirada: estaba sucio.

—Ahí tienes el estropajo y el Ajax. ¿Has visto cómo está el váter? ¿Te crees que voy a soportar esto? ¡Frota! ¡Más fuerte! ¡Rasca! ¡Con las uñas, si es preciso! ¡Y si dejas el menor rastro de suciedad, lo lamerás con la lengua!

El Abogado, la gran estrella de los tribunales, erotizaba esta humillación para mi mayor placer. Me descalcé y le arrojé los zapatos a la cara, ordenándole:

—¡Toma mis zapatos! ¡Ve a buscar el betún! ¡No lo untes por todas partes, inútil! Lo repasarás con la lengua, y lamerás también las suelas, que han pisado la acera. ¡Métete en la boca el tacón, como si fuera una polla! —Después me puse las bragas de látex—. ¡A cuatro patas! ¡Date prisa! ¡Cómo las cachondas de tu raza! Voy a montarte como una buena perra.

El prestigioso abogado, tratado como una puta, fue ensartado y azotado como una ramera.

No sé por qué, me inspiró tanta confianza que le di mi teléfono privado. Por la tarde, después de la media jornada del lunes en mi tienda, al llegar a casa descubrí que había utilizado la totalidad de la cinta de mi contestador:

«Ama, quiero pertenecerle, quiero ser su perra en celo, dócil y obediente, enciérreme en una

bonita jaula a sus pies. Ama, lléveme con usted a su universo, castígueme, quiero que me deje marcado con sus uñas, llevar en los testículos anillos con sus iniciales. Quiero perderme en usted. ¡Llámeme! ¡Llámeme! Yo jamás me atreveré a hacerlo, porque sé que sus hijos están ahí».

Me sentí tan asombrada como seducida. ¡Me costaba aceptar que era el ama de aquel hombre distinguido e inteligente, y verle, como un esclavo, a mis pies! Cuando le llamé, al día siguiente, le noté loco de excitación. Oí que en su despacho sonaban todas las líneas de teléfono, y que la secretaria entraba y salía, todo en vano. Indiferente a ese alboroto, me hablaba tranquilamente y mostraba sin tapujos su deseo de pertenencia. Llevaba mucho tiempo buscando a alguien como yo. ¡Soñaba con un ama sadomasoquista! Sólo le oía estas palabras: «marcados», «jaula», «anillos».

Era todo un señor, no divorciado, buen padre de familia, respetado por todo el mundo.

Lo que más le gustaba al Abogado era el exhibicionismo, y, al igual que yo, amaba el peligro. Un día decidí sacarle de su bufete con la correa, atada al collar que le ceñía los testículos.

—¡Te quiero sometido y tembloroso delante de mí! ¡Voy a dominarte delante de tu secretaría! Con algunas frases muy insinuantes, le provocaré turbación y asombro, y luego, ya verás, se producirá un silencio glacial. Mi mirada severa te recordará que debes incrementar tus movimientos de rotación sobre tu butaca de picapleitos para que el consolador que te he metido en el culo te penetre más profundamente. Juntos y cómplices

los dos, seremos los mirones del desconcierto de tu secretaria. Ya sabes que no tienes más remedio que salir así de tu despacho: ¡enjaezado con un consolador en el ojete y un collar de pinchos en los cojones, y arrastrado de la correa por la calle!

Imagino esa escena, la impongo, y me excita. Conmovida, veo que me sigue por la calle, también excitado.

Sí, camina atado de una correa en pleno centro de París, justo donde todos sus conocidos pueden verle. Donde suele citarse con su socio. Allí donde piensa que pueden reconocerle, experimenta la mayor excitación. Con esa alocada exhibición, al pie de su bufete, se juega su prestigio social y su futuro. Para vivir su masoquismo, crea una «situación fatal y desgarradora». Y él erotiza esa situación.

«En todos estos casos, no cabe duda de que el hombre humillado de diferentes maneras obtiene una especie de “beneficio secundario” típicamente masoquista. Eso no impide que Masoch presente gran parte de su obra bajo un aspecto rosa, justificando el masoquismo por los motivos más diversos o por las exigencias de situaciones fatales y desgarradoras»^[9]. Deleuze evoca «el suspense estético y dramático que hay en Masoch».

Cuando llegamos al aparcamiento, le ordeno:

—Quítate la ropa. Te quiero perra, hembra, buscona. Voy a maquillarte; ponte la peluca y los botines.

Llevaba ya ropa interior femenina, y, desde la mañana, la cintura estrangulada por un rígido corsé.

—Caminarás al ritmo de mis palabras. Vamos, contonéate. ¿Cómo quieres que te prostituya y saque partido de tu culo de marrana si no te esmeras? Una puta debe moverse con elegancia. Si

no sirves para la Avenue Foch, irás a Barbès.

La puta tiembla, pero está orgullosa de haberse atrevido. Tiene ganas de busconear, lo hará. De repente le invade el miedo. Cree que le han reconocido. Le pongo unas gafas oscuras. Nos vamos.

El teatro no es la realidad, y no se trata de quebrantar a un individuo, ni psicológica ni físicamente. Al contrario, hay que jugar al mal para no hacerlo.

Llevará durante días un liguero y unas medias mías debajo de sus ropas masculinas. Igual que un perro, husmeará mi olor. Sólo se cambiará de medias cuando yo le proporcione otras. Llevará mis bragas y, en el ano, un huevo de plomo que pesa un kilo, forrado de cromo, con mis iniciales grabadas. Me ayudará a instalar mi *gabinete*^[10], situado en el sótano de un barrio elegante. Otros esclavos confeccionarán los accesorios. En nuestras sesiones, exigirá cada vez mayor violencia. Desobedecerá mis órdenes. Confesará a su mujer que las marcas de latigazos provienen de una única dominadora.

Cometí un error irremediable en el que no debe caer ninguna dominadora: me enamoré de mi esclavo. A MARIANNE debió de seducirle su aspecto tranquilo, relajante y protector.

Él amaba profundamente a sus hijos. Yo tenía la impresión de que los míos habían carecido de ese amor paterno. Y eso me alteró. Sus pulsiones seguían siendo muy fuertes. Yo sabía que él necesitaba creer que, por un momento, se perdía por mí.

En los restaurantes parisienses, le arrebatava la carta de las manos, y él disfrutaba con la mirada

del camarero. Yo pedía en su lugar y ordenaba al camarero que pusiera los huesos y la grasa en el plato del perro que estaba sentado delante de mí. Al final le quitaba el postre, tachándole de glotona. La cadena, que podía verse encima de la mesa, iba fijada a sus cojones. Llevaba pinzas en los senos y un consolador en el culo.

Fueron momentos inolvidables.

Lo vi cada vez menos. Una mañana me despertaron las amenazas de su mujer. Yo quería ayudarla, pero ella jamás me dejó hablar. Más adelante supe que, en contra de mis deseos, regresaba a su casa vestido con corsé y medias negras. Pensé durante largo tiempo que no por azar su mujer había encontrado ciertos teléfonos:

Françoise, alias

Domicilio:...

Tienda:...

Gabinete:...

Hacía mucho que nuestra relación se había terminado cuando un día, por casualidad, me encontré a su mujer. Tenía el rostro demacrado por las noches de espera y de angustia. Resultó que el Abogado utilizaba su relación conmigo para camuflar otra, más amenazadora para su matrimonio, con una mujer muy joven, a causa de la cual acabó por divorciarse. Él se figuraba que mantener una aventura con una dominadora objeto parecería, a ojos de su esposa, mucho menos grave que su relación con esa joven. Sin duda me había utilizado como coartada de todas sus salidas nocturnas.

Yo había creído que decidió romper conmigo por miedo a caer en la hipnosis de la esclavitud. No tardé en descubrir que estaba ávido de

conquistas, que jamás se conformaría con ser el esclavo de una sola ama ni el amante de una sola mujer. Esta experiencia me enseñó a no confundir el amor con sus juegos. Me enseñó a entender que, en ese tipo de relaciones, una dominadora podía amar, pero jamás depender de ese amor.

La dominadora es el personaje clave de la fantasía del hombre masoquista. Hombre con frecuencia fuerte e inteligente, adorará y sublimará a su dominadora, pero, al mismo tiempo, le guiará un único objetivo: derribarla de su pedestal. Pues los masoquistas son a menudo machistas.

«¿Debemos deducir de ello que el lenguaje de Masoch también es paradójico, porque las victimas hablan a su vez como el verdugo que son para si mismas y con la hipocresía propia del verdugo?»^[11]. Sí, y el masoquismo del Abogado se correspondía exactamente con el aludido por Masoch.

La mujer del Abogado no tenía talonario de cheques ni tarjetas de crédito, sólo percibía una cantidad en metálico cada semana. ¿Canal Plus? No hacía falta, los programas de las cadenas tradicionales bastaban. Mientras comían apagaban la tele.

Nuestro Abogado masoquista fue el único que consiguió convertirme en perra de mi esclavo. Aprendí bien la lección. Al igual que a mi primer amo, nunca olvidaré a mi primer masoquista.

A propósito de las etapas que Elisabeth Badinter propone para el «hombre reconciliado» en su libro X & Y^[12], sugiero que a su operación biberón le siga una operación sexo, una operación ligero, una operación puta.

Al preferir la complicidad de un ama a los divanes de los psicoanalistas, ese tipo de hombres

permite que se desarrolle en ellos su instinto femenino. A solas, o con la complicidad de una mujer dominadora, se identificará con la mujer. Estoy convencida de que ese hombre escapa al trastorno de identidad masculina a que alude Elisabeth Badinter. Ha terminado con los tabúes milenarios. Es un padre responsable, un hombre que lo asume todo con equilibrio y lealtad. Lo conozco bien, se lo cuenta todo a su confesora — quien no le traicionará—, habla, necesita hablar; ese hombre es muy antiguo.

¿Se trata acaso del «hombre reconciliado»?

El Presidente

Un día de verano, meses después de mi relación con el Abogado. Es un hombre como los que a mí me gustan: refinado, alto, distinguido, treinta y cinco o cuarenta años. Disfruta con el látigo, con los vestidos afulanados de látex, y su sexo me impresiona, pero ¿qué hace con este?

El culo de la puta masoquista, al borde del cuero del *sling*^[13], está en posición ginecológica. Con los ojos brillantes, él observa y espera al ama enjaezada. El ojete está a punto de estallar. Es perra, y se contempla las piernas depiladas y la falda de vinilo negro, arremangada. Mañana irá vestido de negro con cuello blanco. Defenderá a la puta vieja y borracha en el banquillo y saldrá con gloria del combate.

Me corteja con obstinación, me propone todo el repertorio masoquista. Imagino la lucha terrible que sería la vida con este hombre seductor y perverso. Evidentemente, no tiene otra cosa que ofrecer que la satisfacción de sus vicios personales.

«Querido amigo, existen dos maneras de vivir estas relaciones: bien una complicidad puntual, bien una vida de pareja. En la vida de pareja, caben aún dos posibilidades: o el esclavo acaba convirtiéndose en un vegetal, y yo a eso no juego, o la pareja existe y juega de vez en cuando, en

cuyo caso se trata de una pareja tradicional. Una noche cenaremos en el restaurante, y después tendremos una relación clásica de pareja. Se acabó el cuero, se acabó el látex, se acabó el masoquismo».

«El Presidente» no fue mi amante. Al desacralizar a la dominadora, provoqué la muerte prematura de nuestra relación. Hoy, acuciado por sus necesidades masoquistas y fetichistas, está acabando con dos mujeres. Para conservarlas, las ha enamorado locamente de él. Dominadoras convertidas en sumisas y dóciles, se pegan, se amenazan, probablemente sufren. Son las esclavas del Presidente.

El Mago

«El Mago» masoquista —soltero y depravado, catedrático de universidad de altísimo nivel, hijo de catedrático— tiene una inteligencia deslumbrante. Y una memoria de elefante.

Ha abandonado el coito por el látigo. El vicioso intelectual es muy masoquista. También le gusta la vara de bambú con que su madre contribuyó a educarle. Milagro, yo me parezco a su madre.

En cierta ocasión, fue desagradable conmigo. Tiempo después llamó a mi puerta sin haber concertado una cita. Le abrí, y, no bien le hice pasar, le empujé brutalmente y le ordené:

—¡Bájate el pantalón! Le asesté diez golpes de vara y le reventé la piel del culo. Le eché, impidiéndole que llegara al orgasmo.

Me pide en matrimonio. Alquila una casa preciosa en Key West, en Florida. Nos invita a mis hijos y a mí. Pasamos ocho días de ensueño. Desempeña el papel de padre, me seduce, me disfraza de burguesa norteamericana. A causa del desfase horario, yo me dejo hacer. Poco después, cuando regresa a París, me ofrece una cantidad considerable para casarse conmigo. Me niego. En ese momento, yo desconocía que había querido casarse con todas las dominadoras de la Tierra.

Al igual que yo, es un solitario, y le enloquece

mi locura. Sus investigaciones son apasionantes; me las cuenta y yo las entiendo. Mucho más allá de ese látigo que ansía, sabe sublimar. Es mi cómplice, su mirada está viva. «Créeme», me dice a veces, «nuestra alma es tan clara como nuestra visión de la vida. Tenemos que buscar nuestro placer. Hay que vivir más en el espíritu que en el cuerpo».

Se portó como un padre cuando mi hija estuvo en Estados Unidos. Daba más de lo que yo podía dar. Puso un coche a disposición de mi hija. Me convenció de que a ella le convenía vivir fuera del colegio, pues consideraba incómodo el internado, e hizo de avalista para el apartamento. Iba a verla. La llamaba para controlar sus estudios. Había sabido recrear un vínculo familiar.

Me llama todos los días y hablamos largo rato.

¡Ama, Ama!

Me han preguntado muchas veces si soy guapa. Suelo contestar: «Sí, tengo un pronunciado tipo latino. Soy alta, muy morena, de pelo largo, ojos negros, sublime, inteligente, genial». Sonrío...

Cuando quiero mitigar el dolor del látigo, acaricio las partes doloridas con mis pechos. Son pesados, desbordantes, llenos, maternos. Soy del tipo «elegantegolfo».

Tenía doce años. El último recuerdo de aquel padre que me excitaba es el de su mirada posada sobre una joven: «Tiene un ramalazo golfo, un poco vulgar, que atrae y fascina a los hombres». «Papá, ¿uno se casa con estas mujeres?». «Sí, querida, si no quieres aburrirte toda la vida».

Procuro que mi guardarropa sea siempre distinguido y sexy. Llevo medias negras, muy a menudo con costura, tacones de aguja, tanto en la calle como en el gabinete. Pelo revuelto, faldas cortas y ceñidas, chaquetas entalladas de Mugler o Alaïa. Mantengo en mi imagen ese toque vulgar, ese toque golfo, ya que soy instintiva y sensual. Tomaré hormonas hasta el fin de mis días para ser siempre la mujer que sangra, la mujer completa, en su sexo y en su cuerpo, aunque en mi mente sea un animal salvaje.

Un día, en la calle, llevaba una camiseta muy

ceñida y escotada, y un joven de unos veinte años se me acercó: «Señora, ¿podría decirme de qué marca es la camiseta? Me gustaría regalarle una igual a mi novia». Tenía una mano en el bolsillo y, de repente, noté que el pantalón se le movía a un ritmo rápido. Evidentemente, estaba masturbándose delante de mí.

Quién hubiera podido imaginar que yo un día...

A los dieciocho años aparentaba veinticinco. Era guapa, sin duda. Pero los chicos preferían casarse con mis amigas, que tenían un *look* de mujer-niña. Yo me parecía demasiado a una mujer que no necesitaba protección alguna; daba una imagen maternal y fuerte.

Las mujeres-niñas han envejecido. Tengo la impresión de que yo no he cambiado, y que por eso me cortejan. Dicen:

«He sentido una profunda emoción y una admiración sin límites por lo que usted representa, por lo que usted ha tenido, y tiene, la valentía de hacer. No se improvisa una dominadora como...».

«La quiero, Ama, no me deje, sin usted no soy nada...».

«Sin saberlo, jamás has cesado de dominarme. Cuando pienso en ti, me veo siempre como tu esclavo amoroso. He imaginado que realizaba contigo las fan tacias más delirantes, las más descabelladas. Te he buscado en otras mujeres, sin encontrarte jamás. Sé que nunca te encontraré en ellas. ¿Estoy condenado a vivir con esta nostalgia hasta el fin de mis días? Tengo que confesarte lo que nunca he confesado: has alterado por completo mi sexualidad. Después de ti, nada ha vuelto a ser como antes. Para hallar placer, debo

recurrir ahora a los recuerdos que me unen a ti. Me muevo constantemente entre el ensueño y la realidad, y sé que la búsqueda de otra relación es por completo ilusoria y está abocada al fracaso. Lo que me diste era demasiado intenso, y a solas no puedo recrear la ilusión de eso. Cualquier otra mujer me sabrá a poco. Esperaría demasiado de ella. En fin, ¡me hallo en un callejón sin salida! Ah, retroceder en el tiempo... Te deseo tantas veces... ¡Bien, ya lo he dicho! No enumeraré las ocasiones en que he tenido que revivir la ilusión de ti para conseguir continuar gozando, y, falto de todo esto, me siento huérfano».

«Ahora sé qué es una auténtica dominadora. Vuelvo a verla tal como se me apareció: hermosísima, altiva, distinguida. Usted infunde tanta autoridad que uno, ya de buenas a primeras, desea someterse a sus menores deseos. No necesita un atavío especial: un sobrio traje sastre de cuero negro basta para acentuar su autoridad y su severidad natural, al tiempo que deja transparentar una sensualidad muy femenina, casi maternal».

«Ama adorada, gracias por su extenso mensaje aludiendo a mi futura recompensa. Si, me siento bien con usted, atado, envuelto en mis pañuelos. La noche del lunes seré suyo durante toda la velada, y la adoro...».

«Puerca, zorra, criatura inmundada. Te maldigo, te odio, te abomino, me has destrozado, me has ensuciado, me has manchado. Me has deshonorado. Mi altiva virilidad, escarnecida por ti, ha quedado ridiculizada para siempre. La misma virilidad con la que yo pensaba invadirte, penetrarte, vencerte, inundarte, aniquilarte, conducirte al éxtasis de las

mujeres honradas. Me moriría de vergüenza si alguna vez vieran en qué has convertido al orgulloso macho que yo era: un gusano que se arrastra por el suelo, fofo, sin patas, retorciéndose miserablemente cuando tus pies lo pisotean, cuando tu sabio látigo hace que se estremezcan sus anillos. No has podido contener los bajos instintos que te incitan a vengar a todas las meonas de tu especie, a revelar mi naturaleza profunda con tu sardónica crueldad. Tu insistente mirada irónica se posa sobre el joven vanidoso cuya rabia sólo consigue azuzar tus deseos, incrementar tu júbilo, aumentar tu deleite. En mi ira y mis injurias hallas el legítimo pretexto para tus odiosas sentencias. Mis rebeldías, inútiles, sólo conseguirán acrecentar mis desgracias. Tu malvado espíritu ha adivinado desde hace tiempo que mis lamentables arrebatos coléricos traicionan la emoción que siento y que tú llevas al último extremo. Estoy seguro de que te corres, pero no puedo verlo. Mi pobre polla se empina cuando tu pie la levanta. La muy miserable me delata, y me gustaría verla duramente castigada. Mi cólera, sustituida por la vergüenza, se desmorona. Tu asombro es tan falso como tu indiferencia. Tus sarcasmos me humillan y me hieren aún más que los suplicios que me infliges. Sabes que me tienes a tu merced, que ya estoy preparado para soportar cualquier cosa. Saboreas tu triunfo, y yo estoy dispuesto a brindar por él».

«Busco una mamá severa y experta en azotes para que me trate como a un mocoso malvado, desobediente y caprichoso. Françoise, usted es la que yo busco. Por favor, contésteme».

«Para ti, Françoise,

Egeria de los sumisos,
hetaira del cuero total,
deidad de la disciplina,
pitia de la sodomía,
emperatriz de los mil suplicios,
alteza de los machos con correa,
vestal del culto anal,
sol de los mamones,
divinidad del consolador,
matrona del *speculum*,
Venus de los juegos con los ojetes,
déspota de los culos desnudos,
zarina del *sling*,
estandarte de los masoquistas,
Mesalina de la lluvia dorada,
demonio del pinzatetas,
soberana de la obscenidad,
devota del condón,
diva de los juegos de agua,
Agripina de la vara.

»Para Françoise,
¡qué pronto será mía,
y a continuación será perra!«.

El muy bruto quería a FRANÇOISE y a
MARIANNE...

La teatralidad masoquista me fascina. Soy una
teatrera que se ha equivocado de profesión. Me
gusta hablar a mis esclavos de nuestra fascinación,
de nuestra extraña sexualidad, de nuestras vidas
de vagabundos perversos. Subo al escenario todos
los días. Me guardo mis posibles miserias de
payaso, pues el espectáculo debe continuar.
Cuando se alza el telón, vuelvo a sacar a la luz con
ellos las imágenes más intensas de nuestra
infancia. Ellos me las cuentan emocionados.

Reconstruyo esos castillos embrujados. Castigo las faltas que crean haber cometido o las faltas que creen que cometerán en el futuro, les convierto en hombres muertos para que renazcan en mi poder. Juntos buscamos a la doctora severa. Los ato, como cuando jugaban a los indios. Me pongo mi pantalón corto y mis botas de brillante cuero. Tomo mi largo látigo. Restalla en sus espaldas, como en las de los galeotes de *El halcón de los mares*^[14]. Escucho sus emociones. Calmo sus dolores: los que acabo de provocar y los de sus vidas. Confesora de lo nunca confesado y del pecado que cometerán, institutriz severa, sexo de amazona, yo les permito convertirse en hombres.

Rasta

Acababa yo de descubrir mi «teatro». Había encontrado un sótano fantástico, donde realmente iba a poder «actuar». Convoqué a un puñado de esclavos. Necesitaba ayuda. Hasta entonces los había recibido en un cuartito, situado en una planta baja, que me había prestado uno de ellos. Era una antigua garita de portera con salida a la calle.

Apareció «Rasta», con gorra amarilla y verde: estilo Bob Marley y bien plantado. Había puesto un pie en el resquicio de la puerta, impidiendo cerrarla... Por un viejo reflejo, el temor al escándalo probablemente, le dejé pasar, aunque sin sentir ningún miedo. Sabía, no obstante, que tendría que discutir con él.

—Te escucho.

—Te crees un ama, ¿eh? Buenos días, perra blanca. Soy un negro, un hermoso negro. Pasarás por el aro, marrana. ¡Mira mi polla, cerda! Todas las furcias de tu raza andan locas por mi verga.

¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Chantaje? ¿Intento de extorsión? ¿Me confunde con su pareja de baile? ¿Con su puta madre? Después de mirar cómo Rasta, impasible, me insultaba a gritos, de pronto me cansé. Le solté una de las bofetadas más sonoras de mi vida; se quedó mudo, una bomba

histórica a punto de estallar.

—¡Desnúdate! —le dije.

Comenzó a desnudarse con torpeza.

—¡Más aprisa, perro negrata! Voy a partirte tu culo podrido. Y suelta la pasta, ahí, en el suelo, a mis pies. Alguna vez habrás hecho de gigoló, con tu gruesa polla, pero aquí sólo eres un puto maquillado que me trae lo que ha ganado callejeando, ¿entendido? De rodillas, y repite conmigo: «Soy su esclavo, su esclavo negro, y usted, ¡usted es la diosa blanca!». Sí, tú eres el negrito, trabajas para mí en la plantación, ¡y te azotaré sí trabajas mal! Repite: «Soy sucio por naturaleza»...

Rasta repetía. Se le desorbitaban los ojos de placer.

—¿Te has visto la polla, Rasta? Es gorda, sí; podría servir... —me acerqué a su oreja vociferando—, ¡para encolar a mis esclavos blancos! Voy a venderte a los esclavos blancos, Rasta. ¡Ah, te has atrevido a insultar a una diosa! Lo pagarás caro, larva hedionda, invertebrado, oruga de mierda, sub-raza reptante.

No paraba de abofetearle, de escupirle en la cara, y a Rasta se le empinaba como un loco. Sin embargo, ni siquiera le había rozado el sexo. Tenía un cuerpo escultural; las gotas de sudor se deslizaban por su piel como perlas brillantes. De rodillas, con las manos a la espalda, Rasta se bebía mis palabras. Yo veía sus ojos de bronce desorbitados, lacrimosos...

—Tu boca, Rasta, es como un cubo de basura dispuesto a engullir mis calientes meadas, mis mierdas...

Yo hablaba como una máquina programada.

Rasta seguía postrado a mis pies, prosternado. Pedía más. Estaba colgado, como un muerto de hambre, de mis palabras, de mis gestos, del látigo. Todo le excitaba. Quería disfrutar, disfrutar hasta reventar, quería... Decía: «Al fin he encontrado a mi Ama, usted es el Ama...».

Yo estaba trastornada por este masoquismo eléctrico. Poco a poco, los efectos de la turbación se invertían: «Las perras blancas sólo piensan en la polla gorda del negro».

Reconozco que Rasta poseía un sexo increíble. Antiguas fantasías me cruzaban por la mente: viajes en los que J. P. hacía que me violara un negro. Un *black master*. Ese día me contenté con el garañón, manteniendo el estereotipo de ama. Rasta se quedó en ayunas.

—Acércate, animal hediondo, gusano injodible. —La verdad es que se hunden no bien les dices que son injodibles—. A ver, déjame tocar esa polla que las vuelve locas... ¡No parece nada del otro mundo! ¡Estoy segura de que eres incapaz de hacer que me corra!

—¡Se lo aseguro, Ama, se lo aseguro, Ama, sí puedo!

—¡Bah!, cállate. Acércate, voy a demostrártelo. —Y le puse un preservativo—. Vaya, tu polla inmunda ya tiene un aspecto más presentable. Otro más, limitemos los estragos. —Así protegido, le hice acercarse. Me coloqué en el borde del somier. Le hice arrodillarse. Apoyé mis manos, juntas, detrás de su espalda—. ¡Muévete, pedazo de inútil!

En mi cabeza bullía la zarabanda infernal. Me agarré a él con todas mis fuerzas. A cada golpe ordenado por el ama, su sexo penetraba profundamente en el mío y me removía hasta las entrañas. Le obligué a hacerlo con suavidad,

aterrada ante la idea de que se rasgara el condón. El sexo de Rasta me llenaba, y lo sentí tan voluminoso que tuve la impresión de que me desvirgaban por segunda vez.

Yo alucinaba. De repente no pude contenerme, un violento orgasmo me sacudía, se me llevaba, y sin embargo, bajo una máscara de indiferencia, había conseguido permanecer imperturbable e inviolable.

Le arrojé al suelo de un violento puntapié.

—Convéncete de que no eres más que un sucio negro que sólo sirve para lamerme la suela de los zapatos. ¡No has sido capaz de hacer que me corra! —Le tiré la ropa a la cara—. ¡Vístete y lárgate! Rasta se fue con el preservativo vacío, y yo me sentía «vaciada».

Aquel día descubrí una nueva faceta de mi teatro vaginal. Rasta, que se había ido terriblemente frustrado, tenía por desgracia mi teléfono. Me persiguió, me buscó y lloriqueó durante días para volver a verme.

Jamás volví a verle. Jamás.

Polla Inútil

«Divina Ama Françoise,

»Qué suerte para mi larva fecal, poder arrastrarme de nuevo ante usted, una diosa.

»¿Se acuerda de mi?

»Usted, mujer maravillosa y altiva, tiene otras vergas que azotar. Pero yo, Polla Inútil, lo recuerdo todo como si fuera ayer, y sé que no estuve a la altura ninguna de las dos veces.

»¡Qué lección haber permanecido de rodillas sin tocarle, admirando sus nalgas suntuosas y su coño hierático, expuestos sin pudor a mis ojos desorbitados, qué sensación de sometimiento!

»Ya sabe, divina Ama, que yo no busco los golpes, ni la sodomía, ni ese tipo de tratamientos, pero imaginar la sonrisa que debió de iluminar su rostro al leer mi mensaje en el *minitel* me provoca estremecimientos abrasadores.

»“El gilipollas está en mis manos. Me pertenece, me lleva en la piel, dos horas de rodillas admirando mi culo y queda marcado para siempre”.

»Este poder es lo que me enloquece de deseo. Esa sensación de no ser ya nada sin mi Ama. Cada vez le necesito más, quiero pertenecerle.

»Ya sé que se aprovechará usted de mi, que le importo un comino, que tal vez sólo podré volver

a verla si me someto. Pero eso es lo que deseo, que me humille contándome estas verdades y, sobre todo, que haga lo posible para envilecerme.

»¡Rebájeme! ¡Humílleme cuanto pueda! ¡Insúlteme! Cámbieme el nombre: ¿le gusta el de Lameculos? Dado que usted me convierte en una larva, lo adoptaré orgullosamente. Oblígueme a idolatrarla como a una diosa eterna y a que ese sea el único objetivo de mi vida.

»Divina Ama, niégume cualquier derecho al placer. Está claro que tiene que empinárseme un poco, diviértase en hacerme rozar el placer, eliminándolo en el último segundo. El placer es de naturaleza femenina, sólo le pertenece a usted, y esta frustración será signo de su poder. Un esclavo debe sentir ansia: todos los placeres son para el Ama adorada.

»Desde aquel Edén en que pasé dos horas contemplando emocionadísimo su feminidad, he intentado revivir la experiencia. He empezado a coleccionar imágenes de mujeres desnudas, que he pegado en unos cuadernos, y algunas de ellas en mis muslos.

»Tengo tres cuadernos que comienzan por mujeres en bragas. (Me enloquecen las bragas femeninas. Si la reencarnación existe, me gustaría volver en forma de taparrabos viviente, muy sucio. Llevo uno, además, menos por travestismo que por sentirme ridículo y tener la impresión de que mi intimidad está poseída por las mujeres). Las otras están desnudas, disponibles, pero impalpables.

»Me gustan los culos y los sexos de mujer, así como los consoladores de mujer. Y los suyos están grabados en mi memoria. En las películas porno, se ve a hombres violando a mujeres: “¡Chupa, marrana!”. Usted, divina Ama, usted invierte los papeles, con exigencias y sin la menor concesión.

¡Obliga a mi boca a satisfacerle, y, enculado por su consolador, a hablar a sus nalgas como a una persona de altísimo rango!

»Me gustaría que se cortara unos cuantos pelos de su coño y de su culo y me obligara a tragármelos, y que, para engullirlos bien, se meara en mi boca, ordenándome que me lo bebiera todo.

»Sueño que estoy con las manos atadas a la espalda, impotente, y que usted se sienta sobre mi rostro, con las nalgas en mis ojos y mi nariz en su ojete. Mi boca buscará el aire en su mata de pelo y sólo aspirará sus divinos olores, que llenarán mis pulmones y mi cerebro.

»Estoy enamorado de usted. La echo mucho de menos. Deseo soportar lo peor. Verla reír. Perder la dignidad e idolatrarla a usted».

Hefaistos

Uno de mis amigos dominadores se mantenía en contacto, a través del *minitel*, con una joven. Era una sumisa, decía él. El diálogo duraba desde hacía varios meses. Mi amigo, el amo, andaba como un perro detrás de una perra en celo. Le interrogué, para contestar a sus confidencias:

—¿Has hablado con ella por teléfono?

—No, nunca, pero es una mujer, estoy seguro.

Yo tenía dudas. Un día me llamó a la tienda:

—¡Ven enseguida! Estaba con la bella esclava. Buena chica, nos fuimos al gabinete. Se llamaba Florence. Demasiado guapa, la tal Florence, y demasiado obediente para engañarme. Pertenecía a la raza de las masoquistas insatisfechas. En aquel momento yo ignoraba que Florence era también muy inteligente.

Después de un numerito exhibicionista en el que estuvo perfecta, el amo se marchó con su perra atada.

Dos años después, una madrugada, antes de dormirme, conocí, por el 3615 MISSM, a «Hefaistos». Me confesó que era amigo de Florence. Entendí de inmediato que había sido el corresponsal anónimo del amo, y que había vivido una sesión como hembra, en mi gabinete, gracias a la complicidad de Florence. Ella le había contado

su paso por la jaula. Durante dos años, Hefaistos había soñado que el amo y Françoise le habían encerrado allí.

Cuando vino a verme, hizo realidad por fin las escenas que durante dos años había tenido fijas y retenidas en su mente. Gracias a esos años de espera, su relación conmigo se mantuvo en las cimas del orgasmo.

El masoquista siempre aplazará el momento de pasar a la acción. Necesitará escribir, programar e imaginar las escenas que va a vivir.

El masoquista es aquel que vive la espera en estado puro. (...) Las escenas masoquistas necesitan fijarse como esculturas y cuadros, acompañarse ellas mismas de esculturas y de cuadros, desdoblarse en un espejo o un reflejo^[15].

Hefaistos era más masoquista que dominador. Pero alguna vez satisfacía el masoquismo de Florence; para Hefaistos, esa era otra manera de vivir su masoquismo. Ambos se hallaban en perfecta comunión intelectual.

Yo pasé momentos etéreos con él. Era a la vez brillante, sencillo, tierno, conmovedor, y terriblemente perverso. Decía: «El masoquismo es un alimento, algo que se vive con el espíritu y el cuerpo, y en el que lo más importante es sobrevivir».

Estas palabras hallaban eco en mi, pues reflejaban fielmente mi experiencia. Mi hijo había muerto.

Rocky

Una noche de luna roja, MARIANNE conectó con el 3615 MISSM.

Cuenta MARIANNE:

«Tenía un aire auténtico y natural, un acento barriobajero. La situación me satisfacía de antemano. Vivía en un suburbio, en Gentilly. Allí me dirigí en busca de la dulce mezcla del riesgo, del placer en el dolor, del sexo y de la ternura.

»“Rocky”, desecho viril, me deseaba. Su calma me impresionaba. Era de los nuestros. Mostraba su pasión abiertamente. Se comportó con una prudencia casi molesta. No me sentí ni muy excitada ni hastiada por aquella sesión tibia. Pero sí sexualmente realizada.

»Rocky me escribió en varias ocasiones. Yo no tenía grandes dudas en aceptar un nuevo encuentro, pero las turbulencias de mi vida me obligaron a aplazarlo varias veces. Sus mensajes parecían traslucir mucha voluptuosidad y sinceridad. Este tipo, de treinta y dos años parecía cambiar constantemente de domicilio.

»Lo vi una noche, y después otra. Descubrí a Rocky. ¡Conmovedor Rocky!, Rocky, que había tirado por la borda diez años de trabajo por orgullo; Rocky, traicionado por la mujer que amaba. Estaba hecho papilla. Ocultaba, tras su

acento vulgar, un alma tan frágil... ¿Cómo no desear a Rocky apasionadamente?

»Lo he guardado en el almacén de la noche de mis recuerdos, y regresará, junto con mis compañeros de sueños, cuando yo envejezca. El verdugo de la Place de Grève tendrá un rostro: el de Rocky. Será mi pirata preferido, me violará y fustigaré antes de amarme. Aprender la sabiduría de lo efímero. Saber trampear la felicidad.

»Una noche, llegó Rocky. Me desnudó con una violencia poco común, me puso de rodillas, el pecho contra la cama. Armado con un látigo, me acarició lentamente la espalda, buscando en mi cuerpo la piel febril, la piel helada, descubriendo así la carne que espera, la carne que se niega. Ahora ya sabe detener el tiempo. Sabe colocarme en el filo de la navaja, ese frágil equilibrio entre el paroxismo del placer y el orgasmo. Allí donde el dolor se convierte en una voluptuosidad misteriosa a la mirada de los demás.

»Enjaezada, le seguí por la noche parisiense. Él había cogido el látigo, y lo llevaba en el coche. ¡Yo imaginaba que en cualquier momento podía detener el coche y flagelarme en plena calle, con el riesgo que eso suponía! Llegamos cerca de su lugar de trabajo. Nos metimos en un bar muy cutre, en la Rue de la Gaîté. Estaba lleno de Rockys que bebían y jugaban al póquer. El resto de la velada ha quedado grabado para siempre en mi memoria.

»Decidí ofrecérselo a FRANÇOISE. Françoise irá a la ciudad vestida con su más bello atuendo de dominadora. Con sus cuerdas, obligará a Rocky a ponerse de rodillas, vestido con medias y ligero. Él la llamará Ama y le besaré los pies. Ella le atará sabiamente con el fuerte *bondage* que sabe hacer. Él estará desnudo, abierto a todo. Ella se

aprovechará de su sexo, sin dejarle la más mínima esperanza de llegar al orgasmo. Él estará enjaezado, ella le meterá el consolador. A su vez, él será perra. Llevará hasta el día siguiente, avanzada la noche, un cinturón de castidad. Se verá constreñido y obligado a obedecer, sometido a su voluntad, a merced de la dominadora.

»FRANÇOISE le habrá dejado pinzas en los senos, para que regrese a mí retorciéndose de dolor. Entraré en la estancia, deslizándome suavemente, y le quitaré los instrumentos de su suplicio, de su ofrenda. Le acariciaré, le ofreceré ternura y gratitud. Después le liberaré del cinturón opresor. Sin duda nos quitaremos las máscaras. Haremos el amor con una intensidad inolvidable».

Testa Rossa

Tenía veintisiete años. Pertenecía a una familia muy adinerada, apenas trabajaba y a veces venía a buscarme a la tienda. Esto último siempre me asombraba. Era muy apuesto. Apasionado por los automóviles, poseía varios coches de lujo, entre ellos un Ferrari. «Ella» lo había apodado «Caja de Herramientas».

Llegó con una botella de Cristal Roederer y un ramo de flores en la mano. Lo desnudé. Me gusta convertir a un hombre guapo en una puta gorda o en una criadita descarada. ¿Por qué voy a negarme ese placer cuando las aceras están llenas de candidatos al cambio de sexo que sólo piensan en hacer la calle? Quien no haya aprisionado nunca la polla, sea o no agresiva, de un hombre viril en unas bragas de seda no puede entenderlo. Quien no haya embutido nunca, hasta la tortura, un busto de hombre en un corsé victoriano no puede imaginar semejante deseo. Todo eso para mayor dicha de «Testa Rossa», de porte orgulloso y verga altiva. Y, creedme, ver a ese pedazo de hombre de metro ochenta y cinco estremecerse desnudo ante el atavío que le estaba destinado sigue excitándome aún ahora.

Bastó con que le rozara el trasero para que se convirtiera en la cochina puta que íntimamente

deseaba ser. Obligarle a ponerse un cinturón de castidad fue un juego. Tuvo que separarse las nalgas para que yo le introdujera el grueso consolador. No quedaba sino cerrar el cinturón, sin olvidar meterle la polla entre los anillos destinados a impedirle que se empalmara. Después vino el corsé, ceñido como es debido. Las medias completaron la panoplia. Una hembra. Ya no era un hombre, sino una mujer, abierta a todo, con el culo en venta. Sólo faltaba azotarla y someterla. Le hice ponerse encima su atuendo de hombre para salir a cenar. Esa basura ni siquiera podía correr en libertad: una correa atada a los cojones salía de su bragueta abierta.

Era dulce y tierno. Y, en un abrir y cerrar de ojos, supe lo que él había venido a experimentar. Yo, por mi parte, quería que fuera mi carraca por una noche. No le gustaba la violencia, sino cierta forma de sexualidad. Hacer de puta, llevar ligüero y ponerse medias le ponía cachondo. Le gustaba verse el sexo veteado de cuero, que le ataran, que su ama le utilizara como cebo sexual. Era mi meadero de ternura, mi pizca de sol. Le quería, hablábamos de coches y de pistones. Yo quería hacerlo mío, apoderarme de su frescura, tomar y dar, gozar apasionadamente.

«Quiero casarme, tener hijos. Debo decidirme ya. ¡Dentro de poco será demasiado tarde! Pero contigo estoy bien. Aunque llegará un día en que tú te sentirás desdichada. Y esta sexualidad me gusta, la echaré de menos... Soy un hombre, no un marica...».

Sus lamentos agotaban mi paciencia y empañaban la alegría de verle. Estaba a punto de dar por terminada mi relación con él cuando se me

ocurrió crear el personaje que solucionaría nuestros problemas. Agarré el *minitel* y le pedí que leyera un anuncio que yo había preparado sin que él lo supiera: «Lise, veintiséis años, bonita, buen cuerpo, de buena familia, le gustan los amores insólitos y busca joven entre veintiocho y treinta y cinco años para futuro serio».

Testa Rossa, «Lise» y yo vivimos un año de pasión. El nunca entendió lo de Lise. Jamás me lo ha perdonado.

La tarjeta de visita estaba hecha a la medida de sus sueños. Lise tenía el cabello castaño oscuro y los ojos azules. Ya no me acuerdo muy bien en qué trabajaba, pero era muy responsable. Tenía dos hermanos y su madre era estadounidense. Viajaba mucho, vivía en la Rue du Ranelagh. Un día en que me fue imposible escribir en el *minitel*, «eliminé» a un pariente de Lise así que disfruté de una tregua de quince días ya que, evidentemente, el entierro había tenido lugar en Estados Unidos.

Lise no quería conocerle de inmediato. Acababa de abandonar a un amigo muy celoso, con tendencias suicidas, y deseaba olvidar. Así pues, en la espera, con el suspense más completo, había que conversar, conocerse a fondo, estudiar las afinidades mutuas, estar seguros de que lograrían un amor ideal. Lise era perversa, quería confesar todos sus secretos y pronunciar las palabras que cortaban el aliento de Testa Rossa. Estaba allí, escribía... Si, Lise existía. Y Testa Rossa andaba desquiciado.

«Si, lo comprendo, amor mío, iremos juntos a visitar a las dominadoras. Viviremos un idilio los tres: Françoise, tú y yo. Entiendo tu modo de alcanzar el placer, y me gusta. Nos casaremos, y formaremos una pareja sumisa, y tendremos hijos».

Testa Rossa había dejado de sentirse culpable, pues podía casarse y tener hijos con una mujer que comprendía su extraña sexualidad. Lise tenía una buena opinión de las relaciones sadomasoquistas y, lo que era más importante, las consideraba normales.

Cuando íbamos al restaurante, yo pedía a mi cómplice de *minitel*, Katherine, que le enviara una nota a su buzón telemático: «Mi amor, ¿dónde estás? Hoy no me has escrito».

«Perdóname, querida, estaba en el restaurante con François».

«¡Ah! ¡Qué contenta y aliviada me siento!».

Cuando la situación me agobiaba, Lise se iba a casa de sus abuelos, y a Testa Rossa le hacía prometer que durante su ausencia no habría otra mujer que François. El cielo era azul, el mar tranquilo.

Un día, sin embargo, después de seis meses de suspense y de oscuridad, no hubo más remedio que organizar un encuentro. Busqué entre mis relaciones a alguien que pudiera interpretar el papel de Lise.

Tiempo atrás me había hecho amiga de una chica espléndida que, aunque tenía unos treinta y cinco años, podía aparentar veintiséis sin el menor problema. Desgraciadamente, esta divina beldad era rubia, mientras que Lise tenía el cabello castaño oscuro. Así que Lise tuvo que confesar que había mentido, lo que provocó un auténtico drama. Al fin conseguí reconciliar a Testa Rossa con Lise, y el encuentro tuvo lugar en un café.

Luego cometí el error irreparable de organizar, para complacer a Testa Rossa, una velada con «el Claveteado» y su mujer. Aquella noche firmé la sentencia de muerte de mis amoríos y mis juegos perversos con Testa Rossa.

El Claveteado se empeñó, con intenciones diversas, en destruirlo todo. Eso, no obstante, no me perturbó. Sus maquiavélicos esfuerzos por «sadizarme» fueron inútiles. Yo había decidido vivir sólo en la ilusión.

El Claveteado es también un personaje de «transferencia»: imagina y vive su feminidad pseudomasoquista en el *minitel*. Al igual que el Divino Marqués, que se identifica con Justine y con Juliette, él se identifica con las perversiones de las criaturas a las que da vida. Posee, por tanto, los defectos de algunas mujeres celosas, y lucha por el poder igual que una mujer. Teclea en el *minitel* y manda a su mujer en su lugar, y a través de ella se presenta como una puta masoquista, la mejor pagada de Francia. El Claveteado es una mujer ambivalente, envidiosa y manipuladora. Comenzaba a ver en mí a la dominadora, que hacía sombra a su imaginario femenino.

Pese a sus intrigas, no cedí.

Testa Rossa era guapo como el sol, dulce como la miel, rico como Crespo. El Claveteado, borracho de celos, le llamó por teléfono:

—¡Serás gilipollas! ¿No te has dado cuenta de que Lise era una marioneta movida por tu querida Françoise?

Ante esta evidencia, e incapaz de replicar a Testa Rossa, opté por desaparecer.

Magnum, el perro

«Pierrot» se entenece, en la Sociedad Protectora de Animales, al ver un chucho muy grande. Pierrot es un padre fiel. Pierrot se pasea por los bares del barrio con su perro y sus colegas.

—¡Vaya herencia te ha caído, Pierrot!

—¡Sí! Es mi compañero de juerga. Le quiero y quiere a mis nenas.

Una pareja lasciva que frecuenta el bar le comenta:

—Monsieur Pierrot, tiene usted un perro muy interesante.

—Interesante, ¿por qué?

—Sí, muy interesante. ¡Créanos, joder! Somos entendidos en la materia. Nos gustaría que nos lo prestara. Venga con nosotros. Vamos, vivimos aquí al lado.

La mujer excita a Pierrot. Abre y cierra sin cesar sus piernas ataviadas con ligueros.

La minifalda sube lentamente, y Pierrot, que no pierde detalle, se enardece. La mujer acaricia el perro, el vientre del perro, los pelos del perro, la cola del perro.

—¡Chupa! —ordena el amo en un tono seco.

La mujer abre la boca. Engulle la enorme verga. Lame el glande, pues el pene es demasiado grande para su paladar. Lo acaricia con los labios,

lo ensaliva con la lengua.

Pierrot se ruboriza.

—¡A cuatro patas! ¡El pecho sobre el puf! ¡Saca el culo, perra de mierda!

La mujer se prepara para el mastín. El amo coge entonces la enorme polla y la dirige hacia las nalgas de la mujer en celo. Las patas del perro abrazan el cuello de la mujer. ¡Obsceno! El amo abre a su perra y acerca la polla, que la desgarrar. La mujer grita. Un metisaca rezumante de semen caliente (treinta y ocho grados). Las entrañas están empapadas, el placer se intensifica. La verga del perro tiene el tamaño de la de un asno.

Pierrot se enjuga el sudor de la frente.

La pareja nunca regresó. Pierrot ya no puede dormir. Pierrot está hecho polvo.

—¡Acude al *minitel*, Pierrot!

3615 MISSM Sado... Alias: «Dueño Zoo». Pero la censura de France Télécom tacha el alias.

—Basta con que pongas «Pierrot y su perro», todo el mundo lo entenderá.

Hoy, el perro y Pierrot se han convertido en estrellas. Pierrot lleva aproximadamente tres años recibiendo a parejas de toda Europa.

—Pierrot, los hombres masoquistas son muy viciosos. Y sueñan con el día en que tu animal les dé por el culo.

Sin embargo, Pierrot niega la homosexualidad de *Magnum*, su perro. Pierrot rechaza a los mirones.

En compañía de unos cuantos privilegiados asisto a una orgía zoofílica. La mujer tiene un cuerpo espléndido. Y *Magnum* la conoce..., la reconoce. En cuanto la ve, la lame de una manera turbadora. Existe una extraña complicidad entre la

bella y la bestia. La mujer desliza su cara bajo el flanco del animal. Lame largo rato la verga del monstruo, que jadea... Ella abre sus muslos. Se funde con el animal.

Pierrot manipula ahora a *Magnum* con la destreza de un domador. La mujer se agacha, se encorva, se coloca en posición fetal. El amo pasa las manos debajo del perro. El amo abre el sexo de la mujer. La enorme verga se hunde en él. La mujer, empalada por el perro, mueve las caderas y desparrama su cabellera color platino. Jadea de placer. Hinchaba el culo para ofrecérselo al perro. *Magnum* le lame largo rato el cuello, se le ve tranquilo. Silencio. Nadie permanece insensible. La mujer grita y suplica... ¡Demasiado tarde! Pierrot, atento a la salud de su perro, decide frenarlo para evitar que el chucho sufra un ataque cardíaco.

A la mujer bestializada le cuesta recobrar el aliento. Se vuelve hacia mí:

—¡Françoise, Françoise! ¿Lo ha probado? Si un día le apetece, Françoise, ¡no hay otro como *Magnum*, es único!

Culito Dilatado

Ellas se van de vacaciones en julio. Durante esos meses, sus tiernos esposos trabajan duramente. Los pobres diablos, en sus ensoñaciones diurnas, tratan de buscar distracción. «Culito Dilatado» —así decidí llamarle— es uno de esos tipos.

Cuando le conocí, tardé muy poco en entender que deseaba ser mío por vía anal. Sentía igualmente una gran inclinación por el travestismo burlesco y el exhibicionismo. Culito Dilatado encajaba por completo en mi universo.

Nuestra primera experiencia no se vio coronada por el éxito. Culito era una maricon virgen. Detesto las vírgenes.

Le ordené, al despedirme de él, que se comprara varios anos *picket* (consoladores anales) de distintos tamaños, se los cambiara con regularidad, poniéndose cada vez uno mayor, durmiera todas las noches enculada, y regresara cuando el «tratamiento» hubiera dado sus frutos. Entonces estaba lejos de imaginar que se tomaría en serio mis caprichos.

Un año después, en el mes de julio, Culito Dilatado me telefoneó:

—¡Ama! —exclamó—, ¡ya está! ¡Ya no soy virgen! ¡La he obedecido, Ama! Día tras día, me he trabajado el ano como una perra para gustarle,

con unos consoladores cada vez mayores. Me enculaba como una mala cosa. Me he ensanchado el ojete, Ama, su gorda polla entrará sin que usted tenga que impacientarse. Podrá explotarme, Ama, convertirme en una puta competente.

Cuando le pregunté si estaba solo en París, la respuesta fue afirmativa. Así que le pedí que se ensartara el mayor de los anos *picket* y no se lo quitara hasta su visita, fijada para la siguiente quincena.

Me encantó recuperar a Culito. Culito Dilatado sólo vivía para este encuentro; estaba histérico. Como habíamos acordado que sería mi prisionero durante veinticuatro horas, lo aproveché para llamar al «Lacayo» y a «Conchita».

La reunión me complació, pues los tres congeniaron de inmediato. Mientras Conchita y el Lacayo se dedicaban a lo suyo, Culito estaba empalado en un asiento. Siguiendo mis órdenes, movía sus nalgas de putón verbenero y repetía, incansable: «Soy la puta del ama Françoise, una auténtica cerda, una perra lúbrica, no valgo una mierda, soy una pobre criatura..., una pobre criatura». Cuando anocheció, salimos a exhibir a Culito Dilatado entre la multitud parisiense. Yo llevaba un traje chaqueta muy sobrio y medias negras. Calzada con zapatos de tacón muy altos, vestía también un body de látex, una chaqueta bastante escotada e iba muy maquillada.

Le había pedido a Culito que trajera una gabardina. Le vestimos de mujer, y sobre su atuendo femenino se puso unos tejanos y una gabardina. Iba enjaezado y penetrado por un enorme consolador. Le había hecho calzarse unos botines con cadenas cuyos tacones medían dieciocho centímetros.

De este modo nos dirigimos a hacer algunas

compras en un

sex-shop

parisiense de la Rue Saint-Denis. En la tienda, Culito se convirtió en una mujer maquillada, un payaso obsceno. Mientras el dependiente le miraba con ojo atento y profesional, el nerviosismo de Culito iba en aumento. Ansiaba ese momento de ebriedad en que, liberado de las barreras de lo cotidiano, se precipitaría, con mi complicidad, a un espacio abismal. Se contemplaba en el espejo, espionando la reacción de los demás.

Ya en el exterior, la multitud iba y venía. Nadie se fijaba en Culito. De repente, una prostituta gritó groseramente: «¡Mirad! ¡Eh, mirad!», apuntando con el dedo a los botines de Culito. «¡Mirad, mirad! ¡Un masoca!». Culito se puso como la grana y se volvió hacia mí, abochornado a la par que encantado. Sus ojos me interrogaron. Le ordené que se explicara ante esa dama con el mismo respeto que guardaba hacia mí. Se dirigió a ella y repitió, siguiendo mis indicaciones:

—Señora, no sólo soy un masoquista, sino una perra masoquista y obediente. Si mi Ama me entrega a usted, seré suya. Si su risa complace a mi Ama, riase, señora, ¡por favor! ¡Mófese de mí! Sus deseos son órdenes para mí.

Este juego sorprendió a nuestra simpática ramera.

Culito Dilatado durmió en la jaula. Por todo alimento, tuvo derecho a unos huesos de pollo, agua y un poco de pan.

A la mañana siguiente, aunque debía seguir así hasta las cuatro de la tarde, estaba ya tembloroso. Le propuse que lo dejáramos; la fatiga le inyectaba los ojos en sangre. Estaba ebrio, agotado. Remataba así un año de espera. Empalado por mi ardiente consolador, se masturbó con frenesí.

Eyaculó.

Altivo y orgulloso, Culito recuperó su aspecto de tecnócrata. Se despidió cortésmente y salió zumbando.

Nalgas Coloradas

«Nalgas Coloradas» quería revivir los castigos que le habían impuesto en su infancia. Yo transformé el gabinete en un internado masculino dirigido por mujeres había dejado la puerta entornada.

Nalgas Coloradas llegó con una maletita en la mano, igual que un interno tradicional. Yo le aguardaba sentada en mi sillón, y al verle me bajé las gafas; llevaba un traje sastre de franela inglesa muy severo. Nalgas Coloradas se acercó.

—Bien, hijo mío, tu indisciplina te ha valido el ingreso en nuestra institución. Estás en un correccional especializado en la educación de muchachos desobedientes. Aquí las mujeres mandan, y lo hacen con el látigo.

»Imponemos una disciplina férrea. Hay que aprender a obedecer a las amas, so pena de castigos corporales. Los hay tan testarudos que se resisten a que unas mujeres les ordenen, riñan y castiguen. Y los hay que cometen graves faltas de disciplina y, pese a la prohibición, molestan a los alumnos del colegio más cercano».

Yo no le quitaba los ojos de encima, respetando escrupulosamente los tiempos de espera, los tiempos de silencio y el momento en que todo se precipita. Después me lancé a la palestra.

—Bájate el pantalón y ordena tus cosas.

Nalgas Coloradas pasó a la primera habitación y ordenó sus cosas.

—¿Te llaman también «el Arte del Azote^[16]»?

—No, Ama, ya conoce mi pseudónimo.

—Da igual, el Arte del Azote ha intentado desafiar al ama Katherine en el curso de una discusión. Me han contado el incidente. Tu serás castigado en su lugar. Aquí nada nos obliga a ser justos. Además, Katherine está a punto de llegar. Y te impondremos un castigo muy severo: los azotes sobre las nalgas desnudas. Ama Gigi y ama Electra desempeñarán el papel de temibles amas de la disciplina. Ellas te adiestrarán con mi ayuda. Son belgas. Evidentemente, la famosísima ama Amazonia no cederá ni un ápice.

Silencio. Miré fijamente a Nalgas Coloradas. Imaginé, excitada, las perturbaciones que debía de acusar su calzoncillo.

—Ya verás, mocosito, acabas de llegar y ya estás física y moralmente dominado. Pagarás caro el haber desobedecido a las amas. Gigi y Electra practican la disciplina inglesa. Son frías, crueles, despiadadas. Ama Soraya, un auténtico vampiro, aplica con voluptuosidad el castigo psicológico. Tina Domina, la enfermera de guardia, es una implacable mamona. Bien, ya las conoces a todas. Ven aquí, voy a retorcerte las orejas para que te arrodilles. Las manos a la espalda, y ofrece las mejillas. Comenzarás por recibir un par de bofetadas para que aprendas quién manda aquí y a quién debes obedecer. —Le agarré de la oreja, retorciéndosela con todas mis fuerzas—. ¡De cara a la pared, y de rodillas, con las manos detrás de la cabeza! Así, quietecito, esperarás a los dos primeros castigos por haberles tocado el trasero a las chicas. ¡Extiende las manos!

Acababa de llegar Katherine.

—Katherine, le administrarás veinte varazos en la palma de cada mano... Ahora bájate el pantalón, pero no te lo quites. Bájate los calzoncillos, sin quitártelos^[17]. Gigi, prepárate con la vara.

—¿Cuántos golpes debo asestarle, Françoise?

—Cinco, bien vibrantes, en plenas nalgas. Apoyará el pecho en la mesa; ha de estar con el pantalón bajado, las piernas bien rectas y ligeramente abiertas. No, no, no le quites el pantalón, quiero que se sienta muy humillado; el pantalón por encima de los tobillos. Ve a buscar a una chica del colegio vecino para que vea cómo tratamos a los chicos desobedientes. ¡Tú, Electra, te encargarás de la humillación! Yo me ocuparé de la azotaina y concluiré el castigo. ¡Te avergonzarás, jovencito! Tina, corre al colegio de al lado a buscar a unas chicas. ¡Quiero ver cómo se ríen de él!

—¿Has visto lo ridículo que está con el trasero al aire? —comentó Electra dirigiéndose a Gigi.

—¡Vamos, señoras! ¡Bajémosle los calzoncillos hasta la mitad de los muslos! Luego te inmovilizaré rodeándote la cintura con el brazo, así te tocaré el vientre y el sexo. Y después recibirás una merecida azotaina. Cachetes lentos y escocedores en plena nalga. ¿Qué os parece, amas?

—¡Propongo que alternemos las sesiones de azotainas, correcciones y penitencias con la espera angustiosa del castigo siguiente! —exclamó Katherine.

—Nuestro internado debe ser un modelo en su género. Los golpes deben asestarse con lentitud, al estilo inglés, para permitir que mientras tanto los amenacemos y los riñamos. ¿Y por qué no pedir el refuerzo de Mistress Mir, de Nueva York, la más

exigente, la más terrible y la más célebre de las dominadoras negras norteamericanas?

Nalgas Coloradas no perdía ripio; el ceremonial llevaba progresivamente su placer al paroxismo. Comencé a aplicar el castigo prometido. Lo agarré, le bajé los calzoncillos sin miramientos y dije:

—¡Vamos! Estricta observancia de la postura: tu trasero tiene que estar levantado y ofrecido a tu ama. Abre los muslos, sí, así, todo lo que puedas. No te muevas, gilipollas, las manos sobre la cabeza, en espera del castigo impuesto. Levántate y échate sobre el taburete o sobre el respaldo de la silla, con los muslos bien abiertos. Ahora apoya el pecho en la mesa. ¡El pantalón a la altura de los calcetines! ¡Los calzoncillos en las rodillas! ¡Mira las disciplinas y la vara de bambú! Voy a meterte un consolador en el culo y a traer a las chicas del internado vecino. ¡Les has tocado el trasero! Se reirán de ti, y tú te avergonzarás...

Un día decidí hacer diabluras. Había notado que Nalgas Coloradas estaba dispuesto a más.

Vestida de cuero, altiva y distante, le ordené:

—Por favor, déme, con el debido respeto, su libreta de notas: quiero ver qué opina de usted la directora del colegio al que le envié con mis recomendaciones... —Cuando alcé la cabeza, mis ojos echaban chispas—. Señor, su comportamiento de joven estúpido merece cien golpes de vara. ¡Le mando a una institución elegante, la directora es una mujer magnífica, y ella le expulsa por indisciplinado! ¡Ha molestado a los restantes alumnos! Le dejo reflexionar sobre el castigo, que no perdonaré bajo ningún concepto. Pero le advierto que esta vez será azotado hasta que sangre. Le doy, sin embargo, la libertad de escribir

a sus padres y rechazar el castigo.

—Señora, acepto su sentencia.

—Tienes que saber que los golpes lloverán sobre tu culo y que no sentiré la menor piedad. Repite que te das por enterado y que lo aceptas. Repite conmigo: «Tendré el culo bañado en sangre, recibiré cien golpes de vara de bambú».

—Tendré el culo bañado en sangre, de acuerdo, Ama.

—Te pondré en un potro, fuertemente atado. Una vez sujeto, ya no podrás echarte atrás. Firma, al pie de esta hoja, que aceptas este castigo, que sabes que tu culo ensangrentado será expuesto a las miradas de las chicas del colegio vecino, que se burlarán y se reirán de ti. Te verás humillado.

—Lo acepto.

—Bien. Colócate en el potro. Katherine, amordázale, no quiero oír ningún grito. Este castigo especialmente duro requiere ataduras muy fuertes; debe quedarse totalmente inmovilizado.

—Tengo miedo, Ama.

—¡No te faltan motivos! Katherine, toma la vara. Comienza con fuerza, pero espacia los golpes para que el dolor vaya remitiendo. No me gustaría que perdiera el conocimiento.

—¡Françoise! Se le ve crispado y asustado.

—¡No te compadezcas de este gilipollas!

Comenzaban a aparecerle marcas coloradas en la piel del culo. Y después unas hinchazones azules en las nalgas. Se ahogaba.

—¡Bien! Descansaremos cinco minutos. ¿Cuántos varazos has recibido?

—¡Veinte, Ama!

—¡Menudo inútil, no sabes ni contar! ¡Has recibido veintidós! Como castigo, volveremos a empezar de cero.

—¡Pero, Ama...!

—¡Cállate, imbécil! —La injusticia que acababa de cometer me ponía a cien—. El castigo corporal será aplicado en su totalidad. Y a cada falta que cometes, si te mueves demasiado, si oigo una sola queja, empezaré de cero. Los únicos ruidos que permitiré, porque me parecen indispensables, son los del silbido y el estallido de la vara. Por última vez, ¿quieres volver a casa de tus padres?

—¡No, Ama!

Cuando Nalgas Coloradas abandonó el lugar, tenía el culo estriado y cubierto de sangre.

Elodie

Hombre en la vida, mujer en París, «Elodie» es un constructor que dirige una gran empresa.

—Si tus obreros te vieran, querida...

Cuando ha terminado con sus ocupaciones profesionales, cambia de hotel, se instala en Pigalle y pasa la tarde en el gabinete de una esteticista, quien le maquilla y le depila las piernas, la polla y el culo. Se convierte en la bella Elodie. Y acude al gabinete de su ama.

Lleva las piernas enfundadas en medias negras de la marca Chantal Thomass. Va siempre perfectamente conjuntado: accesorios, zapatos, bolsos, sombrero. De rojo de la cabeza a los pies, de rosa o verde almendra, a la americana como Joan Collins...

En su condición de mujer, Elodie sueña con vivir aquella fantasía maravillosamente descrita por Buñuel: convertirse en un objeto de sumisión, de obediencia y de vergüenza, ser una puta macho por una noche.

Me decidí a que Elodie hiciera la calle. Dirección: el Bois. Nos detuvimos junto a tres travestis. Les di unos cuantos billetes para animarles.

—¿Podrías encargarnos un rato de esta puta?
¡No tiene ni idea y me gustaría que le enseñarais

el oficio! ¡Es una inútil, no me trae ni un céntimo! Quedaos vosotras las ganancias, sólo es una aprendiz, y a una aprendiz no se le paga. ¡Os la confío!

La acogida fue frenética. Los clientes subían al coche; Elodie no paraba de chupar pollas enfundadas. El repertorio de los travestis era del más alto nivel e impresionaba a Elodie. Todo el mundo, hasta los clientes, se divertía iniciándola en el arte de las putas.

Aprovechando ese estado de sobreexcitación, llamé a Elodie:

—¡Sal del coche! ¡De rodillas! ¡Piernas abiertas! ¡El pecho en el suelo! Señoras, por favor, enseñadle bien el oficio del fulaneo. —Apoyé mi brillante zapato en su nuca. ¡Súbete la falda de putilla!

Elodie obedeció. Le vimos el culo y su orificio rebelde. La razón seguía obturando el ojete. Atenazando con ambas manos las nalgas, vencí su resistencia. Elodie no es más que un culo abierto. Un culo que ya no le pertenece.

Bajo mi mirada imperiosa, bajo la presión de mi tacón, ella se arquea y hunde los riñones.

Es la viva imagen de la vergüenza.

Las nalgas se separan.

El culo se abre.

El ojete está abierto.

Silencio.

Ahí está ella, al rojo vivo.

Las monedas repiquetea en los bolsos de nuestras educadoras. Resuenan en la mente de Elodie.

¡Qué comience la fiesta!

De madrugada, vi regresar a Elodie a su hotel de Pigalle. Caminaba dando tumbos, con las piernas arqueadas, borracha del placer que había

acumulado y que guardaría consigo, para soñar,
entre una obra y otra, al volante de su Peugeot
Diesel.

Human Bomb

Se presentó una noche en el *minitel*, cuando yo buscaba una mujer de la limpieza para mi gabinete. Vino a buscarme en un Fiat Uno de segunda mano. Su pseudónimo era «Human Bomb» y en su tarjeta de visita se describía a sí mismo como un hombre guapo, inteligente, culto y burgués. Decía ser profesor de filosofía. Comprendí que era un fracasado y, naturalmente, detestaba al mundo entero. Citaba sin parar a Nietzsche y a Spinoza.

—Ama, debajo de mi ropa masculina voy vestido de mujer. Llevo en el bolso una peluca. Sueño con ser la Bella Italiana. He conocido a Elodie en el *minitel*. Me ha contado su aventura en el Bois. ¡Se lo suplico, Ama venerada, ayúdeme, permítame llegar a ser una buena lamepollas, quiero pertenecerle en cuerpo y alma y mantenerla con mis polvos! ¡Míreme! —Sin que yo se lo ordenara, se arrodilló; sujetaba tres billetes de Monopoly en los dientes, ya que todavía no había ganado la cantidad que deseaba ofrecermela. Nervioso, repetía—: Me prostituiré por mil quinientos francos..., todo por usted, Ama.

Su letanía llegaba a ser obsesiva. Tras esas experiencias con hombres masoquistas, comenzaba a preguntarme si las perras macho no soñaban

todas en llegar a ser una gran furcia.

Empezó a desnudarse. Llevaba un ligero asqueroso y medias, una de ellas con carreras, como una guarra. De un cinturón había colgado unas cadenas que, a su vez, le mantenían enculada. Me sentí fascinada por esta parafernalia lúbrica; mi estupor alcanzó el paroxismo cuando comprobé que lo que llevaba metido en el culo era un consolador deforme de siete centímetros de diámetro.

—¡Me he dilatado para usted, Ama! —dijo, lleno de hipocresía.

—¡Qué locura! ¿Y por qué ese tamaño tan grande? ¡No tendrás el menor éxito!

¿Cómo pretendes trabajar de puta con una vagina tan ancha? Los travestis tienen éxito precisamente por su sexo estrecho. Voy a quitarte este consolador, y luego tú tomarás baños de agua helada para intentar encogerte el oje.

Lo senté en el *sling* y le extraje con brusquedad el consolador. Human Bomb, volcánico, tuvo un orgasmo. Con un poco de asco, le di unos kleenex y me volví de espaldas. Me pidió que no me marchara. Realmente, el tipo no me inspiraba nada. Se justificaba y se preguntaba por qué se había corrido. No cesaba de repetir que no había sentido nada y que se había dilatado el ano justo antes de nuestro encuentro.

Cierta noche llegó nerviosísimo.

—¡Ama, Ama! ¡Por favor, conviértame en una auténtica ramera! Lo deseo tanto que ya no duermo por las noches.

—¿Quieres pertenecerme y anularte para siempre? Si es así, ponte el viejo abrigo negro de pieles de conejo y salgamos a la calle.

Vestí a Gina con los accesorios necesarios para su metamorfosis: corsé, vestido de látex, grandes

pechos de gomaespuma, tacones de aguja, medias con costura. Exageré el maquillaje y añadí a todo ese aparato un pequeño micrófono inalámbrico.

Poco después, desde mi coche, escuché a través del receptor cómo la furcia se vendía. La vi afanarse en la acera de enfrente, como un grueso ídolo trágico y degenerado. Soñaba con ser una fulana seductora, pero sólo era un adefesio engreído. Lo que yo no había previsto era la perversidad y la crueldad con la que la tratarían los muchos burgueses que se acercaban. Gina recibió insultos horribles y despectivos.

—¿Te has mirado, basura? ¡Vieja escoria, eres más fea que un pecado! ¡Fijaos en esa birria! ¡Está loca, mil quinientos francos! ¿Y por qué no cinco mil? ¡Lárgate, morcillona! Foca embutida en látex...

Se me acercó trastabillando. Lloraba. Se le corría el maquillaje.

—¡Ama, volvamos a casa, jamás lo conseguiré, no sirvo para nada, castígueme! —gemía, inconsolable—. ¡Han destrozado para siempre mis ilusiones de convertirme en cortesana, Ama!

Sus quejas me hartaban. Sin embargo, había que rendirse a la evidencia: Gína no poseía el encanto y la elegancia de Elodie.

Exhíbete para Françoise

«Exhíbete para Françoise» alcanza el placer con la vergüenza que siente cuando se exhibe. Espía los ojos de la Mujer que tiene delante, para leerle el pensamiento.

Exhíbete para Françoise posee una preciosa polla. Me lo llevo a cenar a casa de mis amigos y lo instalo desnudo encima de la mesa, con los pantalones caídos hasta los tobillos para humillarlo aún más, las manos a la espalda y los faldones de la camisa subidos. Exhíbete para Françoise permanecería en erección una noche entera con tal de que una mujer no deje de contemplarle:

—¡Qué tío tan estúpido! ¿Y no le da vergüenza mostrarse en pelotas de ese modo? ¡No está mal la polla, pero por nada del mundo follaría con ese loco!

Cuando alguna se masturba delante de él, dejándole adivinar que piensa: «¡Mira, desgraciado, prefiero mis dedos a tu polla!», su placer alcanza el paroxismo.

La exhibición debe ser de buen gusto, como cuando con el Abogado abandonábamos el gabinete y salíamos a la calle. No se trata de

organizar un escándalo, sino de provocar una discreta turbación. Es preciso que cada cual encuentre su placer respetando al otro. Asombrar es sutil, pero grosero y vulgar desagradar.

Otro exhibicionista, por ejemplo, hablaba con toda naturalidad con el dependiente de unos grandes almacenes y le pedía consejo: le explicaba que quería construir una jaula para que su ama le encerrara dentro. Los dependientes de la sección de bricolaje están más que acostumbrados a estas peticiones; de todos modos, las risas y sarcasmos humillan lo suficiente al exhibicionista para que se quede satisfecho.

Está también mi criatura virgen de veintiocho años, profesor de música en las provincias, que sale conmigo a la calle y se ruboriza cuando los hombres le miran el escote. «Ama», me dice, «tengo la impresión de que tiran de mí con una correa invisible».

Y aquel otro que disfruta de la vergüenza que siente cuando, apestando a pis, lo llevo al metro a las seis de la tarde. Quiere asegurarse de que los viajeros sienten asco. Y yo se lo confirmo con una mirada elocuente: «Claro que se han dado cuenta. ¡Todos se apartan de ti! ¡Realmente apesta, deberías avergonzarte!». Y me apeo a toda prisa del metro.

El Chófer

Cuando tenía mi tienda de ropa *prêt-à-porter*, llamada Sentier, el trabajo, un infierno para algunos, no era tal para mí: yo tenía un chófer. Nada hay de excepcional en eso: todas las dominadoras tienen chófer. Yo poseía una bonita tienda, pero lo que ganaba no me alcanzaba para permitirme pagar a un chófer. Sin embargo, mi chófer era un chófer de postín. Y más que sus servicios, me fascinaba sentir la mirada de los demás.

Cuando venía conmigo, «el Chófer» llevaba gorra y guantes blancos. Recogía los paquetes ante los ojos estupefactos de los mayoristas, y eran esos ojos deslumbrados lo que me enardecía. No comprendían que yo pudiera tener un chófer tan señorial, y con razón: ignoraban mis demonios. El Chófer me hablaba en tercera persona.

Cuando habíamos terminado las compras, nos dirigíamos a un

sex-shop

de la Rue Saint-Denis. Era un

sex-shop

muy caro en el que vendían artículos pasados de moda, pero la mirada del vendedor nos ponía a mil.

Si el mirón necesita espectáculo, el exhibicionista, en cambio, necesita que le miren. Existen varias clases de miradas: la mirada accidental o sorprendida, inciente, la mirada escandalizada, la mirada teatral. Como esta última era la de Pascal, el dependiente: ponía en ella todo su corazón. Frecuentábamos ese lugar por él.

En el
sex-shop

, el Chófer se ponía unos saltos de cama transparentes; llevaba insertado, ya de antes, un consolador. Entonces Pascal, haciéndose el ingenuo, llamaba a los clientes para mostrarles al Chófer con su salto de cama de mujer fatal, transparente y del peor gusto. Se exhibía en el fondo de la tienda, en un espacio reservado habitualmente a los látigos, grilletes, punzones y pinzas.

El Chófer compraba el salto de cama para recompensar a Pascal por su mirada, y a mí no me quedaba más remedio que colgar en mi guardarropa para travestis un saldo más.

Mi circo

Aquella noche hice de domadora de circo. «Momia de Seda» estaba en la mazmorra del gabinete. Llegó «Matrícula 4501». Elodie llamó para saber si había gente. Momia de Seda y Matrícula 4501 la animaron a venir de inmediato. También estaban «el Hombre de Chicago» y «Olivier».

Matrícula 4501 y el Hombre de Chicago no tuvieron el menor inconveniente en que sacara a Momia de Seda de su armario: empalada en un taburete, atada y envuelta de pies a cabeza en pañuelos Hermès de seda, con el consolador reforzado con unos nudos también de seda y los ojos vendados, oía con avidez todas nuestras palabras.

A Matrícula 4501, un seductor de mucho éxito, le vuelve loco el látigo. Se arrastraba por el suelo, con la cara pegada a mis tacones: le había ordenado que me siguiera a donde yo fuera.

Matrícula 4501 es un hermoso esclavo. Sale de mi casa con el culo amoratado y la sangre a flor de piel. Con él, soy el ama sin consignas, la que le tendrá siempre en vilo. Y lo llevaré hasta el límite de sus fuerzas, al extremo de su masoquismo.

El latigazo que recibe golpea sobre su cuerpo y sobre nuestras tripas, el largo látigo que restalla en

su cuerpo restalla también en nuestros vientres. El sonido del cuero hincha los labios de mi sexo, y me echo encima de él, con mis turgentes senos pegados a su espalda, mis piernas a lo largo de sus piernas. Visto un body de látex. Noto los latidos de su cuerpo y de su alma, respiro el olor de su piel dolorida. Es tremendamente sensual.

Me he detenido para escuchar cómo habla su cuerpo, para asegurarme de que podía ir más lejos sin quebrar nada. Me besa hipócritamente y me dice:

—Ama, está cansada, ¿verdad? Sobre todo, no se agote.

Sabe que con tal desafío me obligará a golpear con mayor ahínco.

—Le ofrezco mis dolores. Sé y siento que le gustan.

Le agarro por el pelo. Le levanto la cabeza para ver su hermoso rostro. Me encantaría ver deslizarse una lágrima.

Momia de Seda está petrificada de miedo al ver cómo flagelo a Matrícula 4501 en el suelo. ¡Pobre Momia de Seda! Le palpita el corazón, a él, incapaz de soportar algo más que un ligero azote en el culo.

Me sentía como un animal. El miedo de Momia de Seda me electrizaba. Desprendía un fluido impalpable que mi cuerpo absorbía. Me había convertido en una tigresa histérica.

Elodie estaba fascinada. El Hombre de Chicago, con el talle estrangulado por un corsé y la polla aprisionada en el cuero, se masturbaba. Yo me sentía como en un circo, domadora en una jaula donde se hubieran mezclado las fieras y los caniches.

—Bien. Ahora, 4501, siéntate en el *sling*, con el culo muy cerca del borde de cuero. Elodie, ponte

un preservativo, ¡te follarás a Matricula 4501!

Espié sus reacciones. Matricula 4501 trepó rápidamente y se instaló en el *sling*, mientras decía:

—Ama, ya sabe que es la primera vez, ¿verdad? Nunca me han dado por el culo. ¡Lo hago para obedecerla!

Aguardaba, con su culo de marrana abierto. Sus tobillos, rodeados de cuero, colgaban en el aire. Estaba preparado.

—Confío en que no tengas ningún inconveniente.

—¡Lo hago para obedecerla, Ama! —repitió. Matricula 4501 se había transformado en una mujer emocionada. No podía ocultar su nerviosismo. Su oquete temblaba. Ella se estremecía, obscena, presa del deseo y la vergüenza.

Me puse unos guantes de goma, metí los dedos en el gel, la miré, le ordené que acercara más el culo al borde del cuero, ofrecido a la penetración. Acerqué mis dedos al oquete. Lo contorneé. Lo palpé. Lo rodeé...

La espera continuaba. Miré encantada el rostro decepcionado de Elodie, que desde hacia tiempo ambicionaba la gran polla de 4501. «Mi Ama», pensaba Elodie, «¿es usted estúpida o qué?». Yo gozaba con este suspense. De repente, exclamé:

—¡Mierda, he cometido un error! Los personajes no están en el lugar adecuado. —Y ordené—: ¡Bajen el telón, por favor! ¡4501, sal del *sling*! ¡Empezaremos de nuevo! —Tres timbrazos, arriba el telón—: ¡Elodie, quítate esas braguitas de putita y ponte en su lugar! Será 4501 quien se folle a Elodie. Ya sé que Elodie tiene una polla muy gorda, pero no la probarás.

Esta vez Matricula 4501 hace un esfuerzo sobrehumano para ocultar su decepción. ¿Elodie?

Su rostro humano está radiante.

Al principio prefieren conservar la máscara sobre el rostro. Al final, acaban siempre tornándose una copa juntos e intercambiándose las tarjetas de visita. En realidad, han pasado a ser normales en el reino de la anormalidad. Se sienten protegidos, pues todos se parecen.

Strip-Poker

Azoto con el látigo a los bomboncitos del distrito XVI. «Strip-Poker» tendría entre treinta y treinta y cinco años. Aparentaba veintidós. Su éxito social era deslumbrante. Por esnobismo, ni siquiera salía de su barrio. Inventaba historias en el *minitel*, y las ponía en práctica en los días o las horas siguientes a su creación.

Strip-Poker soñaba en convertirse en la víctima de un ama que le chantajeara. Cuando yo era adolescente, sólo soñaba en subir al escenario para ser actriz. ¿Quería Strip-Poker un chantaje? Pues viviría uno terrorífico.

Confeccioné un traje de bailarina, con tutú, y pedí unas zapatillas de danza a una amiga. Como estaba al corriente del deseo de Strip-Poker, dejé caer sobre la cama, con descuido, las zapatillas de danza y algunos velos.

Cuando llegó, lo comprendió al instante. Yo no abrí la boca. Sabía cuánto le alteraba la visión de estos accesorios.

Leí en su interior: «Si se cree que esta noche me disfrazaré de bailarina, está fresca. No pienso ponerme ese tutú, ni hablar. La última vez imité a Irma la Dulce. Vaya, todavía estoy temblando... Pero ¿quién me mandará meterme otra vez en estos líos?, soy masoquista, qué locura...».

Yo, como un elfo visionario y excitado, mantuve la mirada fija sobre él. Se dio cuenta de que no la apartaría, y de que el poder del ama acabaría por vencer su machismo. Strip-Poker estaba a punto de desmoronarse. Mi mirada lo subyugaba. Calculé el momento en que debía romper el silencio y entré en escena.

—Deja de mirar ese tutú, sabes perfectamente que es para ti.

—¿Qué dices? ¡No pienso ponérmelo!

—Claro que te lo pondrás, mocoso de mierda. Y cantarás y bailarás con él.

—Ama, puede castigarme, pegarme, darme una severa azotaina, pero no me humillará de esa manera.

—No corras tanto, cariño, sé que te mueres de ganas de que te haga todo eso. Pero tenemos mucho tiempo por delante, y antes tienes que satisfacer mis caprichos. ¡Y yo quiero que te pongas el tutú!

—¡No!

—Bien, utilizaré otro procedimiento. ¿Te acuerdas de aquella sesión en que imitaste a Irma la Dulce? ¿Recuerdas cómo te disfracé?

—Sí, y todavía tiemblo de vergüenza.

—Pues vamos a tener que hablar sobre ese tema.

El ambiente ya estaba creado. Sin que yo esbozara el menor gesto, la bragueta de Strip-Poker se hinchaba a ojos vistas.

—¡Desnúdate! ¡Te quiero desnudo delante de mí, de pie encima de la mesa!

Sin excesiva resistencia, me obedeció. Siempre comenzábamos así. Dirigí un foco sobre su cuerpo desnudo: sufrió su primera vergüenza de la sesión, se miró en el espejo, y su discurso interior cambió: «Realmente soy un gilipollas por estar aquí, pero

¡cuánto me excita este tipo de humillación!».

—¿Qué, nos ponemos el tutú?

—¡No, no y no!

—De acuerdo. Pues yo no pienso pegarte o atarte, ni lo sueñes. Vamos a hablar. El caso es que la última vez imitaste a Irma la Dulce, y te vendí, ¿no? Negociamos tu culo de putita a cien francos, y, dada tu ineptitud para ser una buena fulana, el cliente lo dejó en cincuenta francos. Realmente eres el colmo de las nulidades, ¿verdad?

—Ama, usted sabía que la polla del cliente era demasiado grande. Creí que me desgarraba el vientre.

—Da igual, ¿te acuerdas de cuando estabas echada en el *sling*, con el ojete abierto, la peluca despeinada y los labios embadurnados de carmín? ¡Te cubriste de ridículo!

—Sí, Ama...

—¿Lo recuerdas bien?

—¡Sí!

—Pues bien, lo filmé todo con una cámara oculta. Y estoy segura de que hasta el barrendero de tu calle, aquel que te encontraste una vez, ¿recuerdas?, te reconocerá.

—¡No me creo que lo haya filmado!

—¡Peor para ti! Se convenció de que yo no retrocedería ante nada. Strip-Poker, al tiempo que las imágenes de su decadencia social, veía a Irma en el *sling*, ensartada por aquel sexo que le había hecho gritar y disfrutar. No era culpable, porque yo se lo había impuesto...

Exigía este clima de angustia. Al igual que el Abogado, para gozar creaba artificialmente una de esas «situaciones fatales y desgarradoras» que menciona Gilles Deleuze.

—Háblame de tu portera. ¿Qué nacionalidad tiene?

—Es portuguesa, Ama.

—¡Magnífico! Las portuguesas tienen todas las cualidades del mundo pero, para tu desgracia, un único defecto: son charlatanas y chismosas. Y voy a decirte una cosa: piensan que los perversos como nosotros somos unos seres diabólicos. ¿Y tu mujer de la limpieza?

—También es portuguesa, Ama.

—¡Fantástico! ¿Te imaginas lo que llegarán a hablar entre sí?

—¿Por qué, Ama?

—Pues porque las portuguesas son las mujeres más chismosas del mundo, y yo personalmente me encargaré de que la cinta llegue a manos de tu portera.

—¡No hará usted eso!

—¡Ponte el tutú!

—¡No!

—Me pregunto si hablarán inmediatamente con tu mujer. Te imagino en el tribunal el día de tu divorcio: «Señor juez, mi marido trabajaba de puta en casa del ama Françoise». Y en el trabajo, tus colaboradores te llamarán Irma la Dulce. ¡Se partirán de risa al verte! ¿Te imaginas la cara de tus amigos de infancia? ¡Cambiarán de acera en la Rue de Passy para no verte, los muy hipócritas! ¡Ah, qué cruel es el mundo! Fíjate, alcanzarás el colmo del ridículo cuando te vean suplicar como una desgraciada para conseguir tus cien francos. ¿Qué te ordené que le dijeras al cliente para que te pagara?

—Tenía que decir que era huerfanita y que me había criado una tía que me pegaba. Y que por culpa de eso acabé mal. Lo hice, Ama; si no, sólo me habría pagado veinte francos.

—¿Y por qué sólo veinte francos?

—¡Porque soy una inútil, Ama, la más inútil de

todas, la reina de las inútiles!

—¡Bien, veo que empiezas a entenderlo!

—¡Sí, Ama!

—Entonces, ¿qué? ¿Te pones el tutú o no?

La escena se prolongó largo rato. Después de mostrarle a Strip-Poker las mil facetas de su degeneración, después de haberle humillado y dejado su dignidad masculina por los suelos, después de demostrarle su impotencia, después de que finalmente cediera, se pusiera el tutú e imitara a Ludmila Tcherina, se embutió de nuevo en su trajecito Renoma, sus zapatos de Lobb, y corrió a buscar a su mujer.

La Cerda

Ahí estaba, con la cabeza pegada al suelo, en la posición que los hombres quizá jamás hubieran abandonado si la Biblia o el Corán no se hubieran entrometido.

Poco tiempo después me dijo:

—Françoise, oigo hablar mucho de usted, de sus cualidades de dominadora, de su equipo y de su sótano. La sesión de aquel día fue accidental. Ahora me gustaría visitarle con mi sumisa.

—De acuerdo...

Ese hombre se hacía llamar «Amo Estrella» o «Bernard M.». Tenía alrededor de sesenta años y llevaba gruesas gafas de miope. El vientre le caía sobre el sexo, y la polla era puro pellejo.

Apareció un día con una joven sujeta de una correa. Cuando, ya en mi gabinete, la ató, estuve a punto de interrumpir la sesión: yo no sabía si ella gritaba de placer, de angustia o de repugnancia.

De repente, el hombre se puso a gatas y ordenó:

¡Lámeme el culo, el ojete del vientre! Ella le obedeció y hundió la lengua en el culo de la bola de sebo. ¡Era vomitivo!

—Ahora métete mi polla en tu agujero podrido de puerca.

Introdujo su polla inmundada en la boca de la

joven. Eyaculó un espermatozoido putrefacto y la abofeteó para estar seguro de que se la tragaría.

Volvió regularmente.

—¿Sabe, Françoise? —se vanagloriaba—, las tengo a todas encandiladas. Estoy desbordado por tantas demandas.

Una vez llegó con una joven deslumbrante. Una amiga, extrañadísima, me comentó: «¡A un cerdo como él, eso debe de costarle una fortuna!». Jamás llegué a averiguar la verdad. Después se especializó en la instrucción de parejas.

En otra ocasión la Cerda me telefoneó excitadísimo para decirme:

—Françoise, he encontrado a una mujer en el *minitel* que se ofrece para escenificar una historia increíblemente excitante. Por favor, colabore conmigo en esta escenificación.

—De acuerdo, ¿por qué no?

—La mujer ha aceptado representar la historia de la compra del esclavo.

—¿Quién hace de esclavo?

—¡Yo, naturalmente! Usted no tendrá más que cogerme dos mil francos de mi chaqueta y entregárselos a ella con discreción. Confío en que siga usted las reglas del juego. Ella me examinará y regateará mi valor. Cuando llegue, yo estaré en su jaula. El precio inicial está fijado en tres mil francos. La mujer regateará y usted cederá hasta dejarme por dos mil francos. Ya está todo acordado.

—¿Cómo es ella?

—No la he visto nunca, pero dice que no está mal —Y colgó.

Llegó muy excitado. Lo encerré en la jaula. Encadenado por todas partes, los tobillos

aprisionados en grilletes de hierro, quedó listo para la representación.

¡Qué comience la obra! ¡Trompetas!

Abro la puerta. ¡Y aparece la «Señora Lucienne»! Vaya, una auténtica *vamp*: se ha puesto un traje de chaqueta estampado a flores y combinación opaca, de color marrón. Lleva unos calcetines de media, que le llegan a las rodillas, sujetos por unas ligas blancas.

Es mediodía. Estaba haciendo la compra. Por todo equipaje, una vulgar cesta. Pelo corto, entrecano, pañuelo en la cabeza; le faltan la mitad de los dientes; la Señora Lucienne aparenta unos sesenta y cinco años.

—Vamos a ver, ¿dónde está el esclavo?

Frotándose groseramente el pulgar agrietado y el índice, la Señora Lucienne me recuerda que tengo que pagarle. Le doy el dinero. La Señora Lucienne estruja ahora los cuatro billetes en el puño cerrado.

—¡Pero qué feo y asqueroso es! ¡Dan ganas de vomitar! ¡No hay quien se lo folle!

—Si, pero chupa muy bien el coño. Y cuando se lo chupe, usted no tendrá más que cerrar los ojos.

—Para eso, mejor un perro: come menos y ocupa menos espacio. ¡Uf, qué gordo está! ¡Y debe de tragar como un cerdo!

—Mire, puede hacer la compra, trabajos de secretaria, servirle de chófer, de criado...

—¡Ya! ¡Pero no al precio que me ha dicho!

—¿Qué Precio?

—¡Dos mil!

—Habíamos hablado de tres mil, pero si no le parece bien, por dos mil es suyo. Y ahora pruébelo, le lamerá sin descanso.

—¡Sal de esta jaula, basura! ¡Veamos de qué

eres capaz!

La Señora Lucienne ya se había quitado la falda y bajado las bragas de algodón blanco desteñido. Separó los muslos, deformes y llenos de varices. Dirigió la boca de Bernard hacia el viscoso sexo de la Señora Lucienne.

Durante veinte minutos por lo menos, provista de una fusta ensangrentada, obligué a esa bola de sebo a lamer y follar a la Señora Lucienne.

—Ama, su esclavo es un inútil: ¡no lame en el sitio adecuado!

Y Bernard, el esclavo lamedor, recibía cada vez un garrotazo en el culo. Después pedí a Lucienne que se pusiera a cuatro patas para que Bernard le lamiera su viejo y asqueroso culo.

Después de un orgasmo, la Señora Lucienne se levantó y aseguró que «la Cerda» era el peor polvo de toda su carrera de ninfómana.

—¡No compro al esclavo! —concluyó.

Y se fue con los dos mil francos en el bolsillo.

El Ahogado

Conocí a un apuesto joven de veintitrés años que me confió su sueño: que una mujer vestida de negro lo ahogara.

Esta idea le excitaba hasta el punto de provocarle la erección. Todas las dominadoras le habían azotado y pinzado, pero ninguna de ellas se había prestado a llevar a cabo su fantasía.

Le pedí que se metiera en mi gran bañera. Comencé atándole con un *bondage* que requiere gran habilidad, y le coloqué una barra de separación en las rodillas. El agua caía lentamente. Yo vestía un mono de látex.

—Eres guapo, muchacho, y fue a ti a quien conocí mis más locas fantasías, en un mundo lejano del en que jamás se regresa. Ya verás, no sentirás nada. Te sumergirás en el agua y en el sueño profundo de la muerte.

Observé su enorme polla, ahora empalmada. Los ojos se le salían de las órbitas. Estaba muerto de miedo, como borracho, enardecido.

—¡No, Ama, suélteme! No sé si debo... ¡De repente me ha entrado mucho miedo!

—¡Cállate, imbécil, no me has seducido para privarme del placer de matarte!

Luego tiré bruscamente de la barra de separación, para que cayera, y poniéndole la mano

en la cara, con los dedos muy sabiamente abiertos, le sumergí la cabeza en el agua. La polla iba a estallarle de un momento a otro. Yo me estudiaba en el espejo, situado frente a la bañera. Trabajaba mi mirada y mis gestos. Después le dejé respirar unos minutos.

—¿Quieres mandar un último mensaje a una amiga?, ¿a tu madre? ¡Vas a morir, tesoro mío! Y yo disfrutaré.

—¡Ama, ya no quiero!

—¡Demasiado tarde, pequeño! Eres mi víctima, y estás en casa de la Reina Negra.

Tiré de nuevo de la barra, lo mantuve bajo el agua, lo saqué, le describí sus últimos minutos.

Tuvo un orgasmo violento sin necesidad de masturbarle. Jamás sabrá si yo fingía o si la Reina Negra...

Su madre lo sabe. Tiembla de miedo, rompe los papeles donde están escritos los teléfonos de las dominadoras. Yo la entiendo. Sin embargo, sólo una vez, representando a solas su ficción, estuvo a punto de ahogarse *de verdad*.

Impermeable Negro

La primera vez que «Impermeable Negro» me escribió, no le contesté y anulé su mensaje. Insistió, logró intrigarme, y dialogué y jugué con él. Siempre he tenido mucha curiosidad, curiosidad por entender. Le escribí, le cité y subí de nuevo al escenario.

El teatro de la muerte se encuentra en todas partes, Pero démosle la palabra a Impermeable Negro:

«París, 25 de abril de 1989, 9.25h.

»Después de prolongados y comprensibles titubeos, me he decidido a entregarme a ustedes, a “Ella” y a ti. Ese sábado, me presento en tu gabinete. Cuando me abres, veo que estás desnuda debajo de tu impermeable de goma negro. Cierras la puerta con llave y me acompañas a la habitación del fondo. Entonces la veo a “Ella”. Viste exactamente como tú, de goma de pies a cabeza. Me rodea el cuello con sus brazos y me besa tiernamente. Cuando comienzo a empalmarme, te noto detrás de mí. Me desnudas diciéndome: “¡Voy a cubrirtte de goma, querido! ¡Debo hacerlo!”. No bien me quedo desnudo,

tomas el impermeable de tela de China con goma gris y, con la ayuda de “Ella”, me lo pones y lo abotonas. Al mismo tiempo, “Ella” me ciñe el cinturón. Tú me pones la capucha que como sabes, tiene dos tiras de goma. “Ella” me las enrolla alrededor del cuello y estira con fuerza. En realidad, es casi como si me estrangulara; les da varias vueltas. “¿Te gusta, cariño?”. En ese mismo instante, por detrás, tú me colocas en los hombros la capa de látex blanco. Me siento envuelto en goma por vosotras dos, y la erección es cada vez mayor. La capa de goma me envuelve como una segunda piel, y las tiras del cuello me estrangulan. Entonces “Ella” toma los guantes de goma, me los coloca, y después me pone una correa de tela en cada muñeca, apretando mucho los nudos. Curiosamente, deja colgar las correas de mis muñecas. Empezáis a asustarme. Pero mi voluntad está debilitada por vuestra sensualidad erótica, así como por el olor y el contacto de la goma. Vosotras lo sabéis, es evidente. De repente me hacéis dar media vuelta. Te veo delante de mí, y “Ella” está ahora detrás. Me observas, y tu mirada se ha vuelto severa, Françoise, tus brazos me abrazan ahora por encima de la capa de goma que aprisiona mis brazos, y noto que me aprietas mucho con tus brazos. Después te oigo decir:

»—Todavía no estás lo bastante envuelto en goma, cariño, ¡voy a ponerte la cogulla de goma!

»En el momento en que tú pronuncias la palabra goma, “Ella”, que había cogido la cogulla sin que yo me diera cuenta, me la coloca sobre la capucha y la ajusta a conciencia. Noto que me pasa luego una correa alrededor del cuello, por encima de la goma de la cogulla. Inmediatamente después, tú le dices:

»—Al menor intento de resistencia, apriétale

bien y estrangúlalo. Tenemos que ceñirle con la goma de manera que no pueda moverse.

»Me aterra, Françoise, verme ante vosotras dos así, cuando estáis recubiertas de goma; siento un miedo espantoso de vosotras dos, de la goma con la que me habéis envuelto y encapuchado, de las ataduras que me sofocan y asfixian. Ahora que estoy en vuestras manos, me amarráis ciñéndome con la capa de látex blanco. “Ella” me ata los muslos. Ahora estoy por completo en vuestro poder, atado, en manos de dos mujeres de goma, de dos mujeres que matan, dos mujeres cuyo placer supremo consiste en asfixiarme con la goma o en ahorcarme. ¿Qué ocurrirá, Françoise? ¿Me asfixiaréis o me ahorcaréis?».

«25 de abril de 1989, 15.29h

»Continuación de mi mensaje anterior. Cuando me habéis envuelto por completo en la goma, estoy a vuestra merced, tengo una erección pero me dais miedo; te oigo decir:

»—¡Quítale la cogulla de goma, lo tumbaremos en la cama y tú lo excitarás mientras yo le comunico la sentencia! —Y después, dirigiéndote a mí—: Sentirás el placer más delirante que jamás hayas sentido, el placer supremo: ¡habrá que matarte! ¿Con la goma? ¿Con la cogulla? ¿Con el impermeable? ¿O bien “Ella” te ahorcará? ¿Tienes alguna preferencia?

»—Françoise —te contesto—, “Ella” me matará de veras, ¿no? ¿Y tú, Françoise?

»—Sí, “Ella” mata siempre. ¿Prefieres la goma o la soga? “Ella” decidirá, “Ella” es el Verdugo de goma y ejecuta la sentencia que las mujeres de goma dictan.

»—Prepara todo lo necesario, Françoise —dice “Ella”—. Tendrás que encapucharlo y ahorcarlo. Yo voy a matártelo.

»Entonces, mientras tú me agarras el pene, “Ella” ase la correa y las dos argollas y las introduce en el torno. Tengo una erección, tú me excitas terriblemente, y la veo a “Ella”, vestida con impermeable negro y botas. Coloca la soga, la deja muy larga y me pregunto por qué; luego va a buscar un impermeable de látex y regresa junto a nosotros, al lado de la cama. Tú le dices:

»—¡Vamos! Hay que pasarle el nudo corredizo por la cabeza. ¡Ahora!

»Me levantáis entre las dos y me arrastráis hacia la soga, pero yo me resisto, ¡tengo un miedo terrible al ahorcamiento, Françoise!

»—¡Sabía que opondría resistencia! —dice “Ella”. Y ase el nudo corredizo con ambas manos—. Sujétalo bien, Françoise. —Me coloca la soga alrededor del cuello—. ¡Yo misma voy a ahorcarte!

»Entonces tira de la cuerda y, con la ayuda del torno, que han puesto en marcha y ahora gira, me desliza a la fuerza debajo de la soga. ¡El nudo me estrangula y yo no puedo impedir que me arrastréis al ahorcamiento! Y lográis ponerme en pie debajo de la soga.

»—¡Cúbrole la cabeza con el látex! ¡Y pásale el nudo corredizo por encima del impermeable! Cuando yo te lo diga, tensarás la soga mediante el tomo.

»¡Me cubre todo el cuerpo, incluida la cabeza, con el impermeable, y luego pasa el nudo corredizo por encima de la goma! Entonces tú, Françoise, comienzas a masturbarme de nuevo. ¿No quieres decirme lo que me haréis después?».

El esclavo de la muerte era el responsable único de la historia; nosotras, sólo unas meras ejecutantes. Y yo, convertida en la intérprete de la ficción de Impermeable Negro, tenía que tirar de la cuerda diciendo:

—¡Al fin, te mato!

¡E Impermeable Negro escupía escamas de estrellas!

La Escena internacional

Nos disponíamos a pasar la velada entre amigos. Estaba Victoria, Hefaistos, «Nick» —un inglés— y «Diane». Suena el teléfono: una voz de mujer, grave, ronca, estadounidense. Era ella, «la Reina» incontestable e incontestada de la Escena norteamericana.

—¿Françoise?

—Sí, soy yo.

—«Lady Constance» me ha dado su número. Somos un grupo de Los Ángeles, y nos gustaría verla.

Les invité a compartir nuestra cena.

Quince minutos después, abrí la puerta a dos jóvenes soberbias y a un hombre, un realizador que yo ya había conocido en Nueva York.

Presencia inmediata e impactante, acento estadounidense, subrayados por sonrisas de estrella de cine y risas provocativas, Hefaistos se pone nervioso no bien los ve; más tarde comentará: «Es ese tipo de gente al que prefieres ver sólo en imagen. Su presencia es dolorosa, como la de unos dioses venidos a corromperse con unos simples mortales».

La Reina es morena, tipo pantera culturista, de mirada inquisidora; la aristócrata californiana es elegante, reservada, la encarnación perfecta de la

joven heredera. El hombre posee una seguridad incuestionable.

Proyecto acto seguido la película que Hefaistos filmó en mi casa con François y Justine. Al célebre realizador le encanta. Me siento orgullosa de Hefaistos, y a él le embarga la emoción.

La Reina se ha echado en una butaca, con las piernas abiertas, provocadora. Yo observo. Hefaistos desvía la mirada, pero sus pupilas arden como dos brasas. Ella susurra: *I love your film. go to the dungeon, let me try this*

Let's

[18], señalando a Justine colgada de los pies, en la pantalla. Hefaistos está contento, podrá reafirmar su histeria y sobre todo imaginar con absoluta tranquilidad; ya la adora.

Todo ocurre con mucha rapidez. La aristócrata está desnuda, y él la acaricia. La Reina, de rodillas, la rodea con los largos muslos, que se arquean. Las dos son bellas.

Coloco a la Reina delante de mí: está atada, con los miembros extendidos. La penetro violentamente. Tiene el cuerpo sujeto con cuerdas, y lanza intensas miradas. Hefaistos le pone la mano en los labios. Ella lame, él la amordaza. No se mueve, ofrecida. Grita de placer, emite una larga queja sofocada por la mordaza y por la mano de Hefaistos, al que un momento antes dominaba.

Escenas simultáneas: Diana atada, la Reina aprisionada entre mis brazos, Victoria azotada y embriagada por el *Tannhäuser* de Wagner. La Reina nos dice: *You are so sensual* [19]...

El regreso de la Estrella

El antro es negro. Negro como cumple a las noches a la deriva. Negro, tal como lo desean los deseos ocultos. Negro como los placeres saciados. Negro como la pureza de un color que se niega.

Los desviados acudían a la cita, abiertos a todo, tranquilos, entregados únicamente a su angustia.

Se encontraba allí una dominadora neoyorquina, sin ninguna ostentación, modesta hasta el momento en que ofreció los dedos de sus pies a la lengua ávida de un mamón. Luego se marcharía, dejando el antro a los que la habían acogido.

También había acudido el esclavo salvaje, provocador hasta la indecencia.

—Eche a ese perro provocador al suelo —dijo la neoyorquina—. Voy a contarles su historia. Este magnífico

play-boy

al que ven arrastrarse es a la vez una puta y un reptil. Si le quitan la ropa, verán que lleva sucia la ropa interior, como una guarra. Su historia es la de un niño de familia rica. Vive en Neuilly, con sus papás, en una gran mansión; su padre y su madre se sienten muy orgullosos de él. Fíjense en su apariencia viril, en la belleza de su rostro. ¡La perfección hecha hombre! Veintisiete años, varios

títulos universitarios, inteligente... Las putitas calientes de Neuilly se lo disputan. El señor invertebrado se las folla. Después conecta su contestador telefónico: «Ahora no estoy en casa», etc. ¡El señor filtra las llamadas, el señor jamás se tira dos veces a la misma puta, y con razón!

Yo daba vueltas alrededor del esclavo, jugando con su cuerpo con mis zapatos acharolados y mis tacones puntiagudos. Lo excitaba con suaves latigazos. Lo pinchaba, lo... Aunque no había violencia, dos parejas de mirones desaparecieron precipitadamente: no soportaban la imagen del «Padre» en el suelo.

Después de ceñirle al esclavo un corsé rojo y negro, lo crucifiqué. Era un comediante: suspiraba antes de que lo tocaran. Me desinteresé de su suerte. La cabeza se le cayó hacia delante. Algunos se precipitaron a ayudarlo.

—¡Dejad a esa larva! ¡No le pasa nada, es un cuentista que quiere que se ocupen de él!

La dominadora de Nueva York se fue, dejando a la Estrella, el dominador que ella me había pedido que invitara y al que yo había reconocido.

La Estrella me telefoneó a los pocos días:

—Me gustaría terminar la velada iniciada hace unos años con MARIANNE.

—No sé si ella querrá. No guarda muy buen recuerdo de usted, querido amigo.

—Convénzala, por favor. Estoy a la espera de saber cuáles son sus deseos.

Al primer latigazo, todo se aclaró.

—¡Le he pedido que avance progresivamente, Amo! —exclamó MARIANNE, enfadada—. Sólo una perfecta ósmosis sensual y cerebral puede permitir al amo olvidar esta progresión; lo cual no es su

caso, pues no es más que un bloque de hielo. ¡Bien! Vamos a invertir los papeles. Tú serás Lulú. ¿Puedes decirme en qué lugar de Los Ángeles hacen la calle las furcias calentorras de tu calaña?

—¡En el Sunset, Ama!

—¿Has hecho ya alguna vez de puta?

—¡No, Ama, pero me encantaría!

Le pongo un traje de látex colorado y le calzo unos botines, altos y mortificadores, que se cierran con un candado. Le oprimo la cintura con un corsé de casa Phyléa. Y le encasqueto una peluca de color azul eléctrico y unas gafas oscuras cuya montura blanca reproduce la estatua de la Libertad.

La puta finge que hace la calle en la acera imaginaria de mi gabinete. Cada vez que se tuerce el tobillo, recibe un varazo en el culo.

—¡Pégate a la pilastra, Lulú! ¡Llama la atención! ¡Mucho más! ¡Alza el pie y apoya la suela de la bota, bien horizontal, sobre la pilastra! ¿Qué te he dicho?, ¿eres sorda o qué? ¡Sí, así está mejor! ¡Pobre estúpida! ¡No sirves para nada, cretina, para nada! ¿No ves que eres *injodible*? Si sigues así, te abandonaré. Voy a llevarte a un bar de camareras, quizás allí saques algo.

—¡Por favor, Ama! Prefiero volver a los States, iré al Sunset.

—Estás loca: ¡el sueño americano! ¡Igual que una peluquera de provincias! Va a ser duro enseñarte el oficio, hija mía. Y basta de esnobismos: ¿no puedes decir «Estados Unidos», como todo el mundo?

—Le aseguro, Ama, que en Los Ángeles se puede ganar mucha pasta. Hasta ligarte a un millonario que te retire, y volverte una ricachona.

—Claro, como en *Pretty woman*. ¡Menuda estúpida estás hecha! ¡Enganchada a los cuentos

de hadas «fachas»! ¡Sólo me faltaba eso! ¿Cuántas veces has tenido que pagar para ver esa porquería?

—¡Siete veces, Ama!

—Ya decía yo que eras una chacha. Antes de convertirte en mi esclava, vas a dejar de ser una idiota dándoles dinero, ¿entendido? Que no me entere yo de que te siguen comiendo el tarro. ¡Esos tipos tiemblan ante las putas alegres porque ellas no les desean! Y se tranquilizan compadeciéndolas. ¡Se masturban pensando en cómo salvarlas! ¿De qué? Eso me pregunto yo. ¡Y tú, como la puta macho que eres, harías bien en intentar comprenderlo!

—Comprender, ¿el qué?

—Que no es pecado hacer de puta. Ni de puta macho, muy al contrario. Esa idea la inventaron de cabo a rabo «los ladrones de gallinas y los devoradores de carne cruda»^[20]. Y cuando estés sola en el Bois, piensa que eres una diosa de verdad y no una basura que callejea. Así no tendrás miedo de los chulos, y sobre todo no necesitarás su protección, ¡serás fuerte! El día en que las dominadoras lleguemos al Parlamento, propondremos y votaremos una ley que prohíba contarles a las niñas que el príncipe azul las salvará y las protegerá. ¡Se acabó la Cenicienta! ¿Has visto alguna vez a un fetichista al que le gusten los pies que no se incline ante los pies de una mujer?

—¡Claro que no, Ama!

—Entonces, si se inclina a los pies de la mujer, es porque ella es la más fuerte, ¿no? ¡Es una diosa, como tu ama! ¿No te habías dado cuenta? ¡Pues despierta de una vez!

—Sí, Ama. No lo había pensado. Así que el príncipe azul no existe, ¿eh?

—¡Exacto, de ahí la inutilidad de mentir a las chiquillas! ¿Vale?

—¡Sí, Ama!

—Después dictaremos una ley que castigará a cualquier individuo que se atreva a despreciar a las putas y a los travestis. Mejor dicho, volveremos a considerar sagrada a la puta. Y una vez en el pedestal, declaradas diosas y veneradas, las putas machos o hembras aboliremos la ley sobre el proxenetismo.

—¿Y por qué, Ama?

—¡Qué tonta eres! ¡Si ya te lo he explicado! Una diosa no necesita protección. ¿Has visto alguna vez que alguien se atreva a insultar a una diosa? ¿A pegarla, a amenazarla? ¿Pegarías tú a tu ama?

—Jamás me atrevería a hacerlo, divina Ama, pero si lo entiendo bien, Ama, esos «ladrones de gallinas y devoradores de carne cruda» que se inventaron el pecado sexual han convertido a nuestras antiguas cortesanas sagradas en mujeres despreciables. ¿Son, pues, cómplices de los proxenetas?

—Sí, y ellos fueron los primeros proxenetas, en tiempos del buen rey san Luis. Por fin lo has entendido: se acabó el príncipe azul, se acabó el hombre fuerte. Con las putas machos y hembras convertidas en diosa, se acabaron los protectores. Y tú harás la calle para beneficio tuyo y por amor a tu Ama, jeso es todo!

»Ve a buscar los collares a la habitación de al lado. ¡Más aprisa, marrana, Y mueve el culo, contonea las caderas como te enseñé, mejor dicho, menéate para ser apetecible! Bien, ahora arrodíllate a mis pies... ¡Ponte esta peluca! Voy a pintarte los labios. Sácalos, humedécelos. ¡Deja que te pegue la peluca, inútil! ¡Y este clítoris

prominente me molesta! ¡Corre a buscar el cinturón de castidad, para que guarde bajo candado estos atributos inmundos! Aprende a sacar la lengua. Bien, ya te he pintado los labios. Ahora pídemme: “¡Ama, maquílleme, conviértame en la estrella de las perdidas!”.

»Bueno, no estás mal. Tal vez te lleve al Bois... Bien pensado, te llevaré a un bar de putas donde te enseñarán a maquillarte. Las bobas como tú necesitan que se ocupen de ellas, que las instruyan. ¡Deberían abrir una escuela, visto que las idiotas de tu clase son incapaces de aprender a ser unas perdidas por sí solas! Y recuerda que las calles están atestadas de furcias de tu calaña. Y que todas trabajarían para mí de mil amores. ¡Sólo tengo que elegir!«.

Aproveché para azotar al amo gélido, extralimitándome un poco para darle una lección. Eso no desanimó a Lulú, quien no tardó en reaparecer.

El norteamericano

Es de origen italiano, y había leído en Estados Unidos un artículo sobre mí. Viene a verme cada vez que está en París. Tiene treinta y cinco años, y la cara un poco estropeada. No es muy alto, gordito, con los músculos cubiertos de piel suave. Me gusta tocar su cuerpo. Tiene una polla preciosa, y él es sexy. Le torturo los pechos.

—Quiero que te fundas en mí. Lame mis grandes pechos. Mira qué cálidos, qué suaves, turgentes, auténticos... son senos de madre. Apoya tu cabeza sobre mis pechos. Te sentirás en paz, tranquilo. Yo voy a pinzarte los tuyos, a torturarlos hasta que llores como un niño.

—Yes, *Mistress*, quiero entrar en usted, en su carne, fundirme en usted y sufrir para usted.

—¿Quieres llorar?

—Yes, *Mistress*...

Está loco de placer.

—¿Quieres penetrar mis carnes? ¿Te follarías a tu madre, gilipollas?

—No, *Mistress*, pero deseo vivir en usted, alimentarme de usted. Déjeme poner la cara entre sus muslos, y luego apriéteme. Podrá exigir de mi cualquier clase de dolor.

Pegué su rostro a mi sexo. Mis muslos le oprimían el cuello. Estaba a punto de asfixiarse, y

se lo veía cada vez más empalmado. Lo solté. Levitaba.

—Quiero tu dolor. Quiero que me penetres, que me des esa energía que me volverá cada vez más exigente.

—*Mistress*, las pinzas me provocan un dolor muy molesto. Hace más de cuarenta minutos que las llevo.

—Lo sé, y aún te pediré más. Quiero oírte gemir como un niño que se ha hecho mucho daño. Mira, voy a manosearte los pechos, tu dolor será aún más intenso.

Le obligo a conservar las pinzas en las tetillas hasta los límites de lo insoportable.

—Pego mis pechos desnudos a tus pechos pinzados. Apriétame, aplasta mis pechos contra los tuyos con todas tus fuerzas, tú mismo regularás tu dolor.

—*Mistress*, sus grandes pechos me ayudan. Son suaves, me calman.

La polla parece a punto de reventar. Me gusta, me complace su lado infantil. Me desnudo. Está tendido boca arriba en la cama, penetrado por un ano *picket*. ¡Paso mis piernas por el interior de sus muslos y meneo la grupa! El consolador, que se apoya en el colchón, a cada golpe le penetra más profundamente en el culo. Mis pechos golpean sus senos doloridos. Arde de placer.

De vez en cuando, su pene roza los labios calientes de mi sexo. Se muere de ganas de consumir el acto incestuoso, al igual que yo. Pero nada ocurre.

Me pertenece. Sólo yo poseo a la vez el aspecto físico y la intuición necesarias para entenderle y ofrecerle lo que viene a buscar en mí, como un cachorrillo.

El Hombre Invisible

Entró un joven con una gran maleta que contenía rollos inmensos de tela adhesiva de seis o siete centímetros de anchura. Arrojó al suelo unos cincuenta leotardos, y desgarró algunos en la zona de la entrepierna.

—Los compro en los supermercados de las afueras. De todos los leotardos, prefiero los de espuma extensible. Fíjese, me los pongo así.

Mientras me hablaba, iba metiéndose una decena de leotardos hasta debajo de los brazos. Yo le miraba perpleja.

—Pero ¿cómo empezó tu delirio?

—De niño, me caí por una boca de alcantarilla. La calle estaba en obras y habían levantado la tapa de hierro. La boca de la alcantarilla estaba llena de cuerdas... Me quedé colgando. Comencé a empalmarme como un loco y me corrí.

Después pasó la cabeza por el desgarrón que había hecho en los diez leotardos siguientes y se los metió por los brazos.

—Ya está. Ahora, Ama, voy a pedirle que me amordace.

Los diez últimos leotardos le sirvieron de capucha. Encima de todo, se puso un *body* de baile.

—Ama, ahora tire de las mangas y ate las

puntas, por favor.

Me hizo una seña para que le ayudara a colocarse una capucha de cuero. Finalmente, había que vendarle con la cinta de tela adhesiva, de la cabeza a los pies, dejándole sólo un agujerito a la altura de la boca para que pasara una cañita. Le calcé unos zapatos con tacones puntiagudos.

Permanecía así, tumbado boca abajo, durante dos o tres horas. A veces, yo recibía mientras tanto a otro esclavo. Pero, a una indicación suya, le liberaba. Se marchaba, pasaba todo el fin de semana en su casa, concentrado en su sopor masoquista, y, avanzada la noche del domingo, se masturbaba.

Mozart

«Mozart», un hombre de negocios que se mueve en el ámbito internacional, es culto e inteligente. Un lince de las finanzas. Dejémosle expresarse:

«Tengo ocho años. Estoy en clase. Me oprimo lo que todavía ahora llamo la pilila entre los muslos, y un intenso calor desconocido me invade el bajo vientre. Me oprimo más, y aumenta el calor. Para oprimir aún más, me ato las rodillas con un trapo que he encontrado en el fondo de mi pupitre. La maestra se da cuenta. Me dice, delante de todos, que me desate. Este primer placer, esta atadura secreta, esta humillación pública son los primeros recuerdos de lo que luego supe que se llamaba *bondage*.

»Tengo trece años. Descubro la televisión *Sombrero hongo y botas de cuero*. Nueva emoción, nuevo calor al ver a la bella inglesa maniatada, sujeta con cuerdas, amordazada. Me gustaría ocupar su lugar. Luego empiezo a imaginar mis propias fantasías de secuestro, de atadura, de encierro en un capullo oscuro y cálido. Esos sueños interminables conforman mi jardín secreto de adolescente.

»Descubro el placer, que siempre lo estimulan las imágenes de bolsas y cuerdas. Un día, para comprobarlo, paso a la acción. La atadura física. Pruebo concuerdas y con bramantes. Tanteos, placer, vergüenza. Para que funcione necesito primero atarme con fuerza y luego intentar liberarme. Sin embargo, hace falta también que después consiga soltarme. Simulo mi capullo (¿vientre materno?) con un mono de esquí, con unas botas de pescar pegadas a un traje de buzo, con un saco de dormir. Descubro las correas y los arneses de vela y de alpinismo. Basta con tirar de un cabo para que queden ajustados. Oprimen con firmeza, no hacen daño y no dejan señales, al contrario que las cuerdas. Me avergüenzo, me siento anormal. Recorto de los periódicos imágenes sugerentes. Un día, avergonzado y temblando de miedo, me atrevo a comprar mi primer par de esposas en una tienda de saldos norteamericanos. Decepción. Me duelen. Esos artilugios no están hechos para mí.

»Descubro que me fascinan las camisas de fuerza. Me confecciono una anudando a mi espalda las mangas demasiado largas de mi bata de estudiante de química. Efectúo numerosos ensayos. Si la aprieto demasiado, no consigo metérmela; si la aprieto poco, me libero con excesiva facilidad. Transpiro, me sube la fiebre. Finalmente, consigo ceñirme, inmovilizarme. Me debato. Siento un placer indescriptible. La camisa no me duele aunque la lleve durante horas. Sin embargo, me inmoviliza, me reduce al estado de objeto. Como tengo las piernas libres, puedo moverme por la habitación. Pero el no poder valerme de las manos me impide hacer cualquier cosa, abrir una puerta, o jugar con mi sexo, que está a punto de reventar. Esta semilibertad aún me

frustra más. En cierta ocasión consigo ceñirme tanto que no logro liberarme. Horas de esfuerzos, de contorsiones, de sudores, de miedo a ser descubierto, de vergüenza, de placer, de sueños.

»Tengo veinte años. Un chico extranjero me pide que lo acompañe a un

sex-shop

. ¡Gran descubrimiento! Revistas de *bondage*. ¡Increíble! ¡No soy el único! Intento disimular mi nerviosismo. Tan pronto como me separo del chico, vuelvo al

sex-shop

y compro seis revistas. Me precipito a mi coche y me encierro allí para leerlas sin tener que regresar a casa. Mujeres atadas en todas las posiciones, retorcidas sobre sí mismas, en cruz encima de una cama, colgadas de sofisticados aparejos. Con cuerdas, con correas, con camisas de fuerza, con mordazas, con vendas, con capuchas. Anuncios de ventas de material. Las mujeres son guapas, sonríen, les gusta eso. Meses de masturbaciones extáticas. También de frustración: mis jueguecitos parecen muy mezquinos e imperfectos comparados con los de esas jóvenes espléndidas, con sus posiciones refinadas, con ese derroche de material.

»Cumpló veintidós años. Comienza mi vida de pareja. Me comporto con timidez; se trata de una relación tradicional, normal. Jamás me atreveré a hablar de mi secreto ni a contarle a una chica que me gustaría que me pusiera una camisa de fuerza y que jugara conmigo. Jamás me atreveré.

»Cumpló treinta y dos años. Mi mujer y nuestros hijos se han ido de vacaciones con la familia de ella. Estamos a finales de agosto, y me he quedado “de guardia” en la oficina. Me aburro.

Me compro una guía del ocio. Descubro en las últimas páginas anuncios explícitos de dominadoras. ¡Qué vértigo! Auténtico *bondage*. ¡Estar atado sin poder escapar! ¿Y si eso terminara mal?... Sida, un accidente, chantaje, violación... Me decido a llamar a un teléfono, hecho un manojo de nervios, con una evasiva en la punta de la lengua. Una voz cálida y tranquilizadora habla de experiencias con noveles y de psicología. Todo cambia. Decido acudir. Está cerca de la oficina.

»El lugar es un poco sórdido. La mujer está muy maquillada, lleva antifaz. Se lo cuento todo: mis emociones de adolescente, mis fantasías, mis capullos, mi camisa de fuerza. Ella me habla de cuero, de látex, de azotainas, de consoladores. Le digo que estoy dispuesto a ponerme en sus manos. Me desnudo y bajo al sótano. Me coloca una camisa de fuerza de látex, la asegura con unas cuerdas, me inmoviliza por completo. Me amordaza, me venda los ojos. Sensación de impotencia. Y también de liberación. Vértigo provocado por lo desconocido. Estremecimiento ante el riesgo. Contacto, olor, calor del látex. Creo que ni siquiera intenté liberarme, pues no quería romper el encanto.

»Al día siguiente, con el hambre de veinte años de frustraciones acumuladas, en otra parte, empiezo con otra. Menuda inútil. Aburrida, me ata sin el menor cuidado y se instala ante el televisor. Me libero. Se lo digo. Eso la molesta. Me ata de nuevo y, para mayor seguridad, añade unas esposas. Sigue siendo en vano. De haberme iniciado así, con lo nervioso que estaba el día antes, no habría continuado con esto. El azar, la suerte.

»Me aficiono a escribir mensajes en el *minitel*. Me siento ante la pantalla en el despacho o en

casa, cuando me quedo solo. Diálogos febriles, casi siempre engañosos. Un día, creo haber dado con alguien. Cita en un piso en los barrios altos. Era una aficionada. Pero su placer es sádico. Lo descubro cuando ya me resulta imposible gritar o mover el dedo meñique. Me quema y no ha entendido nada, las cuerdas me duelen. Yo si lo he entendido: necesito una persona que sepa escucharme.

»Un día me pongo en contacto con FRANÇOISE. Me da su número de teléfono. Encogido por la timidez y la vergüenza, como siempre, llamo. Me da una cita. Está en la otra punta de París. Descubro su gabinete. Nada que ver con los otros. Es bonito, casi fastuoso. Y los ojos negros de Françoise me atraviesan como si ella lo supiera todo de mi, igual que un profesor o un médico. No necesito explicárselo todo, confesar. Me abandono a ella. Nos descubrimos.

»Françoise me da a conocer material de primera calidad. Yo le regalo alguno para completar su amplio arsenal. Lo mejor del mercado, fabricado en Londres por Fetters. Una bolsa de enclaustramiento, una especie de ataúd de lona con correas. Una camisa de fuerza confeccionada a medida. Barras de separación para tobillos y muñecas. Correas de hospital psiquiátrico.

»Françoise me trata como lo que soy, un adulto, no un niño. La vergüenza se ha desvanecido. Al contrario, pertenezco a una cofradía, la “sodomasoquista”, la de aquellos y aquellas que llevan hasta el final sus fantasías, sus pulsiones. Los desinhibidos. Por mediación de Françoise me pongo en contacto con las dominadoras de la Escena internacional, y las visito allí donde me llevan mis viajes de negocios.

Se conocen entre sí, se aprecian, se visitan y se intercambian contactos. Françoise no es celosa: está segura de su relación conmigo.

»Salvo con Françoise, siempre tengo que explicar mis deseos con detalle. Y soltar todo el rollo. Porque sólo así, aunque esté atado y amordazado, se cumplen mis verdaderas voluntades y mis fantasías. Una parte esencial del placer proviene de la impotencia real, de los imprevistos, de esa ansiedad que no tarda en convertirse en angustia. Con las demás, utilizo una contraseña verbal o gestual para decir “basta”. Con Françoise no hace falta: ella sabe, siente, adivina, impone.

»El sadomasoquismo es como conducir a alguien al borde de un acantilado, mostrarle el vacío, provocarle el vértigo más absoluto, pero sin dejarle caer. Las más sabias controlan a las mil maravillas este ejercicio de virtuosismo: Françoise, que lo domina a la perfección; Linda, que incluso sabe ir demasiado lejos; Mir, que prepara y organiza de antemano hasta los más mínimos detalles; Amazonia, que ignora mi deseo con la frialdad de una enfermera de hospital psiquiátrico.

»Para otras personas, el sadomasoquismo significa hacerse azotar, o humillar, o también vestirse de mujer. De la misma manera que yo no sé por qué en concreto el *bondage* me da placer, respeto la manera en que otros hallan su placer. Con tanta naturalidad como acepto el mío. Tendemos a pensar que los que no “juegan” como nosotros no han descubierto todas las formas de su placer. O las rechazan. Muchos de nosotros sentimos idéntico placer como dominantes que como sumisos. Como heterosexuales y como

homosexuales. Más o menos al igual que sucedía en la Grecia antigua.

»Esta noche voy a casa de Françoise. Pasaré allí el fin de semana. Acudirá Linda. Ignoro lo que me harán, ¿estaré atado durante horas en una cama de hospital, con una camisa de fuerza, colgado de los tobillos, o aprisionado en una bolsa? ¿Tendré los ojos vendados, para no ver cómo sus manos se afanan a estimular o atormentar mi cuerpo, o los ojos abiertos, para frustrarme con la visión de sus cuerpos? Deseoso de verme liberado de mis ataduras y, a la vez, de permanecer atado con ellas para siempre.

»Algunos de mis conocidos, también masoquistas dominante-dominado, me sugieren que hable de ello con mi mujer: si me quiere, lo comprenderá y llegará, también ella, a encontrarlo placentero. Sin embargo, por una parte, la conozco demasiado; su gran pudor en todo lo relacionado con el sexo, su deseo de hacer el amor siempre a oscuras, su rubor por una broma un tanto atrevida... Por otra parte, me parece que no hay que mezclar la vida real con las fantasías. Una historia que llega a ser irresistible después de varias semanas de espera y frustración no puede ponerse en práctica con demasiada frecuencia. Entrar en el gabinete de Françoise para ser atado es una cosa. Y regresar de noche a casa, y que mi mujer me diga: “Desnúdate para que te coloque tu camisa de fuerza; después cenaremos y me contarás cómo te ha ido en la oficina”, es otra muy distinta. No, no tiene el mismo sabor.

»Yo amo a una sola mujer, mi esposa, aunque disfrute con Françoise y a los dos nos una un respeto recíproco y una absoluta complicidad: ni siquiera tengo la impresión de engañar a mi mujer. Mera y simplemente, me asumo tal como

me ha hecho la naturaleza. Ya lo decía Lorenzo de Médicis: “Yo no peco por perversidad, sino por esa faceta de mi carácter que ama el placer”».

Interpretar personajes

Cuando me venían con programas escritos, yo se los rompía. Prefería descubrir sus fantasías mediante preguntas indirectas. Me negaba a utilizar consignas. ¿Dejaría Hitchcock de asustarnos si se lo pidiéramos? Pues bien, un ama es como un Hitchcock con ligero y la polla metida entre las piernas.

Strip-Poker, Nalgas Coloradas, el Ahogado, Elodie y el Chófer son algunos de los personajes que pueden interpretarse. Existen, no obstante, muchos más. Como el masajista vicioso, que recibe bofetadas cuando se aproxima al sexo prohibido. O el lacayo con clase. O el hombre que desea que le humillen y al que llamaremos «Bolsa de Basura» o «Handy Bag», y le diremos durante horas, para su disfrute, que no es más que eso, una bolsa de basura. Por otro lado, muchos hombres se identifican con la mujer.

Están las sirvientas como Conchita, muy meticulosa, que es más doncella personal que mujer de la limpieza y que, encantada de la vida, viene muchas veces, ataviada incluso con compresas para la regla, a limpiar mi casa.

No todos quieren vivir su feminidad de la misma manera. A muchos les gusta ir groseramente maquillados, ridículos. De ese modo

se sienten aún más humillados, a la vez que degradan la imagen de la mujer.

Otros quieren verse como mujeres distinguidas, pudorosas y beatas. Entonces se monta el espectáculo a las puertas de una escuela privada, cerca de la Rue de la Pompe. La señora «Elena-María de la Torre Inclínada» espera a su hija. La corteja «Gonzague», el padre de una amiga de su hija. Muy esnob ella, no se deja seducir a pesar del galanteo desenfadado y los suntuosos regalos de Gonzague: la señora Elena-María de la Torre Inclínada no se deja conmover. Mujer de mundo, viste de manera estereotipada y lleva una falda plisada de franela, un jersey de cuello alto de cachemir azul marino, pañuelo Hermès, un collar de perlas, diadema en el cabello, mocasines Céline... Elena-María acabará perdiendo su dignidad a la salida de misa. No podrá oponer resistencia. Será violada, enculada como una puta, en el pasillo de un edificio, por el ama, quien irá armada de un cinturón-consolador. Se convertirá en una mujer pública y entrará a formar parte del grupo de las descarriadas. Podrá seguir haciendo de puta a condición de ser siempre castigada. «La culpabilidad es lo que vuelve inocente aquello que se suponía que tenía que hacer expiar; el castigo es lo que hace permisible lo que supuestamente sancionaba»^[21].

«Ericka» venía de noche a la tienda. Era una cliente muy burguesa; se probaba prendas de la talla cuarenta y cuatro y se iba con un guardarropa entero de la talla treinta y ocho. «Carmen», otra puta macho fetichista, encargaba trajes de látex en Ectomorph, en Londres, o unas botas de Skín Two, un corsé victoriano de raso en Victoria's Dream, o de látex en Demask u otros

complementos en la tienda Minuit de Bruselas... La puta macho que aspira a ser elegante y sexy venera a la mujer. A veces se sentirá demasiado masculina para llevar una peluca escandalosamente femenina. Preferirá engominarse el pelo para parecerse más a un andrógino que a un travesti poco creíble. La fulana macho despilfarrará fortunas, llevará pantuflas de satén, con adornos de estrás y talones vertiginosos, y guantes de piel hasta más arriba de los codos. Se cuidará muy bien de que su indumentaria de perra hetaira sea perfecta.

Otro masoquista, algo menos femenino que los demás, me cuenta su historia:

«De adolescente era alto, de complexión atlética (hoy es un jugador de rugby). Mis padres tenían una amiga de unos cuarenta años. Se trataba de una mujer muy guapa, altanera y arisca, a la que yo no conseguía clasificar. Un día mi padre me pidió que fuera a ayudarla a mover un armario. Yo me negué, pero él me obligó. Cuando llegué a su casa, furioso y arrogante, ella me abofeteó con ambas manos. Se desabrochó la blusa camisera y mostró sus grandes senos: abundantes, pesados, maternales. Llevaba una combinación de seda negra bordada. En los pies, zapatos con tacones de aguja muy altos. Unas medias negras con costura ceñían sus piernas, finas y torneadas. Tenía una mirada abrasadora. Una Carmen furiosa, de labios temblorosos, me dijo: “¿El señor quiere jugar a los chulos? ¿A los gallitos? ¡Veamos de qué eres capaz! Tu polla tendrá que satisfacer mi deseo”. Me *obligó* a hacerle el amor. No opuse resistencia. Me arrojó a su lecho con baldaquín y me ató en cruz con unos

cales de seda. Me violó. Los labios de su coño estaban calientes. Se engullían mí polla. Yo temblaba y gritaba.

»Era la primera vez. Lamentablemente, me lo hizo pagar muy Caro. Para poder repetirlo, tuve que convertirme en su esclavo. Me ataba sin tocarme, burlándose de mí. Me obligaba a servirla y obedecerla en presencia de sus amigas. Me convirtió en su víctima. Y cada vez que mis esperanzas de volver a ser su perra sexual renacían, ella me ataba y pegaba su sexo al mío, prohibiéndome cualquier intento de penetración. Paseaba su sexo rozándome astutamente el glande. Me mostraba su maravilloso culo de mujer madura, pero siempre fuera de mí alcance. Yo le suplicaba. Me miraba con frialdad, se levantaba y volvía a darme órdenes. Me obligaba a servirle de bandeja para su desayuno. Yo la lavaba, le daba masajes. Se portaba injustamente conmigo: incluso cuando mi trabajo era impecable, me castigaba fustigándome, frustrando mi sexualidad, tratándome de inútil y de perro. ¡Me había convertido en algo peor que un criado! Me colocaba un collar y me obligaba a ladrar».

«John» ha vivido en carne propia la historia de *Justine*, de Sade. Debe de rondar los sesenta años. De origen inglés, aspecto un tanto teatral, muy alto, ojos metálicos y pelo cano; posee cierta nobleza.

«Ama cuando yo era una pobre niña inmaculada, con apenas catorce años, mancillaron mi cuerpo unos violadores, unos seres perversos, y varias veces, ¡Dios mío! Al perder mi virginidad a manos de esos tipos repugnantes y malvados, me

convertí en una pobre muchacha deshonrada, en una perdida. Entregada al ama Linda, esta acabó de pervertirme obligándome a lamer, uno tras otro, a sus esclavos. Atada y prisionera durante hace años en casa del ama Linda, me enculaban a su antojo.

»Mire, el otro día, cuando me dirigía a Suiza en tren, yo, Johanna, una joven inglesa alojada en casa de una familia para cuidar de los niños, amante de la bondad y de la virtud, pedí al revisor que me encerrara en los lavabos. Y él avisó a los viajeros. Resulta espantoso que te traten así cuando se es pura. ¡Todos me abrieron el culo! Uno sujetaba mis nalgas de tierna adolescente casi virgen mientras otro me penetraba. Johanna se siente triste y preocupada, Ama, por haber sido profanada por esos torturadores. ¡Ama, tenga paciencia! ¡Escuche y comprenda todos los infortunios de la pobre Johanna!».

John se identifica con una víctima imaginaria del sadismo, pero es él el único dueño de su fantasía masoquista. La protagonista de la *Justine* de Sade describe con voluptuosidad los malos tratos de que es víctima. Experimenta el placer paradójico de la víctima del sadismo (el placer en el dolor), lo cual nada tiene en común con el masoquismo: a diferencia de John, Justine no dirige a sus verdugos.

El personaje más delirante me lo contó un amigo, redactor de una revista especializada de Palm Springs, *Domination Directory International*. Conoce a las dominadoras más famosas del mundo entero. Una amiga inglesa, «Nadine», que ejercía en los años setenta, tenía un cliente que se

presentaba regularmente en su casa para representar la escena siguiente.

Llamaba a la puerta y, mientras esperaba a Nadine, su dominadora, se sentaba en el suelo, juntaba las rodillas contra el pecho y pegaba los codos a las mejillas...

El ama Nadine abría la puerta y exclamaba:

—¡Vaya! Me han traído el «pavo» de Navidad. Agarraba a su cliente por los pelos, por la parte de la nuca, y lo arrastraba a la cocina, donde le introducía una ristra de bolas en el ano y otra en la boca del «pavo». Colocaba unas ramitas de tomillo bajo los sobacos, y dientes de ajo en las orejas y en la nariz. Después lo ataba.

Se había construido él mismo un horno, adecuado a su tamaño, con un plato de ducha de plástico y tres paneles de plexiglás. Mediante unos mandos se regulaba la temperatura e iluminación interior. Una vez el «pavo» se hallaba dentro, su ama tenía que pasar una y otra vez por delante del horno, ataviada con botas de charol, tacones de aguja y *body* de cuero, pero sin perder nunca el aire marujón de un ama de casa que prepara la cena.

Él podía oír los ruidos: el del cuchillo, la batidora, las idas y venidas, el agua del grifo, etc. Ella abría el horno de vez en cuando, pinchaba con la punta del cuchillo para vigilar el punto de cocción, recogía la salsa del fondo de la cubeta con un cucharón enorme y rociaba el «pavo» asado para que estuviera más jugoso.

Cuando parecía ya en su punto, el ama ponía la mesa, sacaba el asado del horno, y lo preparaba junto con ensalada, arroz y otros acompañamientos. Invitaba a sus amigas, y todo se desarrollaba con la mayor seriedad...

—¡Nadine! —exclamaba una amiga—, ¡a tu

asado le faltan unos cinco minutos de cocción!

—¡Vuelve a meterlo en el horno! —añadía otra. Mientras acababa de asarse, ellas intercambiaban recetas de cocina. Por fin Nadine, armada con un enorme cuchillo y un tenedor, simulaba el trinchamiento. En ese instante, el ave eyaculaba...

Puede darse también el caso de que el hombre masoquista no sea muy explícito, sino del todo hermético. El arte de un ama consiste en no equivocarse jamás. No azotar a la señora De la Torre Inclinada, pues no lo soportaría. No obligar a Mozart o a la Hetaira a ladrar. No ahogar a Strip-Poker. No disfrazar de mujer a Impermeable Negro. No escupirle a Matrícula 4501 en la cara.

Al universo del sueño masoquista sólo se accede a través de unas claves invisibles, y el Ama debe saber detenerse en el límite extremo. Un error resulta fatal para su reputación.

Sevicias de Urgencia

«Mi pseudónimo es “Tina Domina”. Mi gusto por este tipo de relaciones tardó en manifestarse; lo descubrí cuando dejé mi trabajo de enfermera. Los episodios que viví en la nueva situación me llevaron a relacionarlos con las escenas que había visto en el hospital, cuyo alcance sadomasoquista no había llegado a captar del todo en su momento.

»Yo formaba parte de aquellos a quienes se confiere un poder, por mi pertenencia a la institución y el hecho de llevar uniforme. Tenía el poder de aliviar, a tiempo o no, el poder de realizar un gesto doloroso o humillante, y mi irrupción en una habitación provocaba siempre cierta tensión. Espera, angustia, deseo mezclado de temor... Mis pacientes me apreciaban porque no abusaba de ese poder en un sentido negativo. Lo sabían y por ello me respetaban.

»Comprendo ahora que algunos pacientes buscaran ese abuso de poder, bien exagerando su dependencia, bien agravando sus males, o incluso mediante la agresión verbal. Otros se provocaban la enfermedad, voluntariamente o no, conscientemente o no, a fin de verse sumidos en un universo que, por el ocultismo que le rodea, excitaba su fantasía. Guardo, a este respecto, algunos recuerdos impresionantes.

»Siendo una jovencísima estudiante de enfermería, atendí una noche en Urgencias a un joven: venía de una fiesta y pretendía haberse sentado, sin darse cuenta, encima de un salchichón (que, como todo el mundo sabe, es algo que se sostiene de pie por si solo), y este, el muy descarado, se le había introducido en su anatomía íntima. Yo no conseguía extraérselo. Eran las dos de la noche. El caballero se contoneaba en el pasillo, suplicando que le liberaran de aquella intrusión que, según decía, le provocaba terribles dolores.

»De modo que me vi obligada a llamar a un médico interno, que contestó refunfuñando porque acababa de sacarlo de su primer y tardío sueño. Farfullo, muerta de vergüenza, la versión del paciente, y me llueven los insultos del médico que, convencido de que se trata de una broma, me deja con la palabra en la boca. Le llamo de nuevo e insisto. Instantes después trasladan al paciente a la sala de rectoscopia, le descubren el trasero y le meten el aparato óptico por el ano. Con el ojo pegado al visor, nuestro interno busca con aplicación el objeto del deseo y del delito. El paciente da grititos:

»—Uy, me hace daño, doctor.

»El médico, furioso por verse metido en esta caza nocturna de salchichones sodomitas, masculla:

»—Oiga, le sacaremos el asunto, pero deje ya de tomarnos por imbéciles con su historia del asiento lleno de trampas, ¡llamemos a las cosas por su nombre!

—Si, doctor. Gracias, doctor. ¡Ay, ay, ay, qué gusto, doctor!

»—¡Cállese! —le ordena el doctor, definitivamente fuera de sus casillas—. ¡Ya lo

tengo! Bien, enfermera, pásame las pinzas y la riñonera. —Y masculla entre dientes—: ¡El muy imbécil habría podido dejar el cordel del lado bueno! —Al cabo de unos minutos, concluye—: ¡Al fin! Ya salió el embutido con veleidades priápicas...

»El paciente, muy digno, se levanta y se va, sin dejar de contonearse, dejándome boquiabierto.

»Con el tiempo, esos cuerpos extraños interrectales fueron objetos cada vez menos sorprendentes, salvo la vez en que se trató de bombillas eléctricas y la presión muscular del recto las había hecho estallar.

»Las historias extravagantes como las anteriores suelen ocurrir de noche.

»Una noche se presenta un hombre de unos treinta años con todos los síntomas de una grave infección urinaria, que se extiende hasta los riñones: sangre y pus en la orina, fiebre muy alta. Se le practican todo tipo de exámenes, incluido, claro está, una radiografía de abdomen. El radiólogo, sumido en la perplejidad más absoluta, nos llama por el teléfono interior.

»—No entiendo lo que ocurre —dice—, jamás he visto una imagen igual. He repetido la radiografía, creyendo que había salido mal, pero he obtenido la misma imagen, así que ahora ordeno que os las suban.

»El interno estudia las radiografías. Cuatro personas nos apretujamos ante la maldita pantalla. Se ven unos granulados blancos en toda la zona correspondiente a la vejiga. Deducimos que esos granulados son opacos a los rayos X. Pero ¿qué son?

»Llaman a un jefe de servicio, y luego a otro.

No coinciden en ningún diagnóstico válido. Bajan al paciente, muy débil, al quirófano. En primer lugar, una endoscopia: en efecto, se trata de unos pequeños puntos, de aspecto negro y metálico, unidos entre sí por un hilo brillante.

»Los médicos, ante la imposibilidad de atrapar el hilo, deciden abrir. Y entonces, de la vejiga el cirujano saca, estupefacto, cinco metros de hilo de pescar, por lo visto introducido pacientemente mediante una extrañísima sonda vesical.

»¿Se le había escapado sin querer el extremo del hilo? ¿O bien el hombre pensaba conservar impunemente en su interior ese cuerpo extraño? El caso es que hasta ese momento no se había quejado, pero la terrible infección le obligó a recordar que hay orificios y cavidades que es recomendable que estén vacíos. Fue imposible averiguar qué reflexión le había llevado a infligirse tamaño autocastigo.

»Extraño también resulta el caso de aquel masturbador empedernido que se presenta —como siempre ocurre, en plena noche— con la verga ensangrentada, llena de edemas y manchas negruzcas, groseramente envuelta en un pañuelo bastante sucio, y confesando, contrariado, que la ha metido en el tubo del aspirador. Se ha destrozado el prepucio, y la herida tiene muy mal aspecto.

»Fue intervenido inmediatamente, y al despertar le visitó el cirujano, que había realizado un trabajo de encajera. El paciente sabía que no debía tocar, bajo ningún concepto, el vendaje, y menos aún la verga. A última hora de la mañana, llama, y, empapado en sangre, se explica a la enfermera que acudió: había querido comprobar si

la “cosa” le seguía funcionando. Con sus impuros actos, había hecho saltar todos los puntos de sutura, estallar los vasos sanguíneos, y puesto de nuevo al quirófano en estado de urgencia.

»Hubo que administrarle potentes sedantes durante cuarenta y ocho horas a fin de apaciguar sus ardores onanistas y darle tiempo a que comprendiera que debía dejarlo cicatrizar. Las enfermeras, hartas de que deshiciera, uno tras otro, todos los vendajes, acabaron por maniatarle durante la noche.

»El colmo de la utilización perversa de la estructura hospitalaria nos lo ofreció un pseudopaciente que conocía la existencia y las costumbres de los servicios privados de un hospital público. En efecto, con frecuencia el director del hospital, de acuerdo con un médico de la ciudad, ingresa en Urgencias a un paciente en una de las camas privadas que, agrupadas en pequeñas unidades, no entran en el circuito de los pacientes del sector público.

»Cierta noche, un hombre que dijo ser médico telefoneó avisando que enviaba inmediatamente a un paciente suyo para ser hospitalizado en la zona privada del doctor X. Recogió la llamada una vieja enfermera bastante arisca, aunque casada y madre de familia, y a punto de jubilarse, que durante las guardias solía leer novelas de la Bibliothèque Harlequin (serie blanca) o tejía prendas de punto para sus nietos. Sustituía a la supervisora de noche, ausente por vacaciones, y se sentía muy orgullosa. Su ayudante era una buena mujer de unos cuarenta años, abandonada por un marido infiel, que educaba en solitario a sus tres hijos y alimentaba hacia el género masculino un rencor

bastante desmesurado pero ligado, según decía, a las “jugarretas del canalla de su marido”. De ninguna de las dos podía decirse que fuera una belleza. Eran sin embargo concienzudas y sacrificadas, con unas ideas muy claras, casi preconcebidas, sobre la vida y sobre su función y lugar en el equipo de asistencia.

»Así pues, la responsable, Suzette, recibe la llamada telefónica y anota la prescripción del médico. El paciente se presenta. Suzette, no muy enterada de los trámites administrativos, y de acuerdo con la recomendación del doctor Z, no lo hace pasar por el servicio de ingresos (primer error). Lo instala en una cama y sigue escrupulosamente las instrucciones del doctor Z, que había concluido diciendo: “Y no se ande con miramientos con él, es un paciente recalcitrante. Hay que operarle mañana”. Por tanto, tiene que afeitarlo: sexo, testículos, ano... y colocarle una sonda vesical y una sonda rectal. ¿Para qué, bien pensado, una sonda rectal? Suzette no se cuestiona nada.

»Prepara el material, afeita al paciente asistida por su ayudante, y no se asombra demasiado de la palpable erección del tipo. Ya ha visto cosas parecidas. En el momento en que introduce la sonda rectal, el semen sale disparado del sexo, ahora imberbe, y les pringa las manos y el pelo. Suzette, molesta pero mártir del deber, se lava las manos e introduce después la sonda en la vejiga.

»Ambas, al salir de la habitación, cuentan, escandalizadas, que el paciente se ha corrido. “Qué marrano, ¿verdad?”. Las enfermeras más jóvenes se ríen de ellas y les dicen que no se quejen, pues no debe de ocurrirles eso con excesiva frecuencia. El asunto queda casi olvidado en la sucesión de curas, llamadas y cafés en esas

noches eternas de guardia.

»A las cuatro de la mañana, el paciente suplica que le dejen salir unos minutos para ir a buscar unos papeles que ha olvidado en el coche. Le colocan unas pinzas en las sondas; se viste y sale. No vuelven a verle el pelo.

»A las seis de la mañana, Suzette tiene que reconocer que ha sido víctima de un bromista que se ha hecho pasar por el doctor Z, que se ha prescrito a sí mismo un tratamiento acorde con su fantasía y ha tenido la desfachatez de hacerse realizar gratis una sesión de dominación muy especial por unas madres de familia más bien gazmoñas (Suzette y su amiga pertenecen a la Federación de las Familias Francesas, una asociación que lucha contra la pornografía).

»Suzette, muerta de vergüenza, roza el infarto cuando a las siete de la mañana, al bajar a los vestuarios, descubre su taquilla llena de pintadas obscenas, representándola dotada de un enorme falo. “Suzette, enculadora de primera, recibe de las once de la noche a las siete de la mañana en el servicio del doctor X”.

»Se tomó dos semanas de baja por enfermedad».

Sus mujeres

Se preguntarán cómo son sus esposas. Pero ustedes, las señoras que me leen, ¿se imaginan a sus maridos con un corsé victoriano, peluca, medias y tacones de aguja?

No, está claro que él no; eso sólo les ocurre a los demás. Sin embargo, algunos de mis clientes vienen con el permiso de sus mujeres. Incluso a veces son ellas las que me piden que reciba a su marido. ¿Asombroso? No, una espléndida prueba de amor y comprensión.

Una de ellas me escribe:

«Mi querida Françoise,

»Tuvimos entre nosotros a Victoria el 13 de julio; parecía estar en forma, lo que nos complació. Nos contó que estaba usted desbordada. Confiamos en que con este tiempo estival haya podido relajarse un poco y salir de vacaciones a fin de terminar a tiempo su libro. Descanse, pues. He intentado escribirle antes en el *minitel*, pero dio la casualidad de que las dos veces había una avería en la red.

»Con respecto a nuestras fantasías íntimas, he pensado que a Conchita (su marido) le encantaría tener un capirote. ¿Podría recomendarme alguna tienda? Déjeme una respuesta en mi buzón

telemático, en el 3615 MISSM, pero no se lo cuente a Conchita. Me gustaría que fuera una sorpresa.

»Por ahora, Conchita se ha quedado en Asnières, soñando con unos fines de semana a solas en los que pueda vivir exclusivamente y a sus anchas como mujer, y en el mes de agosto, en que estaremos juntos los dos.

»Yo creía que al envejecer, con los hijos ya mayores, a Conchita le fatigaría el tener que asumir dos personalidades. No obstante, no ocurre nada de eso, y, con el tiempo, preveo que más bien sucederá lo contrario. Pero, a fin de cuentas, es el detallito necesario para mantener en nuestra pareja, al cabo de veinte años, la pasión de los inicios. Resulta divertido, y rompe la desequilibrante y fastidiosa rutina cotidiana.

»Una vez más, le doy las gracias por su ayuda y su complicidad, tan preciada, que permiten que Conchita viva su condición de mujer en su casa, Françoise, cuando no puede vivirla en la nuestra. Y renuevo mi confianza en usted.

»Sean cuales sean sus planes para este verano, le deseo que pase unas buenas vacaciones.

»Un abrazo muy cordial,

»Marie-Claude».

Marie-Claude y Conchita son cristianos practicantes, llevan una vida ejemplar, y tienen unos hijos bien educados y muy disciplinados. Son felices, porque el amor que Marie-Claude profesa hacia su familia le ha permitido comprender sin juzgar y seguir amando; más aún: no cesa de procurar el mayor número de alegrías posibles a alguien que también es su marido.

Una mujer me llamó un día desde Bélgica:

—Sólo usted puede ayudarme, le suplico que me reciba. Vivo en Bruselas; deme una cita, e iré a verla.

Desconfiada, la cité para el día siguiente al pie de mi casa, y le pedí que al llegar me llamara por teléfono desde el café más próximo.

El teléfono sonó a la hora exacta. Bajé a esperarla a la calle. Después de comprobar que no se trataba de una de esas trampas ridículas del *minitel*, la invité a subir. Por su aspecto, parecía una buena madre de familia, algo entradita en carnes.

—Señora —me dijo—, quiero a mi marido, pero ya no tengo relaciones sexuales con él. Se niega, me dice que sólo querrá tenerlas el día en que yo sea capaz de dominarle. ¿Qué debo hacer? Tengo miedo de perderle.

En vista de que era sincera, intenté ayudarla lo mejor que pude. Al despedirse, me preguntó cuánto me debía por la consulta.

—Nada, evidentemente —y cerré la puerta tras ella, entre sorprendida y divertida. Ya sé a qué me dedicaré cuando sea una anciana: pondré un «Consultorio de relaciones masoquistas».

Juliette

«Hablarles de mi masoquismo es hablarles de los recuerdos de bulimia alternados con periodos de anorexia en los que me excedía, modificaba y afeaba mi cuerpo a mi capricho, sufría en mi mente tanto como en mi culo, y después esos goces exquisitos que experimentaba al dar a luz, dolores de parto intensos, desgarramientos sublimes y estallido cerebral; el ginecólogo, presa del pánico, me decía: “¡Pero usted es masoquista!”.

»No hace mucho sentí la necesidad de flirtear con la muerte: alcohol acompañado de fuertes barbitúricos para participar en una sesión de ruleta rusa, y reaparición, al cabo de treinta horas de coma, decepcionada por no haber sufrido y sentirme muy bien.

»Leí a Sade a los quince años. Yo era Justine; lo acataba todo, siempre en busca de las torturas más crueles: el progreso ha favorecido esta búsqueda desenfadada de sufrimientos. Me faltaba encontrar a mi verdugo. Descubrí el *minitel*, en concreto una mensajería *sadomaso* en la que por fin podía mostrar abiertamente mi extraña sexualidad sin temor a ser juzgada.

»Vivo en una gran ciudad del sudoeste, disfruto de una situación más que respetable en el terreno

de la paramedicina, me dedico a los niños “con problemas”, y por la noche necesito desahogarme.

»En esa época pasaba veladas enteras con dicha mensajería y, después de mucho buscar, y de un encuentro decepcionante, descubrí un día, carteándome en el *minitel*, a un hombre excepcional. No tardamos en hablamos por teléfono. ¡Yo estaba deslumbrada! Ese hombre era el Diablo en persona. Enseguida me subyugó. El Diablo con la voz de Dios. Más de una vez imaginé que, si Dios tuviera que dirigirse a mí, lo haría con su voz.

»Congeniamos de inmediato. Nada sabía de él, yo utilizaba un nombre falso, y él no me había dado su número de teléfono; también ignoraba dónde vivía. Él me daría órdenes y yo obedecería.

»Comenzamos con mucha suavidad. Con cera caliente. La cera se deslizaba por mis senos, a lo largo de mi espalda. Me ordenaba que me aplicara la cera en las partes más íntimas. Yo sufría y me corría; le obedecía. Había encontrado al fin a mi amo, a mi verdugo. Este era cada vez más exigente, y sólo la esperanza en un futuro encuentro con él me daba fuerzas para seguir viviendo.

»Pasábamos dos o tres horas al teléfono. Me ordenaba que me flagelara. Yo ponía en ello todo mi ardor, todo mi ímpetu. Mi cuerpo se llenó de magulladuras, de morados, de venas reventadas; mis senos estaban tirantes y doloridos. Era feliz. Después colgaba y volvía a sentirme sola, angustiada, frustrada.

»Me despreciaba a mí misma, me sentía sucia, pero le necesitaba. Era mi droga, mi razón de vivir. La pasión me devoraba. Todo cuanto buscaba era él. Y él mandaba sin alzar jamás la voz; yo era su objeto, su juguete, su marioneta.

¡Parece imposible tirar de los hilos a seiscientos kilómetros de distancia! Pero yo estaba sola, desesperadamente sola. Me sentí una basura, una perra sarnosa y lúbrica, y me hundí de nuevo.

»Él tenía un lado vulnerable que me enternecía. Yo, a mi vez, necesitaba ser consolada, tranquilizada. ¡Pues él no lo hacía jamás! A veces podía tenerme varios días, cuando no varios meses, sin dar señales de vida, y yo me volvía loca. No tenía modo alguno de ponerme en contacto con él. Entonces bebía, y los despertares eran dolorosos, sólo pensaba en él, en nuestros juegos. ¡Y nadie a quien confiarme! Me sentía muy desgraciada. Después reaparecía: “Buenos días, ¿cómo estás?”. Y de nuevo le pertenecía. Mi emoción saltaba a la vista. Él se aprovechaba, abusaba de ella.

»Un día yo tenía que ir a París; se lo dije, y él accedió a verme. Quedamos citados en el bar de un hotel de lujo. Durante el viaje en tren me sentí excitada y nerviosa. Atravesé París corriendo y no le esperé en el bar, sino bajo la lluvia. ¡Dos horas esperé! No se presentó. Me convertí en un andrajo, una pobre mujer herida, carente de voluntad.

»A mi vuelta, me aguardaba un mensaje de una extrema dulzura. Se disculpaba. Yo, hechizada, deslumbrada y llena de pasión, lo entendí y le perdoné. A mí sólo me importaba su placer.

»Todavía me llevó más lejos. Deseaba escuchar el rumor de mi orina en una palangana. Yo, delante del espejo, bajaba los ojos para no ver aquel monstruo, mitad mujer, mitad animal.

»Ignoro aún quién es ese hombre. Un buen día desapareció definitivamente, sin despedirse. Desacostumbrada, mi alma sufre, mi corazón sufre, mis sentidos sufren. Quiso vincularme a él para siempre. Lo consiguió. Ningún hombre me

dará nunca lo que él me dio, ese goce extremo, la erotización completa de la relación...

»La vida continúa. Necesito el látigo, necesito la fusta. Necesito que me peguen para existir. Ya no se trata de implicarme por entero en una pasión destructora, sino de admirar a alguien, como me ha ocurrido estos últimos días, al conocer a dos dominadoras, el ama Françoise y el ama Mir, salidas directamente de los cómics, dominadoras en cuero y látex, que pertenecen a esa clase de mujeres irreales a las que se añade un decorado de sueño. Estas mujeres, y precisamente porque son mujeres, han sabido, mediante su poder y su saber, reconciliar mi alma magullada con mi cuerpo adormilado».

Agathe

Agathe es una mujer arquitecto y tiene temperamento de artista. Está divorciada, tiene un niño. Su exmarido había intentado destruirla. Anulada, Agathe había acabado por encontrarse vieja y fea:

«En una fiesta me presentaron a un hombre que me propuso unas sesiones, sin continuidad, pagándome. Al principio no podía creérmelo: la cantidad me parecía elevadísima, habida cuenta del placer que yo podía obtener.

»Pasar a la acción se me antojaba de lo más excitante. Me propuso la siguiente historia: él se detiene al pie de mi casa, yo lo atraigo abiertamente, como una puta, y le propongo un acto sexual tradicional; le pido cierta cantidad, él me la da, y me lleva a su casa.

»Acepté, seducida por su plan. De camino a su casa, mientras conducía, me miraba con severidad. Después rompió el silencio:

«—Yo no soy un cliente normal, soy un poli... Voy a hacerte una proposición: o te llevo a la comisaría y te denunció por prostitución en la vía pública (cosa que, dada tu vida social, supongo que te acarrearía bastantes problemas), o te azoto, como antes se hacía con las rameras como tú.

»El contrato se había cerrado con la aceptación del látigo. Para cuando llegamos al lugar del suplicio, yo ya había sucumbido.

»Me vi con ese hombre en varias ocasiones. El dinero que me daba me curó: dejé de sentirme vieja y fea. De todos modos, la idea de vivir con él me resultaba inconcebible.

»Cuando salía de mi estupor, observaba la casa donde él vivía. Sobre la repisa de la chimenea descansaban recuerdos de las provincias francesas, desde muñecas con trajes regionales hasta un plato bretón cubierto de conchas. Tenía un bar de madera contrachapada con cristales corredizos cerrados con llave. El parquet era de mosaico de pino encerado. A la entrada de lo que denominaba su chalet, había unas pantuflas sobre las que se suponía que yo debía caminar. Los muebles, de estilo rústico, eran nuevos, y todos estaban alzados sobre el suelo para que, según decía, resultara más sencillo limpiarlo. El cubrecama era de un satén acolchado de color dorado. En la mesita de noche podía verse la foto de boda de sus padres, junto a unas flores artificiales. En el jardín, por el que fluía un falso arroyo, había un pequeño molino y unos enanos.

»Se me ponía la carne de gallina. Pero durante las sesiones olvidaba todo eso. Tras atarme a una columna, él me rasgaba el traje y me azotaba. Luego me soltaba y me penetraba. “¡Prohibido disfrutar! Una esclava no debe sentir placer”, decía.

»Yo procuraba que él no se diera cuenta de que yo gozaba. Después, al vestirme, me contemplaba el cuerpo tumefacto, la piel amoratada, con marcas de latigazos por todas partes, desde los omóplatos hasta el pliegue de las nalgas.

»Soñaba en secreto con un hombre al que

perteneciera en cuerpo y alma y que fuera mi verdugo. No me avergüenza decir que soy masoquista, pero lo oculto: mi futuro amo no debe conocer mi posición profesional. Me niego a que un amo fanfarrón venga a verme con la intención de conquistar a una mujer dominante.

»Sólo he interesado a los hombres que no me interesaban; los demás huían. Toda mujer tiene derecho a un masoquismo digno; no tiene por qué aceptar degradarse. No me siento amargada ni decepcionada. Me limito a constatarlo. He conseguido a todos los hombres que he querido, siempre que me privara de mi placer de amar.

»A veces rememoro vívidamente las escenas en las que, con los pies y las muñecas atadas, unas manos sensuales me trataban brutalmente mientras la mejilla del verdugo, el hombre al que yo amaba, reposaba con infinita ternura sobre mi rodilla, y sus labios cálidos me tranquilizaban con un beso en el muslo, última prueba de su amor, antes de que, arreciando su ferocidad, desgarrara, impusiera, obligara, azotara. Después, con los senos pinzados y estirados, soportando en cada pezón pesos de cuatrocientos, quinientos, seiscientos gramos y más, una mano de escamas metálicas, los dedos enfundados en tejidos plateados, rozaba y acariciaba mis senos doloridos y, en cualquier instante, podía hacerme daño. En ese suspense, en esa angustia entreverada de un deseo que no tenemos derecho a formular, se alcanza un estado casi místico.

»En esos instantes, si he amado. Y me he hecho quebrar y moler, mi cuerpo ha sido inmolado y mi alma ha ardido, cual antorcha viviente, hasta carbonizarse. He gritado mi desesperación. He

vivido bañada en sangre. Llaga viva para siempre jamás. Vieja historia esta, en la que no hay amo, ni ama, ni esclavo, sino dos individuos semejantes y enfrentados por su sexo y su carácter. Si Dios Padre nos ha creado para que nos peleemos y odiemos, y no para que nos amemos, no cabe duda de que es la divinidad más sádica que pueda uno imaginarse.

»Ya desde mi primer encuentro con “el Broncas” me sentí irresistiblemente atraída. Era fornido, viril, sensual. Tenía el pelo cano, unos cuarenta y cinco años y aspecto de dominador. Jamás había mantenido relaciones sadomasoquistas y quería que le iniciaran.

»Mantuvimos correspondencia en el *minitel*. Yo le mandaba mensajes de iniciación. No tenía compromisos, estaba divorciado.

»Una noche, por teléfono, bastante bebido, me dijo:

»—Es probable que te pida que rompas con todo salvo conmigo. Te quiero sólo para mí, en una vida de pareja, fiel. No podría soportar otra cosa.

»*In vino veritas*? No hice ningún comentario. Me sentía conmovida, muy atraída. Íbamos a pasar un largo fin de semana juntos. Sin embargo, pocos días después unos imprevistos le impidieron verme. ¿Qué rondaba por su cabeza?

»—Tengo problemas con una joven, mi última relación, pero resolveré el problema. En cualquier caso, pasaré el fin de semana con una de las dos, tú o ella.

»—¿Por qué no con las dos? Jamás has vivido del todo con ella. No veo dónde está el problema, aprenderíamos a conocernos.

»—No puedo.

»Aparecía y desaparecía constantemente. Se lo conté todo a una amiga, que me aconsejó:

»—Escúchame, Agathe, esos tipos no están en la misma onda que nosotras. Para seducirlos tienes que fingir que eres tonta. Si no, se mueren de miedo.

»—Demasiado tarde.

»—Si quieres que te peguen, búscate uno menos fanfarrón. Los fanfarrones temen por sus cojones, dado que se supone que los tienen. ¡Son unos maricas reprimidos! Jamás pegan para jugar. Pegar les da la sensación de que existen.

»—¡Bah!, exageras.

»—No, en serio, ¡no hay nada como un masoquista que se sienta cómodo en su piel para dominarte como tú quieres! Ellos, por lo menos, tienen su problema controlado.

»—De acuerdo, pero esos hombres tan masculinos, cargados de esa violencia muda, son muy excitantes. Tienen cierta vena sádica.

»—Si, pero eso no tiene nada que ver con el sadismo. Es pura y simple agresión. Están convencidos de que son viriles porque tienen músculos y una trabajada cara de guapos maduros. Están seguros de imponerse. Creen que cualquier mujer tiene que correrse delante de ellos. Primero, porque al verlo ellas se excitan; segundo, porque les entra ese canguelo que provoca el respeto al macho. Y tú y yo hace mucho que sabemos que la fuerza está en otro lugar. Si les dices: “Pégame”, los castras, preciosa. Tienen miedo, miedo de propasarse. Se sienten desbordados por una petición que no acaban de entender. Y se esfuman. Si no me crees, pillá a un chulo, uno de veras, de esos que sacuden a las pobres putas; sin que él te pida nada, dile, nerviosa: “Amo, voy a hacer la

calle por usted”, y entrégale dinero, muy sumisa, sin que él te haya obligado: no aguanta ni ocho días.

»El Broncas me llamó de nuevo: se había mudado y quería verme. Después me confesó que tenía problemas de dinero. Me quedé mirándolo: él había dejado de ser el amo, yo me había convertido en el carcelero. ¿Se atrevería? Se atrevió.

»—¿Podrías prestarme veinte mil o treinta mil francos?

»El amo quería hacer de puta y llevaba puesto su ligero apolillado.

»Estas aventuras me han hecho reflexionar. La prostitución a la que me he entregado, sin necesidad real y sin que nadie me presionara, me ha hecho crecer. Entendí hasta qué punto los hombres que no deseamos nos veneran muchas veces, y nos odian otras. Entendí la razón del tabú y del desprecio hacia la prostitución en una sociedad dominada por la figura del Padre. ¡Imaginaos por un instante que, de la noche a la mañana, todas las mujeres se volvieran fulanas! Todo se derrumbaría: el hombre, salvo el homosexual, se convertiría en esclavo de la mujer. Así que, para garantizar su dominio, el hombre culpabiliza a la puta. Las más débiles de ellas, convencidas de su abyección, buscan un protector: el sapo inmundo, el proxeneta».

Satis

¿Qué podría decir de «Satis»? Lo mejor será reproducir uno de sus textos.

«Masturbaos, hermanos, pues voy a describiros un cuerpo de masoquista. Es un cuerpo siempre marcado, un cuerpo abierto a todo, un cuerpo desviado de sus funciones habituales, un cuerpo dúctil, resbaladizo, ceñido en látex, estrangulado por corsés, mordido por el látigo, estirado por las cadenas, penetrado por consoladores, por sexos, por manos, un cuerpo sudoroso, sangrante a veces, pero un cuerpo glorioso. Porque en este equilibrio excepcional entre el sufrimiento y el placer es donde la conciencia de ese cuerpo se ahonda; en este vaivén inolvidable se da ese estado de conciencia en el que ya no hay amo ni esclavo, dominante ni sumiso, sino una inmensa soledad y el tremendo orgullo de haber podido, de haber osado ir tan lejos, de haberse atrevido a llevar el cuerpo, cual dócil animal agradecido, más allá de las fronteras de lo soportable.

»Vamos, pequeñas sumisas, dejad de preguntaros si sois o no masoquistas. Cuando alguien es masoquista, lo sabe, lo vive y a veces llora por ello. Pues quien ha conocido esos estados

de éxtasis jamás volverá a ser el de antes, jamás quedará saciado con otros placeres, por parecidos que sean, ni con las falsas apariencias; nunca dejará de buscar, siempre se sentirá hambriento, siempre dividido entre la repugnancia hacia sí mismo y el orgullo, entre el odio y la gratitud hacia el que se halla con él, hacia el verdugo, instrumento por desgracia necesario. Reconozco que no es muy excitante lo que cuento, pero es lo que he vivido. Así que ya podéis imaginar vuestras porfías: basto, no basto, lo es quien dice serlo, ah, estos jueguecitos de niños, yo seré la masoquista y tú el sádico, un golpecito aquí y otro allá, mi soberano Amo adorado, el gran montaje es demasiado estúpido para ser verdadero, no resulta muy divertido, en el fondo le falta carne y esperma, sangre y basura.

»Besos muy tiernos».

Désirée

«—¡Una veleta, “Désirée”, eres una auténtica veleta! ¡Ahora dices blanco, y a los cinco minutos dirás negro! ¿Cómo quieres que confíe en ti? Pareces un caracol: ¡debajo del caparazón no tienes esqueleto! ¡Eres como un yoyó!

»Muy cierto, todo eso. Yo pasaba de un extremo a otro. No había diferencia entre el día y la noche. ¿De qué me servía mi piel? Me sentía fea, indigna de vivir y de ser amada. Tenías razón en no confiar en mí. Era peligrosa, era inmaterial. Ahora es diferente.

»Mi historia es la de una niña que soñaba, tenía miedo, sufría. Me desollaban viva. Daba sin límites. Daba para recibir. Pedía, sin saciarme nunca. Me sentía necesitada de amor, abandonada. Sin embargo, mis padres me impedían existir. Mi angustia me hacía sufrir hasta aullar.

»Una monada guarra y masoquista sin saberlo. Bonita muñequita que se daba a la bebida y se preguntaba por qué. Chavalita perdida que se destruye y que destruye a otros.

»En un paraje solitario del bosque, cómo no, conozco al príncipe azul, o, mejor dicho, a un tipo con aspecto de muy macho. Presiento que con él

todo irá bien: él me dará las fuerzas que yo necesito. Lo pongo en un pedestal. Él me domina, y eso me gusta.

»Yo le provoco. ¿Qué quiere buenos modales en la mesa? Pues como con los dedos. El amo me castiga. Cuanto más impetuosa es mi rebeldía, con más encono me obliga él a doblegarme. Nos gusta la guerra.

»No estoy sola, ni mucho menos, en este juego. Hay mucha gente en el gran Escenario.

»Titubeo. No me siento preparada. Me dice, autoritario: “No necesitas pensar. Ya pensaré yo por ti”. Utiliza la fidelidad para chantajearme.

»Pasa el tiempo. Todos los días tenemos guerrilla. Ni un momento de descanso. Se me vacía la cabeza. Lo posee todo: mi cuerpo y mi alma. Me siento estúpida, fea, triste. Feliz, sin embargo, de que todavía se digne mirarme.

»Le gusta humillarme delante de la familia. Con motivo de una primera comunión, suelta: “Cuando follas no eres más que un montón de carne podrida”. Me sonrojo, me avergüenzo. Me he convertido en un trapo sucio, algo informe, del todo indigno. Ya no existo.

»Decido que quiero dejar de ser una bestezuela temerosa y acorralada. Quiero poder respirar profundamente. Existir. Mis lecturas y experiencias me dan fuerzas. Aprendo a descubrirme a mí misma.

»No soporta mis desplantes. Después de cada sesión de yoga, me siento relajada y receptiva: se aprovecha de eso y, cuando estoy desprotegida, me inyecta una dosis algo más fuerte de su veneno. Me humilla y monta escenas. Quiere castigarme porque me he atrevido a vivir sin contar con él.

»Le detesto, le quiero. Me hace daño, pero me

hace sentir segura. Mi trabajo me gusta porque tengo responsabilidades.

»¿Por qué diantres habrá decidido que vayamos al Magreb, él, que es racista? Allí me ahogo. No hay lugar para mí en una sociedad en la que la mujer sólo tiene el estatuto de madre.

»Al cabo de cierto tiempo, cuando más desarraigada y aislada me sentía, mis amistades femeninas comienzan a gratificarme. Organizo mi tiempo y me integro. El trabaja, se aísla, se cansa. Tiene miedo: “Si me engañas, te mato”.

»¡Estoy hasta el gorro! Su placer ya no me satisface. Exijo que me haga el amor de otra manera. Algún día conseguiré destruir al macho que lleva dentro. De sufrimiento en sufrimiento, llega ese día. Soy lo bastante fuerte para enfrentarme a él: basta de dependencias, basta de pasión, basta de vínculo.

»El macho se ha desmoronado. Ha perdido su poder, su sexo. Me convierto en su verdugo, pero también en su consuelo en esta prueba. Gozo con mi cuerpo. Ya es demasiado tarde: ¡no quiero volver atrás ni seguir con él!

»Esta idea se le hace insoportable. Se rodea de sus armas, de sus condecoraciones militares. Piensa en el Islam. Se parapeta en su habitación. Oigo el disparo, se ha levantado la tapa de los sesos. Se terminó.

»Me deja cartas, unas órdenes, su anillo de casado. En el entierro me siento sola. Circulan rumores sobre nosotros. ¿Qué pueden entender ellos? En el cementerio Père-Lachaise, es desgarrador. Me entregan la urna caliente; en el coche la coloco entre mis muslos. Ha vuelto, es mío.

»La fusión entre los dos no se ha roto. El vínculo está ahí, ha superado la muerte. De noche

revivo pesadillas sangrientas. He cumplido todos sus deseos. No me decido a separarme de la urna; la tengo siempre encima de mi cama. Estoy marcada al rojo vivo.

»Un hombre se cruza en mi camino. Lo noto protector, cercano intelectualmente. No se trata de un flechazo, pero me siento bien.

»Cuando hacemos el amor, me habla de sótanos, ataduras, cuero, cadenas. Tengo miedo, pero no me echo atrás. Descubro los pellizcos, las azotainas, los corsés, los instrumentos de suplicio, los tirones. Descubro que el dolor también puede ser placentero. Y descubro mi cuerpo. Lo que de más bestial, de más sensual hay en él. Sigo adelante para experimentar, para entender: tengo la intuición de que mi destino pasa por ese hombre. La masoquista busca el injerto vivo.

»Logra convencerme de que me separe de la urna. Lo consigue, lo consigo. Salvo abismos, montañas. ¡Muy bien, lo sé! ¡Ahora sé que soy masoquista! Lo acepto, no me siento ni orgullosa ni avergonzada, es simplemente un estado, mi estado. Soy yo.

»He dejado de ser una víctima. Ahora soy la responsable de mi vida. He aprendido a decir que no y a preservarme. Me he vuelto una masoquista digna. Llevo a cabo las fantasías planeadas por mi amo, y en ellas me siento realizada. He encontrado la paz. Creo en Dios; considero que no es incompatible con lo anterior.

»¿Quién se atrevería a arrojar la primera piedra a Cristo?».

Margot

«Cuando el verdugo me llama por teléfono, conversamos como cómplices. Las sesiones sadomasoquistas son para mí una misa. Necesito hablar de ellas, describir el escenario en que se desarrollan.

»Para vivir lo que mi imaginación ansia, necesito que el tiempo se detenga, y luego planear la puesta en escena, y buscar a un hombre desconocido, al que hay que saber rechazar cuando se le encuentra demasiado pronto. Necesito jugar con la espera; vivir lo que Baudelaire llama la “pereza creativa”. De buen grado asistiría a un cursillo en el que se impartiera masoquismo y escritura.

»Me gustaría llevar grilletes, hallarme a merced del verdugo, sufrir durante cuarenta y ocho horas. El verdugo tendría que dejarme poca comida, y mucha agua. Querría un reloj que hiciera ruido, una cuenta atrás y un programa delante de mí. No perdería la ocasión de desobedecer determinadas reglas, con lo que le daría al verdugo la oportunidad de borrar la cifra escrita en la pizarra para añadirle unos cuantos latigazos.

»Necesito puntos de referencia. Debo permanecer aislada, sin contactos de ningún tipo. El verdugo me presentará a un amo, que pretende

convertirse en *mi* amo. Si el pretendiente a amo desfallece y no viene a verme cuando me halle prisionera, o si cede a mis súplicas y no soporta el espectáculo del suplicio que el verdugo me aplicará sin piedad, jamás podrá ser amo titular.

»En su condición de amo provisional, deberá, junto con el verdugo, tratar de llevarme al “marcaje”. Previamente deberán obtener mi consentimiento. Y utilizar las armas que le ofreceré: frustración sexual, participación en las historias que esbozo.

»—Dígame, Amo, ¿cómo es su vara?

»—Mi vara está ahí, te espera, castiga a las rameras de tu clase.

»—¿Por qué, Amo?

»—Porque mi placer se alimenta de tu dolor. Quiero leer en tus ojos el deleite de tu cuerpo cuando sufre, quiero oírte gemir y llorar. Nunca olvides que un día prescindiré de pedirte tu consentimiento. Entonces te mantendré encadenada para obtener un placer inefable que será mío, únicamente mío. Desde el preciso momento en que decida conservarte tu cuerpo vivirá bajo las puntas de mi látigo. Ya no haré caso de tus gritos. Llevarás permanentemente pinzas en los senos. Y, te lo advierto, no te soltaré. ¿Acaso no te gusta arrastrarte a los pies de los hombres? No tendré que obligarte, pues sé que lo harás por tu propia voluntad. Te olvidarás de mi sexo, ya lo verás, te rebajarás para suplicar que te flagele. Ya sabes lo que te espera.

»Así que llama, si eres una muchacha valiente. Ya sabes dónde encontrarme día y noche. Debo advertirte, no obstante, que jamás me desplazo en vano. Estoy decidido a hacerte pagar tu orgullo masoquista. Estoy decidido a devolverte al estado primitivo, ese que jamás debiste abandonar. ¿Te

declaras insumisa? Muy bien, lo que no me ofrezcas en sumisión me lo ofrecerás en tu dolor. Quiero llevarte al límite de lo soportable, a las puertas del desvanecimiento. Y cuando corran tus lágrimas, cuando tu piel esté al rojo vivo, cuando tus senos ardan de dolor, te seguiré pegando, Margot, te pegaré por tu orgullo y tu insumisión.

»—Sus palabras y amenazas me trastornan, Amo. Caen sobre mí y me entregan a usted, ya estoy con usted. Pero quiero que sea usted sádico. Sé distinguir entre unas palabras y otras. Ya no quiero identidad. Quiero olvidar que existe el tiempo. Quiero depender de usted, de sus deseos. Maltrátame para satisfacer sus necesidades. Tortúreme para complacer sus sentidos. Ya sabe que ni su fuerza ni su poder me convertirán jamás en una geisha o en una sirvienta. Hágame pagar, pues, mi orgullo masoquista.

»Yo había bautizado al verdugo “Impresora Láser” a causa del contrato que me había propuesto: me regalaría una vieja impresora láser, de la que yo tenía una imperiosa necesidad, si salía airosa del látigo.

»Loco y extravagante, no acudió a la cita la noche en que yo debía saldar mi deuda. Me puse furiosa. Además, su impresora no era compatible con mi Macintosh. Le devolví su maldita máquina, decidida a no verle nunca más.

»Tiempo después, tras una aventura con un amo que carecía de firmeza, elegí a un verdugo y a otro amo. El verdugo y yo intercambiábamos mensajes con el fin de organizar una velada en la que participaríamos los tres. El que fuera amo en esos momentos, leía nuestros mensajes.

»Es evidente que el amo debe mantener cierta

distancia con respecto a las proposiciones de un o de una masoquista. La experiencia del verdugo es ejemplar. En los diálogos lo acepta todo, llega incluso a pedir más. Pero, cuando pasa a lo real, conoce perfectamente la diferencia entre lo posible y lo imposible. En cambio, quien, sin estar iniciado, lea esos diálogos se sentirá con toda probabilidad asustado.

»Todo estaba preparado para la sesión triangular. Llegado el día fijado, comienza la cuenta atrás. A las dos de la tarde, golpe de teatro clásico: el amo no podrá asistir a la cita, prevista para las nueve. Sin su presencia, la magia de la puesta en escena perdía uno de sus atractivos. Rechacé una cita a solas con el verdugo.

»El amo que busco debe ser el verdugo de la masoquista que yo soy, sin ser sádico. Debe permanecer en mi universo masoquista, pero las técnicas y la puesta en escena han de inspirarse en el sadismo, a fin de que el juego resulte más duro. Tengo ganas de masturbarme con el sádico y sentir miedo, pensar que ya no soy una “consentidora”. Soy un mal espectador: ni siquiera en el cine paso miedo; la única película que me impresionó de veras fue *El resplandor*, de Stanley Kubrick. En realidad, busco un hombre al que disfrazo de amo, de verdugo, incluso de sádico».

El vocabulario utilizado en este ámbito provoca muchas controversias. En la actualidad, la palabra *sado*, por ejemplo, aunque derivada de la palabra *sádico*, alude al «verdugo de masoquistas» en el universo masoquista. Los sádicos acuden al mundo masoquista para jugar. Llegan provistos de unas historias muy convencionales. Las mujeres masoquistas, que conocen todos sus mecanismos,

huyen de ellos. Despechados, abandonan el *minitel*, lugar de iniciados, y prueban suerte en las puertas de las facultades, cuando no de los colegios. Es más fácil.

Para seducir, enamoran a su presa, y no tardan en utilizar los sentimientos para hacerle chantaje: «Si no aceptas esto, te abandonaré», «Si no aceptas lo otro, significa que no me quieres». Eligen la vía fácil: una adolescente afectada por un mal rollo muy reciente, una madre soltera necesitada de calor humano. Anuncian: «Contrato». Algunas mujeres enamoradas acaban por convencerse de que lo consienten, lo aceptan, cuando en realidad no han deseado ese estado. No han pasado por el sueño del masoquista. Y caen en manos de unos hombres ávidos de dominio absoluto que desean llevar a su compañera a un estado de víctima del sadismo. Cuando estas jóvenes han logrado transmutar su dolor en placer, si son abandonadas sufren una especie de síndrome de abstinencia y caen en la más absoluta desorientación.

Entonces, me preguntarán los lectores, ¿por qué los hombres sádicos no se contentan con mujeres masoquistas dispuestas a vivir el placer en el dolor?

Ni más ni menos porque el sádico busca una víctima que verdaderamente no acepte lo que les propone. A eso lo llama «iniciar». Lo que intenta imponer es su teatro personal: hacer sufrir. Dice Deleuze: «Jamás un auténtico sádico soportará a una víctima masoquista. Una de las víctimas de los frailes precisa en *Justine*: “Quieren estar seguros de que sus crímenes provocan lágrimas, despedirían a una joven que se entregara a ellos voluntariamente”».

El masoquista, a su vez, quiere que se haga realidad su fantasía, la que ha vivido en su

imaginación: «Por otra parte, el héroe masoquista parece educado y formado por la mujer autoritaria, pero, yendo al fondo de las cosas, él es quien la forma y disfraza, y quien le sugiere las duras palabras que ella le dirige. La víctima habla por mediación de su verdugo».

Ahora bien, en el caso de Margot, es la mujer masoquista la que intenta configurar a su Verdugo. Deletize, al hablar de Wanda^[22], dice que era a la vez «dócil, exigente y excedida». ¿Qué decir entonces del hombre que debe volverse a su vez «dócil, exigente y excedido»?

Ambos, el sádico y el masoquista, son dueños de sus fantasías respectivas. Por ese motivo no pueden completarse.

«El verdugo tiene un perfil de sádico amable. Se pliega a mis deseos, y eso lo hace fascinante. Al mismo tiempo, no quiere darme lo que espero de él. Dice que, cuando me ama, ya no puede azotarme. Desgraciadamente, cuando folla se ve obligado a amar, y por lo tanto nunca folla. Cuando conoce a una mujer muy masoquista, pone a un lado la sexualidad y la ternura, que para él son inseparables. ¿Es su manera de escapar? Mis amigas me dicen que el verdugo al azotar, se masturba con su propia feminidad * Sin embargo, tiene una polla preciosa y muy grande. Y una buena erección. Es un enigma.

»Yo pensé que mi verdugo era sádico el día en que decidió dejar de prepararme y de plegarse a mis deseos. Yo estaba atada, porque le tenía confianza. Le pedí que se detuviera inmediatamente. Mi tono tenía la suficiente firmeza para que entendiera que yo no entraba en ese juego. Sólo la amenaza de su propio castigo le

frenó. En otro momento y lugar, habría continuado con voluptuosidad.

El hijo del general

A los doce años, cuando su padre acababa de ser destinado a una ciudad del sur, «Charles» y sus amiguitos arrasaron el campo de fútbol del instituto. Los destrozos fueron tales que el comisario de policía del lugar convocó a todos los padres.

—¡Vaya con el gilipollas! ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que ir a escuchar las quejas de ese empleaducho de mierda?

Charles bajaba la cabeza. Ya apestaba a hipocresía. Tenía un orgullo desmesurado. Su padre, general del ejército, fue la única persona en su vida que logró hacerle temblar.

El chófer dejó al padre y al hijo delante de la comisaria.

—¡A sus órdenes, mi general! —farfulló el comisario—. Discúlpeme, mi general. De haber sabido que se trataba de su hijo, no le habría molestado. Siento de veras haberle hecho perder el tiempo. ¡Con las preocupaciones que debe usted de tener! ¿Sabe?, ¡soy amigo íntimo del coronel X!

El general, que en efecto tenía otras cosas que hacer, ya comenzaba a cabrearse seriamente. Se dirigió a su hijo:

—Óyeme bien, inútil. La próxima vez que cometas una estupidez como esta, te mando

directo a los jesuitas, ¿me has entendido? Rompan filas.

Charles se sintió más que orgulloso de la sumisión del comisario, pero, al mismo tiempo, frustrado por la ausencia de castigo. Y no tardó en soñar con mujeres frías y crueles.

Hablaba poco de su madre. Rodeado toda su juventud de altos funcionarios, Charles se casó con una burguesa muy rica; la había conocido en la facultad, donde él cursaba unos estudios interminables.

No cabía duda de que Charles era inteligente. Desde nuestros primeros encuentros, advertí en él un masoquismo total y glacial. Soñaba con mujeres sobrias y vestidas de cuero.

Deseaba las azotainas. Pues bien, le dejaron de mármol. Tengo, sin embargo, unas manos expertas, musculosas y fuertes. Me vi obligada a utilizar unas disciplinas de plástico fabricadas con unas abrazaderas que emplea la industria automovilística. No hay nada más doloroso. Sus nalgas sangraban. Seguía imperturbable.

Un piloto amigo mío me había traído un látigo de la Martinica. Le flagelé con todas mis fuerzas. Cuando solté el látigo, se levantó, frío y digno, y me dijo: «Ha ganado».

Aunque no habíamos tenido relación sexual alguna, ni el menor asomo de sensualidad, no tardó en intentar poseer a la mujer y al ama. El día de mi cumpleaños me regaló un perfume de Guerlain, *Jicky*, mi preferido.

El angelito se ponía cada vez más presuntuoso y estúpido, hasta el punto de telefonarme un día en que mantenía a Mozart cautivo durante treinta y seis horas en una camisa de fuerza... Colgué,

trastornada, y me volví rezongando. Mozart salió de su trip, recuperando al instante su porte de gran señor, digno y equilibrado:

—¿Qué ocurre, querida?

—Ese tipo está chiflado, en plena regresión.

—¿Qué le pasa?

—Tiene cincuenta años, acaba de ponerme por el teléfono un disco de Brassens, y, ¿adivinas cuál era? Il

n'y

a pas

d'amour

heureux, de Aragon.

Sonrisa convencional y discreta de Mozart.

Unos días después, Charles me dijo:

—¿Sabe?, el divorcio me obliga a ser paciente.

Mi mujer está a punto de heredar, y no quiero problemas.

Cómo, ¿una putilla que quería pillar la pasta de su mujer? Daba asco.

—Charles, confío en que sus proyectos no me conciernan. Sólo nos une una complicidad lúdica, que quede claro.

Le cogió un cabreo espantoso; yo no contesté.

—En fin, Françoise, corramos un tupido velo. Me envió un ramo de sesenta rosas de la mejor floristería de París. Se me pegaba como una lapa:

—Françoise, soy un loco del volante. He estado a punto de matarme varias veces. Me apasiona la velocidad. He decidido volver a la competición. Si desapareciera, nadie me lloraría. De todos modos, no sirvo para nada, he desperdiciado mi vida... y nada podrá cambiar eso.

—Mi querido Charles, en mi familia somos masoquistas, y se transmite de padre a hija. No cuenta conmigo para ayudarle a ordenar sus soldaditos de plomo. Sigamos ciñéndonos al juego.

¿Látigo?, ¿escenas teatralizadas?

Más de una se habría aprovechado de la situación para convertir a Charles en un gusano aún más repugnante de lo que era. Yo no quería acabar como la esclava de un zombi. Fingía no entenderle. Volvió a la carga:

—¿Sabe, Françoise? El domingo corrí. Tuve un accidente. Tranquilícese, aunque el coche está destrozado —siempre se trataba de coches raros, tan caros como lujosos—, yo salí ileso. Un corredor ha sufrido un accidente, no está muy grave. —Al ver que yo no reaccionaba, prosiguió —: ¿Sabe?, el hombre ha muerto. —Luego rectificó—: El hombre, Jean-Michel, de veinte años y medio, está herido, no ha muerto.

Como yo no me inmutara, comenzó a acosar a mis amigos íntimos para estar al corriente de cuanto me concernía. Un día apareció en casa de una amiga, cargado de regalos, para robarle dos horas de conversación.

Quería que los demás le compadecieran. Yo ya no lo soportaba. Ni siquiera podía azotarle. Cuando estaba ocupada, y no contestaba al teléfono, me enviaba mensajes por fax: «Soy el rey de los gilipollas».

Al comprender que yo no quería volver a verle, se enfureció:

—Tendrá que hacer la calle. Se cree una gran escritora, pero nadie publicará jamás su mierda.

—Pobre Charles, está perdiendo el tiempo, olvida que estoy muy curtida en estas lides.

—Françoise, corramos un tupido velo.

Recordé sus primeros relatos: «Casi nunca he pasado a la acción. No me gustan las profesionales. Tuve una aventura con una dominadora de la Rue du Cygne, una puta, nada que ver con usted, querida Françoise. Nos

habíamos acostumbrado el uno al otro; dado que confiaba en mí, yo le pagaba al irme. El día en que me harté, me marché sin pagarle. Uno se cansa de esa clase de relaciones. ¡Pero no se cansa de una mujer como usted, Françoise!».

Imaginaba con terror el martirio que sufriría su mujer. Colérico y caprichoso, sólo hablaba en primera persona. Destrozaba un coche tras otro, iba a la búsqueda enloquecida de su polla y de sus cojones, tenía la moral de un pequeño burgués y consideraba una hazaña estafarle a una puta. «El dinero es el látigo del burgués», había dicho.

En cuanto me quedaba sola, suspiraba con alivio.

—Nadie le ofrecerá lo que yo estaba dispuesto a ofrecerle. ¡Acabará sola!

Decididamente, era un...

El teléfono sonaba cien veces al día. Me dejaba en el contestador mensajes como este: «Mañana mismo llamaré a mis amigos los ministros X e Y para decirles que abran una investigación sobre usted. La fichará la policía. Tiene usted una cámara de tortura tipo Gestapo. ¡Está acabada! ¡Chao, puta!».

Una mañana me encontré esta carta en mi buzón telemático: «Querida Françoise, creo que ya es hora de dejar de jugar al ratón y el gato. (...). Estoy casado con una mujer-niña a la que adoraba y a la que sigo queriendo, a pesar de que las apariencias digan lo contrario. He heredado una gran fortuna de mi familia política, todos unos débiles mentales, a excepción de mi suegra, de la que estaba y sigo estando locamente enamorado. Era dominadora y fustigadora. Pero a los veintiséis años no resulta fácil asumir la familia y los negocios. Hoy sólo pienso en una cosa: ver realizada mi fantasía masoquista, hacerme azotar

por mi suegra, la única mujer a la que realmente he amado y que me ha amado sin reservas. Creo, es más, estoy seguro de que usted habrá entendido este mensaje. Todo está en sus manos. Mañana, a las nueve, salgo para París. Le beso la mano como usted me la besó el 20 de septiembre. Pase lo que pase, y sea cual sea su decisión, sepa que usted me ha proporcionado los mejores momentos de felicidad, algo movidos, de estos últimos meses. Con todo mi cariño, Charles».

Si el dinero es el látigo del burgués, el látigo de la dominadora azota con mayor fuerza en la ausencia.

—Confiaba en que usted, en cierto modo, me apoyara. Me disculpo por el único insulto que le he dirigido. Ahora sé que es malvada por placer. Gracias, Françoise, por haberme tendido una mano cuando lo necesité. Sabré ahogarme a solas.

No puedo escuchar su retahíla de pequeños sufrimientos cotidianos. El caso de Charles no me compete. Entra demasiado en el terreno del masoquismo psíquico^[23].

Expertos en dar plantón

El prototipo del sadomasoquista que se siente culpable ronda los treinta y cinco años. Se presenta como alto ejecutivo. Posee una inteligencia media. A veces puede ponerse furioso y detestar a la dominadora. Llegar incluso a espetarle: «Lo siento en el alma, señora, pero ese plato no era de mi gusto».

En cierta ocasión, descubrí que uno de ellos tenía el rostro muy alterado, y le animé: «Vamos, no se sienta culpable», dándole unas palmaditas amistosas en el hombro. ¡Y él se sacudió la gabardina!

Algunos se niegan a dar su dirección. Ya se imaginan víctimas de un chantaje. ¡Temen que la dominadora, locamente enamorada de ellos, les persiga!

El auténtico masoquista que se siente culpable se enfrentará durante días a su deseo. A veces resiste, pero casi siempre regresa junto a aquella que no deja de repudiar. A veces se le ve rezar en la iglesia o militar en asociaciones que luchan contra la pornografía.

Los más conmovedores, los que no poseen los instrumentos de la reflexión, viven a solas con sus sueños. Han encontrado el placer sin caer en el estado de pecado.

Sabemos que, sin la fantasía imaginada, nada es posible. Sin embargo, algunos jamás irán más allá de la fantasía.

—¡Ama, por favor, ocúpese de mí!

—De acuerdo, amigo mío, pero el tiempo vale dinero. Sé que eres profesor de alemán. Tradúceme un texto del alemán al francés, y me ocuparé de ti.

Tradujo el texto, pero jamás quiso pasar a la acción. Me dio plantón, y siguió telefoneándome durante meses. Simulaba distintas voces para tratar de conseguir otras citas, y así molestarme. Para disfrutar psicológicamente a costa de los posibles trastornos de mi vida, pasó horas apostado frente a mi casa.

Algunos, justo antes de llamar a la puerta de la dominadora, deciden irse.

Otros acuden a la cita, pero su objetivo no es el encuentro: quieren ver el rostro de la dominadora. Añaden así una pizca de realidad a sus fantasías.

El mirón da falsas informaciones sobre su aspecto físico, y, si tenéis la desdicha de esperarle en la terraza de un café con una rosa roja en el ojal, no se acercará jamás.

Los hay más perversos.

—Buenos días, ¿es usted Françoise? ¡Pero si me dijo que era rubia con los ojos azules! Detesto a las morenas.

Otros tienen ganas de venir, pero se lo prohíben a sí mismos. Odian la imagen de la dominadora ante cuyos pies sueñan con arrastrarse. La quieren mal. Al no poder eliminarla, deciden fastidiarle la vida. Es el caso de un conocido agente de cambio y bolsa y de un abogado del barrio de

l'Etoile

.

Hablemos del prestigioso abogado: por teléfono mostrará una cordialidad a prueba de bomba, facilitará todas sus direcciones Y será incluso capaz de más. Hará lo que sea con tal de ver realizado su sueño: estropearle el día a la dominadora.

Son las ocho de la tarde. Quiere ganar tiempo. Explica que tiene que acabar de estudiar un caso. No tardará más de una hora, el tiempo de subirse al coche. Está a dos pasos; queda para las nueve. Llama a las diez menos cuarto para excusarse sin más: cuando estaba a punto de salir, le ha telefoneado su mejor cliente de Boston. Pero ya sale del despacho, llegará en unos minutos. No vacilará en llamar de nuevo para decir que ha tenido un pinchazo o una avería en el coche. Medianoche: está en su casa. Su mujer ya duerme. El llama, por pura cortesía, para excusarse por el contratiempo. Y si nota que la dominadora es novata e ingenua, le dice: «Ya es tarde, ¿lo dejamos para mañana? ¿Qué tal a las nueve de la noche?».

Semana tras semana se repetirá la misma historia, hasta que las dominadoras le reconozcan y ya no le hagan caso. ¡Y él, tan contento! Mañana se levantará de buen humor y defenderá ante los tribunales a un cliente que confía en él. ¿Quién es capaz de imaginar las confusiones que se ocultan en la mente del prestigioso abogado?

La palma se la lleva un individuo que dice fantasear sobre la paliza recibida. Se dedica a la venta de material médico. Acecha como un buitres a las dominadoras debutantes; entre ellas se cobra sus piezas. Un día me confesó:

—Me alegran la vida. No bien descubro una nueva, la hago conversar por teléfono. Cuando ella se pone a charlar como una estúpida, disfruto, ya

que malgasta sus palabras en vano; peor aún, pierde el tiempo, porque la dejaré plantada. No acudiré a la cita. Eyacularé de placer al imaginar la cara que pondrá cuando llegue la hora en cuestión y vea que no aparezco. Qué quiere que le diga, es mi manera de disfrutar. ¿Sabe, François?, a veces en una semana doy dos plantones, incluso tres, a la misma dominadora.

—¿Estás casado?

—Sí, tengo tres hijos.

—¿Tu mujer sabe de tus inclinaciones?

—No, ¿por qué tendría que enterarse si en el fondo jamás hago nada? Sólo me masturbo.

—¿No tienes miedo de que una dominadora se ponga nerviosa, vaya a ver a tu mujer y además te denuncie? ¿Sabes?, todas son muy discretas, la mayoría muy simpáticas, pero también podría haber alguna rencorosa, ¿no?

—Ya se lo he dicho: nunca les hago nada. Y sólo doy el número de fax de mi despacho.

Encuentros

El Mago reside en Estados Unidos. Me llama cada día, y nuestras conversaciones son vitales para mí. Nos contamos los secretos más descabellados.

Un día, en el momento de subir a su Ford, descubrió que otro coche, el de un tipo tan importante como él, le impedía desaparcar el suyo. Cuando se disponía a intentar moverlo, vio, en el asiento trasero, un paquete postal con el membrete de Constance Enterprise^[24].

Se volvió loco de alegría, El propietario del coche ni siquiera se había molestado en ocultar el paquete: ¿quién, aparte de otro sadomasoquista, podía identificarlo? El Mago se sintió menos solo. Y le confirmó en su idea de que el sadomasoquismo afecta fundamentalmente a personas con clase.

Yo soy sadomasoquista. Confesarlo significa entender los mecanismos de la vida. Los demás nos dicen: «Veis sadomasoquistas en todas partes». Pero los encuentros resultan a veces sorprendentes.

El Abogado me dijo que en cada arbitraje, en cada discusión de negocios en que participan dos partes, buscaba de inmediato al dominante y al dominado. Una vez los había identificado, todo iba sobre ruedas.

En mi tienda, la chica que contraté de responsable dirigía a las demás dependientas como un ama; se trataba de una joven de treinta y ocho años, atractiva, con unos ojos magníficos, algo más llenita que una muñeca Barbie. Llamémosla «Barbie».

Se había casado dos veces, ambas con dos hombres que le pegaban. Su amante también la

trataba con cierto sadismo. Ella sufría y se torturaba mentalmente. Era emotiva y lloraba con facilidad. La fuerza que desplegaba en su trabajo, esa misma fuerza, le faltaba en la vida. Me daba pena.

No olvidaré el último día. Yo acababa de vender la tienda. Ella me ayudaba a vaciar mi despacho, que daba a un patio interior. Habíamos dejado el coche en el vado de la entrada de un aparcamiento cercano. Si algún coche hubiera querido entrar, lo habríamos visto enseguida.

De repente, apareció en la puerta del despacho, llorando. Se ahogaba. Cualquiera habría podido pensar que acababa de producirse un accidente grave. Yo tenía los brazos cargados de clasificadores. Entre sollozo y sollozo, entendí que un conductor que quería entrar con su coche en el aparcamiento acababa de insultarla.

Se me subió la sangre a la cabeza, pese a que hacía años que había eliminado la agresividad de mi vida cotidiana. Salí en busca del «Superman». Me acerqué a su coche y vociferé:

—¡Sal de ahí, Superman!

Le abofeteé dos veces. Le insulté. Esta vez no se trataba de un juego. Sin embargo, el tipo tenía los ojos encendidos. Jamás lo olvidaré. Permanecía tranquilo y no abría la boca, saboreando ese momento. Se le veía encantado.

Se había producido el contacto, patente, erotizado. Sus ojos brillaban como los de Rasta o los de Strip-Poker. Yo, que lo sabía, leí en su mirada que se moría de ganas de decir: «¡Gracias, Ama!». Sabía que ansiaba arrodillarse. Estaba trastornado.

Con una serenidad inesperada, subió al coche y se fue.

Superman no había transgredido ninguna

prohibición. Simplemente, se había producido un incidente rutinario y por algo tan tonto como un coche mal aparcado.

¿Y Barbie? Se había enjugado las lágrimas y estaba radiante. ¿Qué decir de Barbie? Respetemos su silencio.

El boxeo

Una noche en que acompañé a un amigo al hospital, mientras a él le hacían unas radiografías, yo me puse a charlar con un enfermero. Parecía un apasionado del boxeo.

Esa noche, en la televisión, se enfrentaban dos hombres. Eran, como es de rigor, de un peso parecido. La suerte estaba echada: uno de los dos púgiles aniquilaría al otro. ¡La necesidad del gran espectáculo! Y ya se sabe que para satisfacer el sadismo de los mirones, siempre con el oído atento a los golpes bien asestados, para complacer al público, se está dispuesto a todo.

Lo comprendí. Aquella noche me enteré, para mi estupor, de que encima del cuadrilátero colocan unos micrófonos. ¡Justo en el centro, allí dónde estalla el guante de boxeo! ¡Sí! Y es cierto, se oye con gran claridad el sonido de los puñetazos. Ese sonido hace vibrar a la multitud. Los boxeadores son deportistas. Nosotros, unos perversos, unos desviados.

Comienza el combate. Un negro y un blanco. Pese a todo, el negro parece más corpulento y musculoso que el blanco. Los dos están dispuestos a golpear; los dos tiemblan de miedo. Llevan el miedo pintado en el rostro. Cuando saltan para calentarse, ocultan su canguelo.

Ahí radica la diferencia esencial con nuestro ámbito. Nosotros nos masturbamos con la muerte. Se trata de un teatro sexual. La muerte, en nuestro caso, es comedia, de la misma manera que el miedo es ficticio, fabricado para disfrutar. Antes de verles boxear, yo, una neófita, habría apostado la totalidad de mis ahorros por el negro. Fue una masacre. *¡Se remata a los caballos*^[25]! Sí, pero no a los boxeadores. El público ha acudido, ha pagado. Necesita carne magullada. Está ávido de sangre. ¡Es preciso que el espectáculo se prolongue, que los golpes se oigan bien y sean letales!

Yo seguía esperando a mi amigo. En la tele, la masacre había terminado. Vi cómo se llevaban en camilla al púgil perdedor. Su mujer lloraba. Mientras, en el cuadrilátero limpiaban la sangre en espera del combate siguiente.

Los soldados del sexo

Entre los locos del sexo, descubiertos a través del *minitel*, yo destacaría a dos: «el Vikingo» y «Arnaud». Sin duda hubo más. Pero estos dos reunían a la vez la perversión y la potencia sexual.

Eran guapos e inteligentes. El Vikingo tenía un carácter corrosivo. Médico de profesión, se desvivía por los enfermos de sida. Arnaud era actor. Ambos inspiraban ternura; en suma, unos hombres-niños.

El Vikingo me había dicho por teléfono:

—Usted es la primera. Le suplico que no me despache deprisa y corriendo. Quiero vivirlo plenamente. Si no, me sentiré muy decepcionado. Ama, dígame que se ocupará de mí mucho rato.

Siempre recordaré la primera vez que le vi. Me quedé petrificada. Parecía frisar en los veinticinco años, tenía los cabellos rubios, largos, casi blancos, muy finos, una boca grande y dientes deslumbrantes. No tardé en descubrir un sexo digno de ser exhibido en los circos. Me quedé estupefacta.

Al llegar, se expresó como un chiquillo:

—Me aterraba perder el tren. Al salir del hospital, le he dicho a mi jefe: «He de irme a toda prisa; tengo una cita en París, con mi dominadora, para que me parta la cara». El jefe se ha echado a

reír. No me ha creído.

Era sábado, mis hijos estaban con su padre. Tuve con el Vikingo una sesión poco corriente que se prolongó más de tres horas. Después comenzó a hacerme el amor. No nos separamos desde las ocho de la tarde hasta las dos de la tarde del día siguiente.

Nos vimos varias veces. Tierno cómplice, me escribía en el *minitel*: «Françoise, no tienes por qué preocuparte, el día que tengas ganas de echar un buen polvo, me avisas un poco antes. Te vienes a Montpellier, y nos regalamos con una sesión “sadomaso” y nuestras cuarenta y ocho horas de sexo sin descanso».

Arnaud también me trae recuerdos turbadores. Yo lo había travestido.

Los dos eran perversos y abiertos a los vicios más variados, pero aún más sorprendentes eran su sensualidad y su vigor sexual. De modo que practiqué el amor incestuoso tanto con Arnaud como con el Vikingo.

Mes de agosto, París desierto. Ninguna responsabilidad. La mamá de Arnaud (en fin, su mujer) se había ido con sus hijos de vacaciones. Yo también estaba sola en París. Mientras Arnaud me acompañaba hasta mi casa, me dijo:

—Ama, qué horror tener que volver a casa, a una cama vacía, sin ternura, sin calor humano.

—De acuerdo, sube, pero te advierto que tengo que dormir, nada de follar toda la noche.

Todo fue inútil. Durante quince días, Arnaud prácticamente no me abandonó. De noche, yo lo travestía. Él hacía de camarera. Su encanto y sus artes de comediante le volvían irresistible.

De regreso a casa, se establecían unas relaciones carnales entre el hombre-niño y la madre que yo significaba para él.

La Facha

A las ocho de la mañana, «la Facha» repiqueteó en mi puerta:

—Me he enterado de que se ha quejado usted de mí ante el presidente de la Comunidad de Vecinos. ¡Según dicen, me dedico a abrir sus cartas! ¡Su correo desaparece! ¡Llegan fotocopias a la casa de su exmarido! En fin, sepa usted que he decidido no pasarle nunca más el correo por debajo de la puerta, sino entregárselo de buena mañana, a las ocho, en mano.

(La muy cerda sabía que me levantaba tarde, y pretendía fastidiarme).

—No quiero que me molesten, le ruego que no cambie sus costumbres.

—Por otra parte, le informo que tiene a todos los vecinos escandalizados por sus gritos de la pasada noche. Su comportamiento es indecente. Haga el favor también de engrasar el somier de su cama. Si no, pondremos una demanda y avisaremos al administrador. En los veinte años que llevo aquí de portera, nadie ha visto una cosa igual.

J. P. y yo habíamos llegado a esa casa en plena tragedia del divorcio. La portera me había tendido la mano. Me llamaba a la puerta para despertarme, me subía el correo, tomaba un café

conmigo. Me hablaba de su vida familiar, de su marido, violento y dado a la bebida. De noche iba a servir cenas al distrito XVI y además hacía chapuzas. Sus hijos eran buenos estudiantes, y ella les obligaba a hablarle de usted. En fin, emigrada, inteligente y facha.

Un día, animada por mis amigos François y Justine, y por el equipo de Dechavanne, accedí a ir al programa *Ciel, mon mardi*.

De manera excepcional, el programa había sido grabado. Al día siguiente de la emisión en diferido, cuando cruzaba el pasillo del edificio, la Facha, mientras fregaba el suelo con una bayeta, murmuró sin alzar la cabeza:

—¿Anoche salió usted en la tele?

Puse cara de asombro.

—Está usted de broma, ¿si fui a pedirle un poco de aceite que necesitaba!

—Sí, pero ayer, en el programa de Dechavanne, había una mujer detrás de un biombo. Tenía su voz y su perfil —insistió, sin dejar de fregar el suelo y con los ojos fijos en la bayeta.

—¡Simple coincidencia! ¿Y de qué trataba?

—De sadomasoquismo.

—¡Vaya! ¿Y usted lo vio? Me pregunto por qué no cambió de canal.

—Los demás querían verlo.

—¡Bueno! En cualquier caso, no era yo.

Más adelante, la Facha cambió de chaqueta: trabajaba para Circe. Con ese programa de televisión como arma, Circe creyó que podía conseguir que me retiraran la custodia de mi hija pequeña.

Llega el verano, escribo con la ventana abierta.

Todos los días, desde mi habitación, oigo cómo el alcohólico marido de la Facha la insulta. A veces los muebles se tambalean: le está dando una paliza.

—¡Foca! ¡Marrana! ¡Hija de puta! ¡Voy a partirte la cara!

Sin embargo, no bien el hombre abandona el domicilio conyugal, la Facha se dirige a la iglesia del Sacré-Coeur. Sube los escalones uno a uno, de rodillas, y sangra rezando a Dios.

New York, New York!

Acabo de regresar de Nueva York, esa puta que abre los muslos en medio de la acera. Acabo de regresar de Nueva York, la Nueva York mugrienta, la fascinante, con sus cuerpos sudando retorcidos por el dolor, sus Gladiadores, sus Extraterrestres góticos, sus Galos. «Mir», la bella *black domina*, me acogió como su invitada de honor.

Mir reside en New Jersey, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad de Nueva York. Yo estoy en el corazón de la Big Apple, en casa de la Reina, la dominadora masoquista más extravagante de la Escena norteamericana.

—¡Françoise, iremos a casa de Mir en una limusina tapizada de cuero negro, la más grande!

—¿Te has vuelto loca?

—No, acabo de cerrar un trato: ¡azotaremos a un esclavo!

En efecto, vamos a azotar a un hombre. La Reina se gana la vida en el mundo del espectáculo, y no practica jamás a cambio de dinero. Pero aquel día hizo una excepción: American Express, reserva por teléfono. ¿Qué cuesta alquilar una limusina? ¡Sí, la más bonita! ¡Sí, la más grande! ¡Tapicería de cuero negro! El hombre fue azotado,

se masturbaba para llegar al orgasmo, mientras la Reina le hablaba... Yo me senté detrás de él. Le toqué los pechos. Gozó.

En Estados Unidos, la dominadora no se considera una prostituta, siempre que no efectúe ninguna penetración y pague religiosamente sus impuestos. Así, hablar a un esclavo que se masturba no es ejercer la prostitución, salvo en Chicago, donde, Dios sabrá por qué, rigen leyes mucho más estrictas. El esclavo no debe empalmar nunca^[26]. Así que no puede decirse que nosotras no hayamos respetado la ley del estado de Nueva York.

Aquella noche, a la hora convenida, la limusina tapizada de cuero nos aguardaba ante el edificio. Éramos cinco mujeres y un hombre, un esclavo venido de Chicago para verme.

Luz dulzona en la limusina llena de amazonas. Silencio. Espacio lunar. Miradas. Ordenes secas. Lenguaje metálico. En el jueguecito del amo y del esclavo todos deben saber estar en su sitio. Si no, a ninguno se le empina.

Botellas de cristal tallado con licores de colores diferentes, un cilindro de cromo que contenía un Magnum de Dom Pérignon... La silueta del chófer, al que veía por un cristal opaco, me turbaba. Me parecía un invasor venido de otro planeta, o como el cochero de Drácula: un águila negra, gigante.

En el coche, atamos al hombre. Le metimos un consolador en el ano y le cubrimos la cabeza con un capirote. La Reina vestía un soberbio traje sastre de Mugler; su ama, una cirujana de San Francisco, la había encapuchado. El hombre empalmaba. Su polla presionaba las ataduras. Estaba excitadísimo. Llevaba medias negras con

costura y unos zapatos de tacón altísimo.

Hemos llegado a casa de Mir, Black Sophia Loren. Todas eran tan guapas como imparables. La Reina estaba tan excitada que parecía tener un orgasmo permanente. La acostamos encima de los senos pinzados del «Hombre de Chicago». El cuero revienta. Los culos se hinchan y abotargan. La carne se magulla. Así son nuestras vidas.

Escribir un libro

Hoy he decidido que mi libro, este libro «ligeramente sangriento^[27]», está terminado. Un libro es un amo, un esclavo, un amante. Las palabras que alineamos, unas a continuación de otras, son otras tantas alegrías, dolores, orgasmos y latigazos.

En él he mostrado mi corazón y mi cuerpo al desnudo, a pelo. Me he entregado al lector, el gran verdugo. No lo he escrito buscando el éxito, sino para sobrevivir. He aprendido a aceptar lo inaceptable de la vida, de esa vida, la mía, hecha sólo de sufrimientos y voluptuosidades. Me han pedido que hable más extensamente de los episodios dolorosos de mi existencia: la muerte de los míos, la de mi hijo.

Si miro hacia atrás, dejo de ser FRANÇOISE y me veo como la chiquilla de doce años que, a la muerte de su padre, ve cómo el mundo se desploma a su alrededor. Vuelvo a ser también la joven que recorre los hospitales infantiles y llora en un taxi porque lo ha entendido todo.

Me acuerdo de la playa de Saint-Tropez, y de Rudy durmiendo sobre la arena. La gente se detenía para verlo, asombrada por su belleza. Con el sol, sus cabellos se habían puesto rubios, su tez oscura; una auténtica ciruelita dorada. Un niño

que salta, que ríe, que llora, nunca se broncea a los rayos de la vida tanto como un niño dormido. Yo me metí en el juego de la mamá y del niño-rey

. Intentaba convencerme de que sólo se trataba de una pesadilla.

Recuerdo todo eso y no puedo contener las lágrimas. Al llegar al hospital, me entero de que la enfermera le ha roto el brazo al ponerle el pijama. Pesaba veintidós kilos. Tenía catorce años.

El día en que su vida se apagó, el 14 de julio de 1991, supe que ese drama me acompañaría hasta mi muerte. Sin embargo, esos niños viven y mueren sin llorar. Su aliento es tan débil que intentan hacerse olvidar.

He declarado la guerra a todos los tabúes, pero cuando me entero por los periódicos de que existe el tráfico de niños, no puedo admitirlo, ni siquiera concebirlo. Los sacrifican para trasplantar sus órganos a aquellos que pagan por sus muertes. ¡Algunos de estos niños viven sin los ojos que les han comprado! ¡Piedad por los niños mutilados! ¡Piedad por los niños prostituidos de Tailandia!

«Es perfectamente concebible que el esplendor de la vida se halle siempre junto a cada ser, a punto y siempre en su plenitud, pero que aparezca velado, sumido en las profundidades, invisible, lejano. Sin embargo ahí está, ni hostil, ni malévol, ni sordo; si se le invoca con la palabra justa, por su nombre preciso, acude. En eso reside la esencia de la magia». (Kafka, Diario, 1921)

Cariñosos saludos sadomasoquistas,

Françoise

Notas

[1] Minitel: Red de comunicación interpersonal accesible mediante un terminal telefónico y una pantalla. Se utiliza especialmente en Francia, y con frecuencia para contactos eróticos. (N. del T.). < <

[2] Los romanos llamaban «días fastos» a los días en que estaba permitido trabajar, y aumentar así sus ingresos, de ahí que la idea de lujo aparecida a continuación quede incluida en la palabra «fasto». < <

[3] Malcolm de Chazal, *Sens-Plastique*, París, Gallimard. < <

[4] Carlos era un águila nocturna, conocido por todos, la consejera de los gigolós para homosexuales. Poseía mucho encanto y personalidad, y, por ello, Jojo lo idolatraba; era en cierto modo el Dustin Hoffman de *Cowboy de medianoche*, y el *enfant terrible* de Jojo, quien siempre acababa por perdonarle todo. < <

[5] Patricia Gandin, en un artículo en la revista *Elle*. < <

[6] La infibulación es una operación que consiste en eliminar el clítoris y los labios menores, y en coser los mayores. Antes del matrimonio, se fabrica un falo de barro o de madera. Una vez cortados clítoris y labios menores, se introduce el falo en la herida, de modo que impida que los labios se cierren. El marido decide a veces recoser a su mujer temporalmente, si tiene que irse de viaje, o definitivamente, si ya no la desea más. Véase Marilyn French, *La guerre contre les femmes*,

L'Archipel

. < <

[7] El vocabulario del sadomasoquismo debe manejarse con sumo cuidado. Aunque la palabra «sufrimiento» pueda utilizarse en el diálogo erótico tanto por el masoquista como por el sádico como una palabra «sublimada», yo considero que el sufrimiento real en la relación sadomasoquista es el resultado negativo de esta relación.

< <

[8] En el *minitel*, puede iniciarse, desde el comienzo de las conversaciones privadas, unas búsquedas precisas en materia de sexualidad. Si se llega a un primer acuerdo, la conversación prosigue por teléfono. Después, cabe eventualmente decidir continuarla mediante el encuentro. < <

[9] Gilles Deleuze, *Présentation de Sacher-Masoch*, Editions de Minuit, col. Arguments. < <

[10] Los anglosajones utilizan la palabra *dungeon* para referirse a las instalaciones que permiten «teatralizar» las fantasías. Los *donjons*, término empleado ahora en Francia, están equipados con objetos, vestuario y accesorios correspondientes a las diferentes fantasías.

< <

[11] Gilles Deleuze, *Op. cit.* < <

[12] Elisabeth Badinter, X & Y De
l'identité
masculine, Odile Jacob. < <

[13] Especie de hamaca de cuero en la que el dominado reposa sus nalgas, con el trasero en el borde y los pies colgando, como sobre una camilla ginecológica. < <

[14] Película de Michael Curtiz, con Errol Flynn, 1940. < <

[15] Gilles Deleuze, *Op. cit.* < <

[16] Personaje que escribía con ese pseudónimo en el correo 3615
MISSM del *minitel*. < <

[17] Lo más excitante de la escena es la ceremonia del azote en las nalgas. < <

[18] «Me encanta tu película. Vayamos al gabinete; quiero probar esto». < <

[19] «Sois tan sensuales...». < <

[20] Bottéro, citado por J. J. Pauvent en *Digraphe*, n.º 63, Mercure de France: «Combien de sexes avez-vous ?». < <

[21] Gilles Delenze, *Op. cit.* < <

[22] La protagonista de *La Venus de las pieles*, de Sacher-Masoch.

< <

[23] Al contrario que el masoquismo lúdico, que sólo tiende al placer, el masoquismo psíquico inhibe al individuo. < <

[24] Empresa que distribuye confidencialmente material sadomasoquista en Estados Unidos. < <

[25] Alusión a la novela de Horace Mc Coy. (*N. del T.*). < <

[26] ¿Cómo asegurarse de que la dominadora respeta la ley? Por sorprendente que pueda parecer, un inspector de policía (no necesariamente masoquista) servirá de cebo, con el riesgo de ensangrentarse el culo. En esa sesión, los honorarios de la dominadora corren a cargo del contribuyente de la Norteamérica puritana. < <

[27] Del título de una obra de J. M. Rabeux, testimonio excepcional sobre el sadomasoquismo, en el programa de André Bercoff (*Ça vous regarde*), noviembre de 1991. < <